

M. BAKOUNINE

FEDERALISMO, SOCIALISMO Y ANTITEOLOGISMO

CARTAS SOBRE EL PATRIOTISMO

Traducción de Ramón Ibáñez



F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Isabel la Católica, 5
VALENCIA

Salas, 4 (Sucursal)
MADRID

Federalismo, Socialismo y Antiteologismo

PROPOSICIÓN MOTIVADA

al Comité Central de la Liga de la Paz y de la Libertad

POR

M. BAKOUNINE

Ginebra (1)

Señores:

La obra que nos incumbe hoy es la de organizar y consolidar definitivamente la liga de la Paz y de la Libertad, tomando por base los principios que se han formulado por el comité directivo precedente y votadas por el primer Congreso. Estos principios constituyen desde hoy nuestro título, base obligatoria de nuestros trabajos posteriores. No nos está permitido omitir la menor parte, pero tenemos el derecho y hasta el deber de desarrollarlos.

(1) Este es el título definitivo adoptado en las pruebas corregidas; la prueba contenía otro título: *Proposición de los rusos, miembros del Comité Central de la L. de la P. y de la L.*, y el manuscrito de Bakounine (in 4, p. 1) lleva por título: *Proposición motivada de los rusos, miembros del Comité permanente de la Liga de la Paz y de la Libertad; apoyada por M. Alexandre Naquet, delegado francés, y por MM. Valérien Mroczkowski y Jean Zagorski, delegados polacos.*

Y nos parece más urgente hoy llenar este deber, porque, como todo el mundo sabe, estos principios han sido formulados de prisa, bajo la presión de la pesada hospitalidad ginebrina... Los hemos bosquejado, por así decirlo, entre dos tempestades, obligados como estábamos á disminuir la expresión para evitar un gran escándalo que hubiera podido terminar por la destrucción completa de nuestra obra.

Hoy que, gracias á la hospitalidad más sincera y más amplia de la villa de Berna, estamos libres de toda presión local exterior, debemos restablecer estos principios en su integridad, dejando á un lado los equívocos, como impropio de nosotros, indignos de la gran obra que tenemos la misión de fundar.

Las reticencias, las mentiras, los pensamientos cercenados, las complacientes atenuaciones y concesiones de una infame diplomacia, no son los elementos de que se forman las grandes cosas; éstas se hacen con corazones elevados, un espíritu justo y firme, un fin claramente determinado y un gran valor. Señores, hemos emprendido una gran obra, elevémonos á la altura de nuestra empresa: grande ó ridícula, no hay nada mejor, y para que sea grande, es preciso que por nuestra audacia y por nuestra sinceridad seamos grandes también.

Lo que os proponemos no es una discusión académica de los principios. No ignoramos que nos hemos reunido aquí principalmente para concertar los medios y las medidas políticas necesarias para realizar nuestra obra: pero también sabemos que en política no hay práctica honrada y útil posible sin una teoría y sin un fin claramente determinados. Además, inspirados como estamos por los más amplios y liberales sentimientos, podríamos llegar

á una realidad diametralmente opuesta á estos sentimientos: podríamos comenzar con convicciones republicanas democráticas, socialistas, y acabar como bismarckianos ó como bonapartistas.

Debemos ocuparnos hoy de tres cosas:

1.^a Establecer las condiciones y preparar los elementos de un nuevo Congreso.

2.^a Organizar nuestra Liga todo cuanto sea posible en todos los países de Europa, extenderla hasta América, cosa que nos parece esencial é instituir en cada país comités nacionales y subcomités provinciales, dejando á cada uno toda la autonomía legítima necesaria y subordinándolos todos por orden jerárquico al comité central de Berna. Dar á estos comités plenos poderes é instrucciones necesarias para la propaganda y para la recepción de nuevos miembros.

3.^a En vista de esta propaganda fundar un periódico.

Es evidente que para hacer estas tres cosas debemos ante todo establecer los principios que determinando de una manera clara que no dé lugar á dudas, la naturaleza y el fin de la Liga inspiren y dirijan, por un lado nuestra propaganda, tanto verbal como escrita y por otro sirvan de condiciones y de base para admitir nuevas adhesiones. Este último punto, señores, nos parece esencialmente importante, porque todo el porvenir de nuestra Liga dependerá de las disposiciones de las ideas y de las tendencias tanto políticas como sociales, tanto económicas como morales de esta multitud de recién llegados á los cuales debemos abrir nuestras filas.

Formando una institución eminentemente democrática no pretendemos gobernar nuestro pueblo, es decir, la masa de los adheridos, desde el

más alto al más bajo, y desde el momento en que estemos bien constituidos no nos permitiremos nunca imponerles la autoridad de nuestras ideas. Por el contrario, queremos que los subcomités provinciales, los comités nacionales y hasta el comité central ó internacional elegido, desde el más modesto al más elevado por el sufragio de los adheridos de todos los países, sean la fiel y obediente expresión de sus sentimientos, de sus ideas y de su voluntad. Pero hoy precisamente que estamos resueltos á someternos en todo lo que se relacione á la obra común de la Liga á los votos de la mayoría, hoy que aún somos un pequeño número, si queremos que nuestra Liga no se desvíe nunca del primer pensamiento y de la dirección que le han dado sus iniciadores, ¿no debemos tomar medidas para que nadie pueda entrar con tendencias contrarias á este pensamiento y á esta dirección? Debemos organizarnos de manera que la gran mayoría de los que se han adherido sea siempre fiel á los sentimientos que nos inspiran hoy y establecer las reglas de admisión de tal manera, que aunque cambie el personal de nuestros comités, el espíritu de la Liga no cambie jamás.

No podremos llegar á este fin más que estableciendo y determinando tan claramente nuestros principios, que ningún individuo que nos sea hostil pueda colocarse nunca entre nosotros.

No hay duda que si evitamos precisar nuestro carácter real, el número de adhesiones podía ser mayor. En este caso podríamos, como nos lo ha propuesto el delegado de Bâle, M. Schmidlin, acoger en nuestras filas asesinos eclesiásticos, y ¿por qué no gendarmes?, ó como acaba de hacer la Liga de la Paz fundada en Francia bajo la alta protección imperial por M. M. Miguel Chevalier y Fede-

rico Passy, suplicar á algunas ilustres princesas de Prusia, de Rusia ó de Austria, que aceptaran el título de miembros honorarios de nuestra asociación. Pero dice el proverbio que el que mucho abarca poco aprieta; y compraríamos estas magníficas adhesiones al precio de nuestra completa aniquilación, y entre tantos equívocos y frases que emponzoñan hoy la opinión pública de Europa, nosotros no seríamos más que unos de tantos. Por otro lado es evidente que si proclamamos altamente nuestros principios, el número de las adhesiones será mucho menor; pero serán adhesiones mucho más serias y con las cuales podremos contar, y nuestra propaganda, sincera, inteligente y seria no envenenará, moralizará al público.

Veamos, pues, ¿cuales son los principios de nuestra nueva asociación? Se llama *Liga de la Paz y de la Libertad*. Ya es mucho; por esto nos distinguimos de todos los que quieren buscar la paz á cualquier precio, hasta al precio de la libertad y de la humana dignidad. También nos distinguimos de la sociedad inglesa de la paz que, haciendo abstracción de toda política, se imagina que con la organización actual de los Estados en Europa la paz es posible. En contraposición á estas tendencias ultrapacíficas de las sociedades parisién é inglesa, nuestra *Liga* proclama que no cree en la paz y que no la desea sino bajo la condición suprema de la libertad.

La libertad es una palabra sublime que designa una gran cosa que no dejará nunca de electrizar los corazones de todos los hombres, pero que, sin embargo, necesita estar bien determinada, sin lo cual no escaparíamos al equívoco y podríamos ver burócratas partidarios de la libertad civil, monárquicos constitucionales, aristócratas y burgueses liberales, todos más ó menos partidarios del

privilegio y enemigos naturales de la democracia, venir á colocarse en nuestras filas y constituir una mayoría entre nosotros bajo el pretexto de que ellos también aman la libertad.

Para evitar las consecuencias de una fastidiosa y mala interpretación, el Congreso de Ginebra ha proclamado que deseaba «fundar la paz *sobre la democracia y sobre la libertad*», de donde se deduce que para ser miembro de nuestra Liga, es preciso ser demócrata.

Por consecuencia están excluidos todos los aristócratas, todos los partidarios de algún privilegio, de algún monopolio ó de alguna exclusión política, cualquiera que ésta sea; la palabra democracia no quiere decir otra cosa que el gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo, comprendiendo bajo esta última denominación toda la masa de ciudadanos, y hoy sería preciso añadir, de los ciudadanos que también forman una nación.

En este sentido, todos somos seguramente demócratas.

Pero debemos reconocer al mismo tiempo que este término democracia no basta para determinar el carácter de nuestra Liga y que como el de Libertad considerado aparte puede prestarse á malas interpretaciones. ¿No hemos visto en los comienzos de este siglo, en América los plantadores, los esclavistas del Sur y todos sus partidarios de los Estados Unidos del Norte llamarse demócratas? ¿El cesarismo moderno, con sus repugnantes consecuencias suspendido como una horrible amenaza sobre todo lo que se llama humanidad en Europa, no se llama igualmente demócrata? ¿El mismo imperialismo moscovita y de San Petersburgo, el Estado sin frases, ese ideal de todos los poderes militares y burocráticos centralizados, no han ani-

quilado últimamente á Polonia en nombre de la democracia? Y es evidente que la democracia sin libertad no puede servirnos de bandera. ¿Pero la democracia fundada en la libertad, que es más que la República?

La alianza de la libertad con el privilegio, crea el régimen monárquico constitucional, pero su alianza con la democracia no puede realizarse más que *en la República*. Por medida de prudencia que nosotros no aprobamos, el Congreso de Ginebra en sus acuerdos ha creído deber abstenerse de pronunciar la palabra República, pero al proclamar su deseo «de fundar la paz sobre la democracia y sobre la libertad», se ha declarado implícitamente republicano. *Por consecuencia, nuestra Liga debe ser democrática y republicana al mismo tiempo, y pensamos, señores, que aquí todos somos republicanos en este sentido, que empujados por las consecuencias de una inexcusable lógica, advertidos por las lecciones á la vez sanas y duras de la historia, por todas las experiencias del pasado y sobre todo iluminados por los sucesos que han entristecido á Europa desde 1848 como por los peligros que la amenazan hoy, hemos llegado todos igualmente á esta convicción: que las instituciones monárquicas son incompatibles con el reinado de la paz, de la justicia y de la libertad.*

En cuanto á nosotros, como socialistas rusos y como slavos, creemos que es nuestro deber declarar francamente que para nosotros la palabra república sólo tiene este valor *negativo*: el de ser el derrumbamiento ó la eliminación de la monarquía y que no sólo no es capaz de exaltarnos, sino que por el contrario, siémpre que nos representan la república como una solución positiva y seria de todas las cuestiones del día, como el fin supremo

hacia el cual deben tender todos nuestros esfuerzos, sentimos la necesidad de protestar.

Detestamos la monarquía con todo nuestro corazón, no pedimos nada mejor que verla derrumbarse en toda Europa y en todo el mundo y estamos convencidos de que su abolición es una condición *sine qua non* de la emancipación de la humanidad. Bajo este punto de vista, somos francamente republicanos; pero no creemos que basta aniquilar la monarquía para emancipar los pueblos y darles la justicia y la paz; estamos firmemente persuadidos, por el contrario, de que una grande república militar, burocrática y políticamente centralizada puede llegar, y necesariamente llegará, á un poder conquistador en el exterior, opresivo en el interior é incapaz de asegurar á sus partidarios, aunque se llamen á sí mismos ciudadanos, el bienestar y la libertad. ¿No hemos visto á la gran nación francesa constituirse dos veces en república democrática y dos veces perder su libertad y dejarse arrastrar á guerras de conquista?

¿Atribuiremos nosotros como lo hacen muchos estas recaídas deplorables al temperamento ligero y á las costumbres disciplinarias, históricas del pueblo francés, que según pretendían sus detractores es muy capaz de conquistar la libertad por un ímpetu espontáneo y tempestuoso, pero no de gozarla y practicarla?

Nos es imposible, señores, asociarnos á esta condenación de un pueblo entero, de uno de los pueblos más inteligentes de Europa. Estamos convencidos de que si en dos momentos diferentes, la Francia ha perdido su libertad y ha visto su república democrática transformarse en dictadura y en democracia militar, la falta no está en el carácter de un pueblo, sino en su *centralización política* que,

preparada de antemano por sus reyes y sus hombres de Estado, personificada más tarde en aquello que la retórica complaciente de la corte llama el Gran Rey, después empujada al abismo por los vergonzosos desórdenes de una monarquía decrepita, hubiera perecido ciertamente en el cieno si la Revolución no la hubiera levantado con sus poderosas manos.

Cosa extraña, esta gran Revolución que por primera vez en la historia habría proclamado no sólo la libertad del ciudadano, sino la del hombre, haciéndose la heredera de la monarquía que mataba, había resucitado al mismo tiempo esta negación de toda libertad: *la centralización y la omnipotencia del Estado*.

Reconstruída de nuevo por la Constituyente, combatida, pero con poco éxito; por los Girondinos, esta centralización fué acabada por la Convención Nacional.

Robespierre y Saint-Just fueron los verdaderos restauradores: nada faltó á la nueva máquina gubernamental; ni el Sér Supremo, con el culto del Estado. No esperaba más que un hábil maquinista para mostrar al mundo, estupefacto, toda la poderosa opresión de que había sido dotada por sus imprudentes constructores y Napoleón I lo fué. Por consecuencia, esta Revolución, que había sido en sus principios inspirada por el amor de la libertad y de la humanidad, por aquello que había creído que podría conciliarlos con la centralización del Estado, se suicidaba, los mataba, engendrando en su lugar la dictadura militar, el Cesarismo.

¿No es evidente, señores, que para salvar la libertad y la paz de Europa nos debemos oponer á esta monstruosa y opresiva centralización de los

Estados militares, burocráticos, despóticos, monárquicos, constitucionales y hasta republicanos por el grande y saludable *principio del Federalismo*, principio cuyos últimos sucesos en los Estados Unidos de la América del Norte nos lo ha demostrado triunfalmente?

Desde hoy debe ser claro para todos los que quieran la emancipación de Europa, que, conservando nuestras simpatías por las grandes ideas socialistas y humanitarias anunciadas por la Revolución francesa, debemos rechazar su política de Estado y adoptar resueltamente la política de la libertad de los americanos del Norte.

El federalismo

Nos consideramos dichosos al poder declarar que este principio ha sido aclamado unánimemente por el Congreso de Ginebra. La misma Suiza, que hoy lo practica con tanta fortuna, se ha adherido sin restricción alguna y lo ha aceptado con todas sus consecuencias. Desgraciadamente, en las resoluciones del Congreso, este principio ha sido mal formulado y no se ha mencionado más que indirectamente, primero con pretexto de la Liga que debemos establecer y más abajo con relación al periódico que debemos redactar bajo el título de «Estados Unidos de Europa», siendo así que debiera, según nosotros, ocupar el primer lugar en nuestra declaración de principios. Es esta una laguna enojosa que debemos apresurarnos á llenar. Conforme al sentimiento unánime del Congreso de Ginebra, debemos proclamar:

1.º Que para hacer triunfar la libertad, la justicia y la paz en las relaciones internacionales de Europa, para hacer imposible la guerra civil entre los diferentes pueblos que componen la familia europea, no hay más que un medio: el de constituir *los Estados Unidos de Europa*.

2.º Que los Estados de Europa no podrán jamás formarse con los Estados tal y como están hoy constituídos vista la desigualdad monstruosa que existe entre sus fuerzas respectivas.

3.º Que el ejemplo de la muerta Confederación germánica ha probado de una manera perentoria que una confederación de monarquías es una irrisión y que es impotente para garantizar la paz ó la libertad de las multitudes.

4.º Que ningún Estado centralizado burocrático y por esto mismo militar, aunque se llame á sí mismo republicano, podrá entrar seria y sinceramente en una confederación internacional. Por su constitución, que será siempre una negación franca ó encubierta de la libertad interior, será necesariamente una declaración de guerra permanente y una amenaza contra la existencia de los países vecinos. Fundada esencialmente sobre un acto ulterior de violencia, la conquista, ó lo que en la vida privada se llama robo con fractura;—acto bendecido por la Iglesia de una religión cualquiera, consagrado por el tiempo y por lo mismo transformado en derecho histórico;—y apoyándose sobre esta divina consagración de la violencia triunfante como sobre un derecho exclusivo y supremo, cada Estado centralizado se coloca por sí mismo como una negación absoluta del derecho de todos los demás Estados, no reconociéndolos jamás en los tratados que celebra con ellos más que por interés político ó por impotencia.

5.º Que todos los que se adhieran á la Liga deberán, por consecuencia, dirigir sus esfuerzos á reconstituir sus patrias respectivas, para poder reemplazar la antigua organización fundada de alto abajo, sobre la violencia y sobre el principio de autoridad; por una organización nueva, que no

tenga otra base, que los intereses, las necesidades y las atracciones naturales de las poblaciones, ni otros principios que la federación libre de los individuos en los pueblos, los pueblos en las provincias (1), las provincias, en las naciones y éstas en los Estados Unidos, y por fin, en el mundo entero.

6.º Consecuencia: abandono absoluto de todo lo que se llama derecho histórico de los Estados; todas las cuestiones relativas á las fronteras naturales, políticas, estratégicas y comerciales deberán

(1) El ilustre patriota italiano José Mazzini—cuyo ideal republicano no era otro que la república francesa de 1793, refundida en las tradiciones poéticas de Dante, y en los recuerdos ambiciosos de Roma, soberana del mundo, corregida después bajo el punto de vista de una teología nueva, medio racional y medio mística,—este patriota eminente, ambicioso, apasionado, y siempre exclusivo á pesar de todos los esfuerzos que ha hecho para elevarse á la altura de la justicia internacional y que ha preferido la grandeza y el poder de su patria á su bienestar y á su libertad, ha sido siempre el adversario encarnizado de la autonomía de las provincias, que naturalmente turbaría la severa uniformidad de su gran Estado italiano.

Pretende que para contrabalancear la omnipotencia de la república sólidamente instituída, la autonomía de los pueblos bastará. Se equivoca: ningún pueblo aislado, será capaz de resistir al poder de esta formidable centralización; sería destrozada. Por no sucumbir en esta lucha debería confederarse en vista de una resistencia común con todos los pueblos vecinos, es decir, que debería formar con ellos una provincia autónoma, además desde el momento en que las provincias no sean autónomas, será preciso gobernarlas por funcionarios del Estado. Entre el federalismo rigurosamente, consecuente, y el régimen burocrático, no hay término medio, de donde resulta: que la república deseada por Mazzini sería un Estado burocrático y por consecuencia militar, fundado en vista del poder exterior y no de la justicia internacional ni de la libertad interior. En 1793, bajo el régimen del Terror, los pueblos de Francia fueron reconocidos autónomos; lo que no les impidió ser destruídos por el despotismo revolucionario de la Convención, ó mejor dicho, del pueblo de París, despotismo que heredó naturalmente Napoleón.

ser consideradas desde hoy como pertenecientes á la historia antigua, y rechazadas con energía por todos los adheridos á la Liga.

7.º Reconocimiento del derecho absoluto de cada nación grande ó pequeña, de cada pueblo débil ó fuerte, de cada provincia, de cada pueblo, en completa autonomía; siempre que su constitución interior no sea una amenaza y un peligro para la autonomía y la libertad de los países vecinos.

8.º Cuando un país haya formado parte de un Estado aunque se haya unido libremente, no tendrá obligación de permanecer siempre unido á él. Ninguna obligación perpetua podría ser aceptada por la justicia humana, la única que puede tener autoridad entre nosotros, y no reconoceremos jamás otros derechos, ni otros deberes que los que se fundan en la libertad. El derecho de reunirse libremente es el primero, el más importante de todos los derechos políticos; aquel sin el cual la confederación no sería más que una centralización encubierta.

9.º Resulta de todo lo que precede que la Liga debe francamente prescribir toda alianza de tal á tal fracción nacional de la democracia europea con los Estados monárquicos, aun cuando esta alianza tuviese por objeto reconquistar la independendencia ó la libertad de un país oprimido—una alianza semejante no podría aportar más que decepciones, y sería al mismo tiempo una traición contra la revolución.

10.º La Liga porque es precisamente de la paz y porque está convencida de que la paz no podía ser conquistada y fundada más que sobre la más íntima y completa solidaridad de los pueblos dentro de la justicia y la libertad, debe proclamar muy alto sus simpatías hacia cualquier insurrección na-

cional y cualquier opresión, sea extranjera, sea indígena, con tal de que esta insurrección se haga en nombre de nuestros principios y un interés tanto político como económico de las masas populares, pero no con la intención ambiciosa de fundar un poderoso Estado.

11.º La Liga hará una guerra á muerte á todo lo que se llama gloria, grandeza y poderío de los Estados. A todos esos falsos ídolos, á los cuales se han inmolado millones de víctimas humanas, opondremos las glorias de la humana inteligencia manifestándose en la ciencia y en una prosperidad universal fundada sobre el trabajo, sobre la justicia y sobre la libertad.

12.º La Liga reconocerá la *nacionalidad* como un hecho natural, teniendo incontestable derecho á una existencia y á un desarrollo libre, pero no como un principio—todo principio debe tener carácter de universalidad y de nacionalidad, no siendo al contrario más que su hecho exclusivo, separado. El llamado *principio de nacionalidad*, tal como ha sido implantado en nuestros días por los gobiernos de Francia, Rusia y de la misma Prusia y por muchos patriotas alemanes, polacos, italianos y húngaros, no es más que un derivativo opuesto por la reacción al espíritu de la revolución: eminentemente aristocrático en el fondo hasta despreciar los dialectos de las poblaciones poco ilustradas, negando implícitamente la libertad de las provincias y la autonomía real de los pueblos y sostenida en todos los países, no por las masas populares, de las cuales sacrifican sistemáticamente los intereses reales por un título público que no es otro que el de las clases privilegiadas—este principio no expresa nada más que los pretendidos derechos históricos y la ambición de los Estados. Así

es que el derecho de nacionalidad no podía ser jamás considerado por la Liga más que como una consecuencia natural del principio supremo de la libertad, cesando de ser un derecho desde el momento que se coloca, sea contra la libertad, sea solamente dejando á un lado la libertad.

13.º La unidad es el fin hacia el cual tiende irresistiblemente la humanidad, pero se torna fatal, destructora de la inteligencia, de la dignidad, de la prosperidad, de los individuos y de los pueblos siempre que se forma dejando á un lado la libertad, sea por la violencia ó por la autoridad de una idea teológica, metafísica, política y hasta económica.

El patriotismo que tiende á la unidad fuera de la libertad, es un patriotismo malo, siempre funesto á los intereses populares y reales del país que pretende exaltar y servir, amigo con frecuencia, sin desearlo, de la reacción—enemigo de la revolución, es decir, de la emancipación de las naciones y de los hombres. La Liga no podía reconocer más que una sola unidad: la que se constituirá libremente por la federación de las partes autónomas en el todo, de suerte que éste, cesando de ser la negación de los derechos y de los intereses particulares, cesando de ser el cementerio donde van forzosamente á enterrarse todas las prosperidades locales, vendrá á ser, por el contrario, la confirmación y el origen de todas estas autonomías y de todas estas prosperidades. Por consecuencia, la Liga atacará vigorosamente toda organización religiosa, política, económica y social que no esté absolutamente penetrada de este gran principio de la libertad: sin él no hay inteligencia, no hay justicia, no hay prosperidad, no hay humanidad.

Tales son, señores, según nosotros y sin duda según vosotros, los desarrollos y las consecuencias necesarias de este gran principio del Federalismo que el Congreso de Ginebra ha proclamado tan alto. Tales son las condiciones absolutas de la paz y de la libertad.

Absolutas, sí, ¿pero son solas? No lo pensemos.

Los Estados del Sur en la gran confederación republicana de la América del Norte han sido desde el acto de independencia de los Estados republicanos, demócratas por excelencia (1) y federalistas hasta querer la separación, y ultimamente se han atraído la reprobación de todos los partidarios de la libertad y de la humanidad en el mundo y han estado á punto, por la guerra inicua y sacrílega que han fomentado contra los Estados republicanos del Norte, de derribar y destruir la más bella organización política que ha existido jamás en la historia. ¿Cuál puede ser la causa de un hecho tan extraño? ¿Era una causa política? No, era *social*. La organización política interior de los Estados del Sur ha sido bajo muchos aspectos más perfecta, más completamente libre que la de los Estados del Norte. En esta magnífica organización sólo se encuentra un punto obscuro en las repúblicas de la antigüedad; la libertad de los ciudadanos ha sido fundada sobre el trabajo forzado de los esclavos. Este punto obscuro basta para destruir toda la existencia política de estos Estados.

Ciudadanos y esclavos—tal ha sido el antagonismo en el viejo mundo como en los Estados hoy

(1) Se sabe que en América son los partidarios de los intereses del Sur contra el Norte, es decir, de la esclavitud contra la emancipación de los esclavos, los que se llaman exclusivamente demócratas.

esclavos del nuevo mundo,—ciudadanos y esclavos, es decir, trabajadores forzados, esclavos no de derecho sino de hecho. Tal es el antagonismo del mundo moderno, y como los Estados antiguos han muerto por la esclavitud, los Estados modernos perecerán por el proletariado. Es en vano que se esfuercen en consolarse con la idea de que es un antagonismo más ficticio que real ó de que es imposible establecer una línea divisoria entre las clases pudientes y las indigentes, dos clases que se confunden una con otra por nubes impalpables.

En el mundo natural esas líneas divisorias tampoco existen; en la serie ascendente de los seres es imposible señalar el punto donde termina el reino vegetal y donde comienza el reino animal, donde cesa la bestialidad y donde comienza la humanidad, no existe una diferencia menos real entre planta y el animal, entre este y el hombre. Lo mismo en la sociedad humana apesar de las posiciones intermediarias que forman una transición insensible de una existencia política y social á otra, la diferencia de clases es, sin embargo, muy marcada y todo el mundo sabrá distinguir la aristocracia nobiliaria de la aristocracia financiera, la alta burguesía de la pequeña y este de los proletarios y de fábricas y villas, lo mismo que el propietario de tierras, el rentista, el campesino propietario que cultiva él mismo la tierra, el granjero del simple proletario del campo.

Todas estas diferentes existencias políticas y sociales se reducen hoy á dos principales categorías, diametralmente opuestas la una á la otra y enemigas naturales la una de la otra; las *clases políticas* (1) compuestas de todos los privilegios tanto de la tie-

(1) (*¿Leg. privilegiadas?*)

rra como del capital ó solamente de la educación burguesa (1), y las *clases obreras* desheredadas tanto del capital como de la tierra y privadas de toda educación y de toda instrucción, sería preciso ser un sofista ó un ciego para negar la existencia del abismo que separa hoy estas dos clases. Como en el viejo mundo, nuestra civilización moderna que comprende una minoría comparativa es la más reducida de ciudadanos privilegiados, tiene por base el trabajo forzado (por el hambre) de la inmensa mayoría de los pueblos, entregados fatalmente á la ignorancia y á la brutalidad.

En vano es que se esfuercen en persuadirse de que este abismo puede llenarse con la instrucción de las masas populares. Muy bien está fundar escuelas para el pueblo, pero es preciso preguntarse, si el hombre del pueblo que vive al día manteniendo á su familia con el trabajo de sus brazos, privado él mismo de instrucción y de descanso y obligado á matarse y á embrutecerse con el trabajo para asegurar á los suyos el pan de mañana, ha pensado ó ha tenido el deseo y hasta la posibilidad de enviar sus hijos á la escuela y mantenerlos durante todo el tiempo de su instrucción. ¿No tendrá necesidad del concurso en sus débiles brazos de su infantil trabajo para subvenir á todas las necesidades de su familia? Bastante hará si lleva el sacrificio hasta hacerlos estudiar un año ó dos, dejándoles apenas el tiempo necesario para aprender á leer y escribir, á contar y á dejarse envenenar la inte-

(1) En defecto de otro bien, esta educación burguesa con la ayuda de la solidaridad que liga todos los miembros del mundo burgués asegura á quien la haya recibido un privilegio enorme con la renumeración de un trabajo; el trabajo más mediano de los burgueses se paga casi siempre tres ó cuatro veces más que el del obrero más inteligente.

ligencia y el corazón por el catecismo cristiano que distribuyen á sabiendas con profusión en las escuelas populares oficiales de todos los países. ¿Este poco de instrucción, colocaría nunca las masas obreras al nivel de la inteligencia burguesa? ¿Se llenaría el abismo?

Es evidente que la importante cuestión de la instrucción y de la educación popular depende de la solución de esta otra cuestión, también difícil, de una reforma radical en las condiciones económicas actuales de las clases obreras: elevad las condiciones del trabajo, dad al trabajo todo lo que de justicia merece, dad al pueblo con esto, seguridad, bienestar, descanso, y entonces, creedlo, se instruirá y creará una civilización más amplia, más sana, más elevada que la vuestra.

En vano es también que digamos con los economistas que el mejoramiento de la situación económica de las clases obreras depende del progreso general de la industria y del comercio en cada país y de su completa emancipación de la tutela y de la protección de los Estados. La libertad de la industria y del comercio es ciertamente una gran cosa y uno de los fundamentos esenciales de la futura alianza internacional de todos los pueblos del mundo. Amigos de la libertad y de todas las libertades debemos serlo de éstas igualmente. Pero, por otra parte, debemos reconocer que mientras existan los Estados actuales y mientras el trabajo continúe siendo el siervo de la propiedad y del capital, esta libertad, enriqueciendo á una mínima porción de la burguesía en detrimento de la inmensa mayoría de los habitantes, no producirá más que un bien: el de enervar y desmoralizar más completamente el número de privilegiados, aumentar la miseria, los agravios y la justa indignación de las masas obre-

ras y por esto aproximan la hora de la destrucción de los Estados.

Inglaterra, Bélgica, Francia y Alemania son seguramente los países de Europa donde el comercio y la industria disfrutan comparativamente de la más grande libertad y donde alcanza el mayor grado de desarrollo, y precisamente son también los países en que el pauperismo se siente de la manera más cruel, donde el abismo entre los capitalistas y los propietarios por un lado y las clases obreras por otro parecen haber llegado á un punto desconocido en otros países. En Rusia, en los países escandinavos, en Italia, en España donde el comercio y la industria están poco desarrollados á menos de alguna catástrofe extraordinaria se muere raramente de hambre. En Inglaterra la muerte por hambre es un hecho diario y no son solamente individuos aislados, son millares, docenas de centenares de millares los que mueren. ¿No es evidente que en el estado económico que prevalece actualmente en todo el mundo civilizado, la libertad y el desarrollo del comercio y de la industria, las aplicaciones maravillosas de la ciencia á la producción, las máquinas que tienen por misión emancipar al trabajador y hacer más ligero el trabajo humano, que todas estas invenciones, este progreso, del que se enorgullece con justicia el hombre civilizado, lejos de mejorar la situación de las clases obreras, no hacen más que empeorarla y hacerla más insostenible?

Sólo la América del Sur es una grande excepción de esta regla. Pero lejos de destruirla, esta misma excepción la confirma. Si los obreros están mejor retribuidos que en Europa y si nadie se muere de hambre, si al mismo tiempo el antagonismo de las clases no existe apenas, si todos los

trabajadores son ciudadanos y si la masa de estos ciudadanos constituye un solo cuerpo, y en fin, si una gran institución primaria y hasta secundaria está esparcida en las masas, es preciso atribuirlo en gran parte á ese espíritu tradicional de libertad que los primeros colonizadores importaron de Inglaterra: suscitado, experimentado y fortalecido en las grandes luchas religiosas, este principio de la independencia individual y de *self-government* comunal y provincial se encuentra favorecido por la rara circunstancia de que trasplantado á un desierto, entregado, por decirlo así, á las obsesiones del pasado, pudo crear un mundo nuevo, el mundo de la libertad, y la libertad es una gran maga, está dotada de un instinto productivo tan maravilloso, que, dejándose inspirar por sí misma, en menos de un siglo la América del Norte ha podido llegar y adelantar á la civilización de Europa. Pero no hay que equivocarse, este progreso maravilloso y esta prosperidad tan envidiable son debidos en gran parte y sobre todo á un importante adelanto que la América tiene de común con Rusia: queremos hablar de la inmensa cantidad de tierras fértiles y que, faltas de brazos, existen hoy sin cultivar.

Hasta el presente, esta gran riqueza territorial ha estado casi perdida en Rusia, porque no hemos tenido nunca libertad. Otra cosa ha sido la América del Norte, donde por una libertad como no existe otra en ninguna parte, atrae todos los años centenares de miles de colonos enérgicos, industrioses ó inteligentes, que, gracias á aquella riqueza puede admitirlos en su seno. Aleja al mismo tiempo el pauperismo y retarda el momento en que se imponga la cuestión social; un obrero que no encuentre trabajo ó que esté descontento del salario que le ofrezca el capital, puede en rigor emigrar al far-

West para labrar cualquier tierra salvaje y desocupada.

Esta posibilidad está siempre al alcance de los obreros de América y mantiene, naturalmente, el jornal á una misma altura y da á cada uno una independencia, desconocidas en Europa. Esta es la ventaja; veamos la desventaja, la baratura de los productos de la industria, se obtiene, en gran parte, por la baratura del trabajo, los fabricantes americanos en la mayoría de las ocasiones no están en estado de luchar con los fabricantes de Europa, de donde resulta para la industria de los Estados del Norte la necesidad de una tarifa proteccionista. Pero esto da por resultado: primero, crear una multitud de industrias artificiales y, sobre todo, oprimir y arruinar á los Estados que no son manufactureros del Sur y hacerles desear la separación; en fin, aglomerar en las poblaciones como New York, Filadelfia, Boston, masas obreras, proletarios, que poco á poco comienzan á encontrarse en una situación análoga á la de los obreros en los grandes Estados manufactureros de Europa, y vemos presentarse la cuestión social en los Estados del Norte como se ha presentado antes entre nosotros.

Forzoso es reconocer que por regla general, en nuestro mundo moderno sino de hecho, como en la antigüedad, la civilización de un pequeño número está fundada todavía sobre el trabajo forzado y sobre la barbarie relativa de la mayoría. Sería injusto decir que la clase privilegiada es extraña al trabajo; por el contrario, en nuestros días se trabaja mucho y el número de los completamente desocupados disminuye de una manera sensible, pues se empieza á tener orgullo en trabajar, porque los más dichosos comprenden hoy que para estar á la

altura de la civilización actual, para saber aprovecharse de sus privilegios y para poder guardarlos es preciso trabajar mucho. Pero hay una diferencia entre el trabajo de las clases acomodadas y el de las clases obreras, y es que el primero, como está retribuido en una proporción infinitamente mayor que el segundo, deja *descansar* á sus privilegiados, condición suprema de todo humano desarrollo, tanto intelectual como moral, condición que no existe nunca entre los obreros. Además, el trabajo que hacen los privilegiados, es casi exclusivamente *trabajo nervioso*, es decir, de imaginación, de memoria y de pensamiento, mientras que el trabajo de millones de proletarios, es un *trabajo muscular*, y con frecuencia, como por ejemplo en todas las fábricas, un trabajo que no ejercita á la vez todo el sistema muscular del hombre, que sólo desarrolla una parte en detrimento de las otras, haciéndose, en general, en condiciones malsanas para la salud del cuerpo y contrarias á un desarrollo armónico. Bajo este punto de vista, el que trabaja la tierra es mucho más feliz. Su naturaleza, no viciada por la atmósfera sofocante y con frecuencia envenenada de las máquinas y de las fábricas, ni contrahecha por el desarrollo anormal de uno de sus músculos á expensas de los otros, es más vigorosa y más completa, pero en compensación su inteligencia es más pesada y menos desarrollada que la de los obreros de las fábricas y de las poblaciones.

Sumado todo, trabajadores de oficio y de fábrica y labradores, forman reunidos una sola categoría que representan el *trabajo de los músculos* en oposición á los representantes privilegiados del *trabajo nervioso*. ¿Cuál es la consecuencia de esta división no ficticia, sino real, que constituye el fondo de la situación actual, tanto política como social?

Para los representantes privilegiados del *trabajo nervioso ó intelectual*—que en la organización actual de la sociedad están llamados á representarla, no porque sean más inteligentes, sino porque han nacido entre la clase privilegiada,—para ellos son todos los bienes, pero también todas las corrupciones de la civilización actual, la riqueza, el lujo, el confort, el bienestar, las dulzuras de la familia, la libertad política, exclusiva con la facultad de explotar el trabajo de millones de obreros y de gobernarlos á su antojo y en su propio interés, todas las creaciones, todos los refinamientos de la imaginación ó del pensamiento... y con el poder de hacerse hombres completos, todo el veneno de la humanidad pervertida por el privilegio.

A los representantes del *trabajo muscular*, á esos innumerables millones de proletarios y hasta de pequeños propietarios de tierras, ¿qué les queda? una miseria sin fin, ni siquiera los goces de la familia; porque la familia, para el pobre, resulta pronto una pesada carga, la ignorancia, una barbarie y casi una bestialidad forzada, con el consuelo de que sirven de pedestal á la civilización, á la libertad y á la corrupción de un pequeño número.

En cambio conservan su pureza de espíritu y de carácter. Moralizados por el trabajo, aunque sea forzado, han guardado su sentido de justicia, tan justa, como la justicia de los jurisconsultos y de los códigos, siendo miserables; compadecen todas las miserias, y conservan su buen sentido, no corrompido por los sofismas de las ciencias doctrinarias ó por las mentiras de la política, y como no han abusado ni usado de la vida, tienen fe en la vida.

¿Pero se dirá: este contraste, este abismo, entre el pequeño número de privilegiados y el inmenso

número de desheredados, ha existido siempre y existe aún. ¿Qué es lo que ha cambiado?

Consiste el cambio, en que antes este abismo estaba de tal suerte oculto por nubes de religión, que las masas populares no le veían; pero desde que la gran Revolución ha comenzado á disipar esas nubes empiezan á verlo y á pedir justicia, y este cambio es inmenso.

Desde que la Revolución ha hecho caer sobre las masas su Evangelio, no místico, pero sí racional; no celeste, pero sí terrestre; no divino, pero sí humano; desde que el Evangelio de los derechos del hombre ha proclamado que todos los hombres son iguales y todos igualmente llamados á la libertad y á la humanidad, las masas populares de toda Europa, y de todo el mundo civilizado, despertando poco á poco del sueño que las tenía encadenadas desde que el Cristianismo las aletargó con sus doctrinas, comienzan á preguntarse si no tienen derecho á la igualdad, á la libertad y á la humanidad.

Desde el momento en que fué sentada esta cuestión, el pueblo, dirigido por un admirable buen sentido, tanto como por su instinto, ha comprendido que la primera condición de su emancipación real, ó si queréis permitirme esta palabra, de su *humanización*, era, ante todo, una reforma radical de sus condiciones económicas. La cuestión del pan es con justicia la primera, porque Aristóteles ya la señaló: el hombre, para pensar, para sentir libremente, para ser hombre, debe estar libre de las preocupaciones de la vida material. De ahí que los burgueses que gritan tan alto contra el materialismo del pueblo y que predicán las abstinencias del idealismo, lo saben muy bien, porque predicán en palabras, pero no con el ejemplo. La segunda cuestión

para el pueblo es la del descanso después del trabajo, condición *sine qua non* de la humanidad, pero el pan y el descanso no podrán obtenerlo jamás si no hay una transformación radical de la sociedad, lo que explica, porque la Revolución, impulsada por una consecuencia lógica de su propio principio, ha dado vida al *socialismo*.

II

El socialismo

La Revolución francesa, habiendo proclamado el derecho y el deber de todo individuo humano de ser un hombre, ha terminado por sus últimas consecuencias en el babuvismo. Babeuf, uno de los últimos ciudadanos enérgicos y puros que la Revolución había creado y después mató en tan gran número y que tuvo la dicha de haber contado entre sus amigos hombres como Buonarotti, había reunido en una concepción singular las tradiciones políticas de la patria antigua con las ideas modernas de una revolución social viendo á la Revolución perecer falta de un cambio radical y entonces casi imposible en la organización económica de la sociedad, fiel, por otra parte, al espíritu de esta Revolución que había acabado por sustituir la acción omnipotente del Estado á toda iniciativa individual, había concebido un sistema político y social conforme al cual la república, expresión de la voluntad colectiva de los ciudadanos, después de haber confiscado todas las propiedades individuales, las administraría en interés de todos, repartiéndolas en porciones iguales á cada uno: la educación, la instrucción, los medios de existencia, los place-

res, y obligando á todos sin excepción según la medida de sus fuerzas y de la capacidad de cada uno, al trabajo tanto muscular como intelectual.

La conspiración de Babeuf se frustró y fué guillotinado con muchos de sus amigos. Pero su ideal de una república socialista no murió con él. Recogido por su amigo Buonarotti el más grande conspirador de este siglo, esta idea fué transmitida por él como un depósito sagrado á las nuevas generaciones y gracias á las sociedades secretas que fundó en Bélgica y en Francia, las ideas comunistas germinaron en la imaginación popular.

Desde 1830 hasta 1848 encontraron hábiles intérpretes en Cabet y M. Luis Blanc, que establecieron definitivamente el *socialismo revolucionario*. Otra corriente socialista partió del mismo curso revolucionario convergiendo al mismo fin pero por medios absolutamente diferentes, y que de buen grado llamaríamos el *socialismo doctrinario*, y fué creada por dos hombres eminentes: Saint-Simon y Fourier. El sansimonismo fué comentado, transformado y establecido como sistema casi práctico, como iglesia, por el padre Enfantin, con muchos amigos, cuya mayoría han llegado á ser financieros y hombres de Estado singularmente afectos al Imperio. El furierismo encontró su comentador en la *Democracia pacífica* dirigida hasta el 2 de Diciembre por M. Victor Considerant.

El mérito de estos dos sistemas socialistas, diferentes bajo muchos conceptos, consiste principalmente en la crítica profunda, científica y severa que han hecho de la organización actual de la sociedad, poniendo atrevidamente de relieve las monstruosas contradicciones, y además en el hecho importante de haber atacado fuertemente y quebrantado el cristianismo en nombre de la rehabili-

tación de la materia y de las pasiones humanas calumniadas y al mismo tiempo tan bien practicadas por los sacerdotes cristianos. En el cristianismo, los sansimonianos han querido sustituir una religión nueva basada sobre el culto místico de la carne con una nueva jerarquía de sacerdotes, nuevos explotadores de la multitud por el privilegio del genio, de la habilidad y del talento.

Los furieristas, mucho más sinceramente demócratas, pensaron gobernar y administrar sus hues-tes por jefes elegidos por sufragio universal, donde cada uno encontraría su trabajo y su colocación según la naturaleza de sus pasiones. Las faltas de los sansimonianos son muy visibles para que sea necesario hablar de ellas. La doble equivocación de los furieristas consistió primero en que creyeron sinceramente que por la sola fuerza de su persuasión y de su propaganda pacífica lograrían conmover el corazón de los ricos hasta el punto de que éstos irían á depositar los sobrantes de sus riquezas á las puertas de sus falansterios, y en segundo lugar se imaginaron que podían teóricamente, *á priori*, construir un paraíso social que podría habitar la futura humanidad. No habían comprendido que podemos enunciar los grandes principios de su desarrollo futuro, pero que debemos dejar á las experiencias del porvenir la realización práctica de estos principios.

En general la reglamentación ha sido la pasión común de todos los socialistas anteriores á 1848 menos uno solo. Cabet, Luis Blanc, furieristas, sansimonianos, todos tuvieron la pasión de adoc-trinar y organizar el porvenir, todos han sido más ó menos *autoritarios*.

Pero apareció Proudhon, hijo de un aldeano, y de hecho y de instinto cien veces más revolu-

cionario que todos esos socialistas doctrinarios y burgueses, y se armó de una crítica tan profunda y penetrante como implacable para destruir todos los sistemas.

Oponiendo la libertad ó la autoridad contra esos socialistas de Estado, se proclamó atrevidamente anarquista, y á la sombra de un panteísmo tuvo el valor de llamarse sencillamente ateo, ó mejor, con Augusto Comte, *positivista*.

Su socialismo, fundado sobre la libertad, tanto individual como colectiva y sobre la acción espontánea de las asociaciones libres, no obedeciendo á otras leyes que á las leyes generales de la economía social descubiertas ó por descubrir por la ciencia aparte de toda reglamentación gubernamental y de toda protección del Estado, subordinando además la política á los intereses económicos intelectuales y morales de la sociedad, debía, más tarde, y por una consecuencia necesaria, terminar en el federalismo.

Tal fué el estado de la ciencia social antes de 1848. La polémica de los periódicos, las hojas sueltas y los folletos sociales, llevaron una masa de nuevas ideas al seno de las clases obreras y como ya estaban saturadas, cuando estalló la revolución de 1848, el socialismo se manifestó como un poder.

Hemos dicho que el socialismo fué el último hijo de la gran revolución; pero antes de darlo á luz había dado la vida á un heredero más directo, el mayor, el niño querido de Robespierre y Saint-Just, el *republicanismo puro* sin mezcla de ideas socialistas, inspirándose en las tradiciones heroicas de los grandes ciudadanos de Grecia y de Roma. Mucho menos humanitario que el socialismo, casi negaba el hombre y no reconocía más que el ciu-

dadano, y mientras el socialismo trata de fundar una *república de hombres*, él no quiere más que una *república de ciudadanos*; debieron estos ciudadanos como en las constituciones que sucedieron, como consecuencia natural y necesaria á la constitución de 1793 (desde el momento en que ésta dudó un instante acabó por ignorar á *sabiendas* la cuestión social), debieron, á título de *ciudadanos activos*, sirviéndonos de una expresión de la Constituyente, fundar su privilegio cívico en la explotación del trabajo de los *ciudadanos pasivos*. El republicano político está censurado de no ser egoísta para sí; pero debe serlo para la patria, que debe colocar en su corazón por encima de sí mismo, de todos los individuos, de todas las naciones del mundo y de la humanidad toda entera. Por consecuencia, ignorará siempre la justicia internacional y en todos los debates en que su patria tenga razón ó no, él se la dará por encima de todo, y querrá que domine siempre y que humille á todas las naciones extranjeras con su poder y su gloria.

Será por razón natural conquistador, aunque la experiencia de los siglos le haya demostrado que los tiempos militares deben fatalmente terminar en el cesarismo. El republicano socialista detesta la grandeza, el poder y la gloria militar del Estado, prefiere la libertad y el bienestar interior, quiere la confederación internacional, primero, por el espíritu de justicia, segundo, porque está convencido de que la revolución económica y social, traspasando los límites artificiales y funestos del Estado, no podrá realizarse, por lo menos en parte, más que por la acción solidaria, sino de todas, por lo menos, de la mayor parte de las naciones que constituyen el mundo civilizado y que tarde ó temprano acabarán por reunirse. El republicano ex-

clusivamente político, es estoico, no se reconoce ningún derecho, solamente tiene deberes, ó como en la república de Mazzini, no admite más que un solo derecho: el de sacrificarse siempre por la patria, no viviendo más que para servirla y muriendo por ella con alegría, como dice la canción que compuso M. Alejandro Dumas para los Girondinos: *Morir por la patria es la suerte más bella y más digna de envidia*. El socialista, por el contrario, se apoya en hechos positivos de la vida y á todos los goces, tanto intelectuales y morales como físicos de ella. Ama la vida y quiere gozarla plenamente; sus convicciones forman parte de sí mismo y sus deberes con la sociedad están indisolublemente ligados á sus derechos para ser fiel á los unos y á los otros, sabrá vivir según la justicia como Proudhon y en caso de necesidad morir como Babeuf; pero no dirá nunca que la vida de la humanidad debe ser un sacrificio ni que la muerte es el fin más bello. La libertad para el republicano político no es más que una vana palabra, es la libertad de ser esclavo voluntario, la víctima propiciatoria del Estado; siempre dispuesto á sacrificarle su vida, le sacrificaría con gusto la de los demás; por consecuencia, el republicanismo político termina necesariamente en el despotismo. La libertad, unida al bienestar y produciendo la humanidad de todos por la humanidad de cada uno, es para el republicano socialista todo, mientras que el Estado no es á sus ojos más que un instrumento, un servidor de bienestar y de la libertad de cada uno.

El socialista se distingue del burgués por la *justicia*, no reclamando para sí más que el fruto real de su propio trabajo; se distingue del republicano exclusivo por su *franco y humano egoísmo*, viviendo abiertamente y sin frases para sí mismo

y sabiendo que haciéndolo *según la justicia* sirve á la sociedad entera y que sirviéndola, sirve sus propios intereses. El republicano, es rígido y con frecuencia, por patriotismo (como el sacerdote por religión), cruel. El socialista es natural y moderadamente patriota y es más humano. En una palabra: entre el socialista republicano y el republicano político, hay un abismo: el uno, como una *creación semirreligiosa*, pertenece al pasado; el otro, *positivista ó ateo*, pertenece al porvenir.

Este antagonismo se vió claramente en 1848. Desde los primeros momentos de la revolución no se entendieron; sus ideales y sus instintos los llevaron á sentidos diametralmente opuestos. Todo el tiempo que medió desde Febrero hasta Junio, pasaronlo en tiroteos, que implantando la guerra civil en el campo de los revolucionarios paralizaron sus fuerzas, debieron naturalmente dar la victoria á la causa de la coalición que ya se había hecho formidable con todas las nebulosidades de la reacción, reunidas y confundidas en un solo partido por el miedo. En Junio los republicanos se coaligaron á su vez con la reacción para destruir á los socialistas. Creyeron alcanzar la victoria y habían hundido en el abismo á su muy amada república. El general Cavaignac, el representante del honor de la bandera, contra la revolución, fué el precursor de Napoleón III.

Todo el mundo lo comprendió entonces, si no en Francia, al menos por muchas otras partes, porque esta funesta victoria de los republicanos contra los obreros de París, fué celebrada como un gran triunfo por todas las cortes de Europa, y los oficiales de las guardias prusianas con sus generales al frente, se apresuraron á enviar un mensaje de felicitación fraternal al general Cavaignac.

Asustada por el rojo fantasma, la burguesía de Europa cayó en un servilismo absoluto.

Descontentadiza y liberal por naturaleza, no quiso el régimen militar, pero optó por él en perspectiva de los peligros amenazadores de una emancipación popular.

Habiendo sacrificado su dignidad con todas sus gloriosas conquistas del siglo XVIII, y de principios de este siglo creyó, por lo menos, haber comprado la paz y la tranquilidad necesarias para el éxito de sus transacciones comerciales é industriales. «Nosotros os sacrificaremos nuestra libertad—parecían decir á los poderes militares, que se elevaron de nuevo sobre las ruinas de esta tercera revolución,—dejadnos en cambio explotar tranquilamente el trabajo de las masas populares y protegernos contra sus pretensiones que pueden parecer legítimas en teoría, pero que bajo el punto de vista de nuestros intereses son detestables.» Se les prometió todo y se les cumplió la palabra, ¿entonces, por qué la burguesía, toda la burguesía de Europa, está generalmente descontenta hoy?

No habían calculado que el régimen militar cuesta caro, que ya por su sola organización interior, paraliza, inquieta y arruina las naciones y que además obedeciendo á una lógica que no se ha desmentido jamás, tiene por consecuencia infalible *la guerra*; guerras dinásticas, guerras de honor, guerras de conquista ó de fronteras naturales; guerras de equilibrio, destrucción y absorción permanente de los Estados, por los Estados sedientos de sangre humana, incendios de los campos, villas arruinadas, devastaciones de provincias enteras; y todo por satisfacer la ambición de los príncipes y de sus favoritos, para enriquecerles, para disciplinar al populacho y para llenar la historia.

Ahora lo comprende la burguesía y por eso está descontenta del régimen que tanto ha contribuido á formar. Ya está cansada, pero ¿qué hará para reemplazarle?

La monarquía constitucional hizo lo que pudo, y además no prosperó nunca mucho en el continente de Europa. Vedlo en la misma Inglaterra, esa cuna histórica del constitucionalismo moderno; batida en la brecha por la democracia que se eleva, está quebrantada, vacila, y pronto será impotente para contener la ola que crece al impulso de las pasiones y de las exigencias populares.

¿La república? ¿Pero qué república? ¿Política sólo ó democrática y social? ¿Los pueblos son aún socialistas? Sí; más que nunca.

Lo que ha sucumbido en Junio de 1848 no es el socialismo en general, es solamente el *socialismo de Estado*, aquél que había creído y esperado que el Estado diera plena satisfacción á las legítimas aspiraciones de las clases obreras y que armado de de su plenipotencia quisiera y pudiera inaugurar un nuevo orden social.

No fué el socialismo el que murió en Junio, fué el Estado que se declaró en quiebra ante el socialismo y que, proclamándose incapaz de pagarle la deuda que había contraído con él, trató de matarle para librarse del modo más fácil de aquella deuda. No logró matarle, pero mató la fe que el socialismo había tenido en él, y aniquiló al mismo tiempo todas las teorías del socialismo autoritario ó doctrinario, en que los unos como la «Icaria» de Cabet, y como «La organización del trabajo» de M. Luis Blanc habían aconsejado al pueblo que descansara sobre todas las cosas del Estado, y los otros habían demostrado su insuficiencia por una serie de experiencias ridículas. El mismo Banco de

Proudhon que en condiciones más dichosas hubiera podido prosperar, despreciado por animadversión y por la hostilidad general de los burgueses, sucumbió.

El socialismo perdió esta primera batalla por una razón muy sencilla; era rico en instintos y en ideas teórico-negativas, que le daban mil veces la razón contra el privilegio; pero le faltaban aún ideas positivas y prácticas que eran necesarias para que pudiera edificar sobre las ruinas del sistema burgués, un sistema nuevo; el de la justicia popular.

Los obreros que combatían en Junio por la emancipación del pueblo, estaban unidos por el instinto, pero no tenían ideas, y las que tenían eran tan confusas, que formaban una torre de Babel, un caos del cual no podía salir nada. Tal fué la primer causa de su desunión. ¿Por esto es preciso dudar del porvenir y de la fuerza presente del socialismo? El cristianismo, que tenía por objeto la fundación del reino de la justicia en el cielo, necesitó muchos siglos para triunfar en Europa. Después de esto, ¿hay que extrañarse de que el socialismo, que se ha impuesto un problema más difícil, el del reino de la justicia en la tierra, no haya triunfado en algunos años?

Señores, ¿hay necesidad de probar que el socialismo no ha muerto? Para asegurarse basta echar una mirada sobre lo que pasa hoy en toda Europa. Tras todas las quejas diplomáticas y todos esos ruidos de guerra que llenan la Europa desde 1852, ¿qué cuestión sería se ha plantado en ningún país como no sea la cuestión social? Es la grande incógnita, que todo el mundo siente acercarse, que hace temblar á todos, y nadie se atreve á hablar de ella... Pero ella habla por sí misma y cada

día más alto; las asociaciones cooperativas obreras, esos bancos de socorros mutuos y de crédito para el trabajo, esos lazos de unión, esa liga internacional de los obreros de todos los países todo ese movimiento ascendente de los trabajadores en Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania, Italia y Suiza, ¿no prueba que no han renunciado á su objeto ni perdido su fe en cercana emancipación y que al mismo tiempo que para acercar la hora de su libertad, no deben contar con los Estados ni con el concurso cada día más ó menos hipócrita de las clases privilegiadas, sino sobre ellos mismos y sobre sus asociaciones independientes y espontáneas?

En la mayor parte de los países de Europa este movimiento extraño á la política, por lo menos en la apariencia, guarda aún su carácter exclusivamente económico y, por decirlo así, privado. Pero Inglaterra ya se ha colocado sobre el terreno ardiente de la política y organizado en una liga formidable la «Liga de la Reforma»; lleva ya una gran victoria contra el privilegio políticamente organizado de la aristocracia y de la alta burguesía. Con una paciencia y una consecuencia práctica puramente inglesa, la *Reform League* se ha trazado un plan de campaña; no se incomoda por nada y no se deja asustar ni arredrar por ningún obstáculo y dicen: «Dentro de diez años lo más tarde, presintiendo grandes obstáculos, tendremos el sufragio universal y entonces...» entonces harán la revolución social.

En Francia y en Alemania procediendo silenciosamente por la vía de las asociaciones económicas, privadas, el socialismo ha llegado á tan alto grado de poder en el seno de las clases obreras, que Napoleón III por un lado y el conde de Bismarck por otro, comienzan á buscar su alianza... Pronto

en Italia y en España, después del fiasco deplorable de todos los partidos políticos y viendo la miseria horrible en que la una y la otra se encuentran hundidas, todas las cuestiones desaparecerán ante la cuestión económica y social. En Rusia y en Polonia, ¿hay en el fondo alguna otra cuestión? Ella es la que acaba de arruinar las últimas esperanzas de la vieja Polonia nobiliaria é histórica; ella es la que amenaza y arruinará la existencia ya fuertemente quebrantada de este afrentoso Imperio de todas las Rusias.

¿En la misma América, el socialismo no se ha abierto camino por la proposición de un hombre eminente, M. Charles Sumner, senador de Boston, de distribuir tierras á los negros emancipados de los Estados del Sur? Ya veis, señores, que el socialismo está en todas partes y que á pesar de su derrota de Junio, mediante un trabajo encubierto que le ha hecho penetrar lentamente en las profundidades de la vida política de todos los países, ha llegado al punto de hacerse sentir en todas partes como el poder latente del siglo. Algunos años más, y se manifestará como un poder activo, formidable.

Con pocas excepciones todos los pueblos de Europa, muchos sin conocer siquiera la palabra socialismo, son socialistas, no conociendo otra bandera que aquella que les anuncia su emancipación económica, ante todo, y renunciarían mil veces á toda otra cuestión mejor que á ésta. Sólo por medio del socialismo se les podrá llevar á que hagan buena política.

¿No es bastante decir, señores, que no nos está permitido hacer abstracciones del socialismo en nuestro programa y que no sabríamos abstenernos sin tachar nuestra obra de endeble? En nuestro programa, y declarándonos republicanos federalis-

tas, nos hemos mostrado bastante revolucionarios para separar de nosotros una buena parte de la burguesía; todo lo que especula con la miseria y con las desgracias de los pueblos y que encuentra medios de ganar hasta en las grandes catástrofes que hoy más que nunca hieren á las naciones. Si dejamos á un lado esta porción activa, intrigante, especulativa, de la burguesía, aún nos quedará la mayoría de los burgueses, tranquilos, industriosos, haciendo daño alguna vez más por necesidad que por voluntad y por gusto, y que no piden nada más que verse libres de esta fatal necesidad que los pone en abierta y permanente hostilidad con los obreros y que los arruina al mismo tiempo. Es preciso decirlo, el pequeño burgués, el pequeño comercio y la pequeña industria, comienzan á sufrir hoy casi tanto como las clases obreras, y si las cosas marchan por este camino, esta mayoría burguesa, bastante respetable, se confundirá muy pronto por su posición económica en el proletario. El gran comercio, la gran industria y sobre todo la grande y deshonesta especulación, la destrozan, la devoran y la empujan al abismo. La situación del pequeño burgués se hace cada día más y más revolucionaria y sus ideas largo tiempo reaccionarias, despejándose, gracias á terribles lecciones, deberán necesariamente tomar una dirección opuesta. Los más inteligentes comienzan á comprender que no queda otro recurso para el burgués honrado que la alianza con el pueblo y que la cuestión social le interesa tan bien y de la *misma manera* que al pueblo.

Este cambio progresivo en la opinión de la pequeña burguesía en Europa, es un hecho tan consolador como incontestable. Pero no debemos hacernos ilusiones: la iniciativa del nuevo desarrollo

no pertenecerá á ella sino al pueblo, en el occidente á los obreros de las fábricas y de los pueblos; entre nosotros, en Rusia, en Polonia y en la mayoría de los países eslavos, á los campesinos. La pequeña burguesía se ha hecho muy perezosa, muy tímida, muy escéptica, para tomar ninguna iniciativa; se dejará arrastrar, pero no arrastrará á nadie, porque al mismo tiempo que es pobre de ideas, le faltan la fe y las pasiones. Esa pasión que rompe los obstáculos y que crea mundos nuevos, se encuentra exclusivamente entre el pueblo. Por consecuencia, al pueblo pertenecerá, sin duda alguna, la iniciativa del nuevo movimiento. ¡Y nosotros haríamos abstracción del pueblo! ¡y nosotros no hablaríamos más del socialismo, que es la nueva religión del pueblo! Dicen que el socialismo se muestra inclinado á contraer una alianza con el cesarismo, y esto es una calumnia, pues, por el contrario, el cesarismo es el que, viendo despuntar en el horizonte el poder amenazador del socialismo, procura atraerse sus simpatías para explotarlas á su modo. ¿Y no es esto una razón más para que nos ocupemos en impedir esta alianza monstruosa que si se verificara sería, sin duda, la desgracia más grande que puede amenazar la libertad del mundo?

Debemos ocuparnos inmediatamente de todas estas consideraciones prácticas, porque el socialismo es la *Justicia*.

No entendemos por Justicia, cuando hablamos de ella, la que dictan los códigos y la jurisprudencia romana, fundados en gran parte sobre hechos violentos cumplidos por la fuerza, consagrados por el tiempo y por las bendiciones de una iglesia cualquiera, cristiana ó pagana, y como tales aceptados como principios absolutos, cuyas consecuencias no

son más que deducciones muy lógicas (1); hablamos de la justicia que se funda únicamente en la conciencia de los hombres, que encontraréis en la de cada uno y hasta en la conciencia de los niños y que se traduce en sencilla *ecuación*. Esta justicia universal y que, gracias á los envanecimientos de la fuerza y á las influencias religiosas, no ha prevalecido nunca ni en la esfera política ni en la jurídica, ni en la económica, debe servir de base al nuevo mundo. ¡Sin ella, nada de libertad, nada de república, nada de propiedad, nada de paz! Todas nuestras resoluciones debe presidirlas para que podamos contribuir eficazmente á establecer la paz.

Esta justicia nos obliga á tomar por nuestra cuenta la causa del pueblo hasta ahora tan terriblemente maltratada y á reivindicar para él, con la libertad política, la emancipación económica y social.

No os proponemos este ó el otro sistema socialista. Lo que os pedimos es proclamar de nuevo este gran principio de la Revolución francesa: que todo hombre debe tener los medios materiales y morales de desarrollar toda su humanidad, principio que se traduce según nosotros en el problema siguiente:

Organizar la sociedad de tal suerte que todo individuo, hombre ó mujer, al empezar su vida, encuentre medios casi iguales para el desarrollo de sus diferentes

(1) Respecto á esto la ciencia del derecho ofrece una perfecta semejanza con la teología: estas dos ciencias parten igualmente, la una de un hecho real pero inicuo: la apropiación por la fuerza, la conquista: la otra de un hecho ficticio y absurdo: la revelación divina, como de un principio absoluto, y fundándose sobre este absurdo ó sobre esta iniquidad, las dos han recurrido á la lógica más rigurosa para edificar aquí un sistema teológico y allá un sistema jurídico.

facultades y para utilizar su trabajo; organizar una sociedad que, haciendo imposible á cada individuo que explote á otro, sea quien sea, no le deje gozar de las riquezas sociales que en realidad ha contribuido directamente á producirlas con su trabajo.

La realización completa de este problema será, sin duda, obra de siglos, pero la historia la ha impulsado y no podríamos hacer abstracción de ella sin condenarnos á completa inanición.

No nos cansamos de añadir que rechazamos enérgicamente toda tentativa de organización social que, extraña á la más completa libertad, tanto de los individuos como de las asociaciones, exigiera el establecimiento de una autoridad reglamentaria, sea cualquiera su naturaleza, y en el nombre de esta libertad, que reconocemos como el único fundamento y el único creador legítimo de toda organización, tanto económica como política, protestaríamos siempre contra todo lo que de cerca ó de lejos se pareciese al comunismo y al socialismo del Estado.

Lo único que, según nosotros, podrá y deberá hacer el Estado, será modificar poco á poco el derecho de herencia, para llegar en seguida á su completa abolición. Siendo el derecho de herencia una creación del Estado, una de las condiciones esenciales de la existencia del Estado autoritario y divino, puede y debe ser abolido por la libertad en el Estado, lo cual quiere decir que el mismo Estado debe disolverse en la sociedad organizada libremente según la justicia. Este derecho deberá ser necesariamente abolido, según nosotros, porque mientras la *herencia* exista, habrá desigualdad económica *hereditaria*, no desigualdad natural de individuos, sino desigualdad artificial de clases, y ésta se traducirá siempre necesariamente por la desigualdad

hereditaria del desarrollo y de la cultura de las inteligencias y continuará siendo el manantial y la consagración de todas las desigualdades políticas y sociales. La igualdad desde el punto de partida en que comienza la vida para cada uno, en tanto que esta igualdad dependa de la organización económica y política de la sociedad, á fin de que cada uno (teniendo en cuenta las diferentes naturalezas), sea hijo de sus propias obras; tal es el problema de la justicia. Según nosotros, el fondo público de educación y de instrucción de todos los niños de ambos sexos, comprendiendo su manutención desde su nacimiento hasta la mayor edad, deberá sólo heredar á los que se mueran, y añadimos como esclavos y como rusos que en nosotros la idea social, fundada en el instinto general y tradicional de nuestras poblaciones, es que la tierra, propiedad de todo el pueblo, no debe poseerla más que el que la cultive con sus brazos.

Estamos convencidos, señores, de que este principio es justo, que es una condición esencial é inevitable de toda reforma social seria, y que, por consecuencia, la Europa occidental, á su vez, no podrá dejar de aceptarla y reconocerla á pesar de todas las dificultades que su realización podrá encontrar en ciertos países como la Francia, donde la mayoría de los labradores disfruta ya de la propiedad de la tierra, pero también la mayoría de estos labradores llegará pronto á no poseer nada á causa de la división, que es la consecuencia inevitable del sistema político económico que prevalece hoy en ese país. Nosotros no hacemos ninguna proposición respecto á este asunto, como en general nos abstenemos de toda proposición con relación á tal ó cual problema de la ciencia y de la política social, convencidos de que todas esas cues-

tionones deben ser en nuestro periódico objeto de una discusión seria y profunda. Hoy nos limitamos á proponeros la declaración siguiente:

«Convencidos de que la realización seria de la libertad, de la justicia y de la paz en el mundo será imposible mientras la inmensa mayoría de las poblaciones continúe desposeída de todo bien, privada de instrucción y condenada á la nulidad política y social y á una esclavitud de hecho, si no de derecho, por la miseria tanto como por la necesidad, en la cual se encuentra, de trabajar sin reposo ni placer, produciendo todas las riquezas de que el mundo se enorgullece hoy, no retirando más que una pequeña parte que apenas le llega para asegurarle el pan de mañana;

»Convencidos de que para todas estas poblaciones, tan horribilmente maltratadas hasta aquí por los siglos, la cuestión del pan es la de la emancipación intelectual de la libertad y de la humanidad;

»Que la libertad sin el socialismo es el privilegio, la injusticia, y que el socialismo sin libertad es la esclavitud y la brutalidad;

»La Liga proclama muy alto la necesidad de una reforma social y económica radical, que tiene por objeto la emancipación del trabajo popular del yugo del capital y de los propietarios, fundado en la más estricta justicia, no jurídica, ni teológica, ni metafísica, sino sencillamente humana sobre la ciencia positiva y sobre la más absoluta libertad, y decide al mismo tiempo que ese periódico abra ampliamente sus columnas á todas las discusiones serias sobre las cuestiones económicas y sociales cuando estén sinceramente inspiradas por el deseo de la más amplia emancipación popular, tanto por el producto material, como bajo el punto de vista político é intelectual.»

Después de haber expuesto nuestras ideas sobre el *Federalismo* y el *Socialismo*, creemos, señores, deber hablaros de una tercera cuestión que creemos indisolublemente ligada á las dos primeras, es decir, sobre la *cuestión religiosa*, y os pedimos permiso para reasumir todas nuestras ideas respecto á este asunto en una sola palabra que quizá os parezca bárbara.

—Convenimos en que para todas estas cuestiones, las que se refieren á la emancipación humana, la cuestión del porvenir es la más importante y la más urgente. —

—Convenimos en que para todas estas cuestiones, las que se refieren á la emancipación humana, la cuestión del porvenir es la más importante y la más urgente. —

—Convenimos en que para todas estas cuestiones, las que se refieren á la emancipación humana, la cuestión del porvenir es la más importante y la más urgente. —

—Convenimos en que para todas estas cuestiones, las que se refieren á la emancipación humana, la cuestión del porvenir es la más importante y la más urgente. —

—Convenimos en que para todas estas cuestiones, las que se refieren á la emancipación humana, la cuestión del porvenir es la más importante y la más urgente. —

—Convenimos en que para todas estas cuestiones, las que se refieren á la emancipación humana, la cuestión del porvenir es la más importante y la más urgente. —

—Convenimos en que para todas estas cuestiones, las que se refieren á la emancipación humana, la cuestión del porvenir es la más importante y la más urgente. —

—Convenimos en que para todas estas cuestiones, las que se refieren á la emancipación humana, la cuestión del porvenir es la más importante y la más urgente. —

—Convenimos en que para todas estas cuestiones, las que se refieren á la emancipación humana, la cuestión del porvenir es la más importante y la más urgente. —

III

El Antiteologismo

Señores, estamos convencidos de que ninguna grande transformación política y social se ha hecho en el mundo sin que haya estado acompañada y á veces precedida por un movimiento análogo en las ideas filosóficas y religiosas que dirigen la conciencia, tanto de los individuos como de la sociedad.

Todas las religiones con sus dioses no han sido jamás otra cosa que la creación de la fantasía creyente y crédula del hombre que no está á la altura de la reflexión pura y del pensamiento libre apoyado sobre la ciencia, el cielo religioso no ha sido más que un espejo en donde el hombre, exaltado por la fe, ha encontrado largo tiempo su propia imagen, pero agrandada y desfigurada, es decir, divinizada.

La historia de las religiones, la de la grandeza y la de la decadencia de los dioses que se han sucedido, no es más que la historia del desarrollo de la inteligencia y de la conciencia colectiva de los hombres. A medida que descubren, sea en ellos, sea fuera de ellos, una fuerza, una capacidad, una cualidad cualquiera, la atribuyen á sus dioses, des-

pués de haberla agrandado extraordinariamente, como hacen con frecuencia los niños por un acto de fantasía religiosa. De suerte que, gracias á esta modestia y á esta generosidad de los hombres, el cielo se ha enriquecido con los despojos de la tierra, y por una consecuencia natural, cuanto más rico se hacía el cielo, más miserable se tornaba la humanidad. Una vez instalada la divinidad, fué, naturalmente, proclamada la dueña, la dispensadora de todas las cosas; el mundo real no fué más que para ella, y el hombre, después de haberla creado sin saberlo, se arrodilló ante ella y se declaró su hijo y su esclavo.

El cristianismo es precisamente la religión por excelencia, porque supone y manifiesta la naturaleza misma y la esencia de toda religión que es: el empobrecimiento, el aniquilamiento ó anulación y el servilismo sistemático absoluto de la humanidad en provecho de la divinidad, principio supremo no solamente de toda religión, sino de toda metafísica sea deísta ó panteísta. Siéndolo todo Dios, el mundo real y el hombre no son nada. Siendo Dios la verdad, la justicia y la vida infinita, el hombre es la mentira, la iniquidad y la muerte. Siendo Dios el señor, el hombre es el esclavo. Incapaz de encontrar por sí mismo el camino de la justicia y de la verdad, debe recibirlo de arriba como una revelación por el intermedio de los enviados y de los elegidos por la gracia divina. Quien dice revelación, dice reveladores, dice profetas, dice sacerdotes y éstos, una vez reconocidos como los representantes de la divinidad sobre la tierra, como los instructores y los iniciadores de la humanidad en la vida eterna, reciben la misión de dirigirla, de gobernarla y de mandarla. Todos los hombres les deben una fe, una obediencia absoluta: esclavos de

Dios, deben serlo también de la Iglesia y del Estado siempre que éste sea bendecido por la Iglesia.

De todas las religiones que existen y han existido, el Cristianismo es el único que ha sido perfectamente comprendido, y entre todas las sectas cristianas, el catolicismo romano ha sido el único que se ha proclamado y realizado con una consecuencia rigurosa.

He aquí por qué el cristianismo es la religión absoluta, la última religión, y por qué la Iglesia apostólica y romana es la sola consecuente, legítima y divina. No disgusta, por lo tanto, á los semifilósofos y á todos los que se llaman pensadores religiosos: *La existencia de Dios implica la abdicación de la razón y de la justicia humanas, es la negación de la humanidad libertada y conducida necesariamente á una esclavitud no sólo teórica, sino práctica.*

No queriendo la esclavitud, no podemos ni debemos hacer la menor concesión á la Teología, porque en ese alfabeto místico y rigurosamente consecuente que empieza por A deberá fatalmente llegar á Z, y el que quiera adorar á Dios, deberá renunciar á su libertad y á su dignidad de hombre.

¿Existe Dios?, entonces el hombre es esclavo.

El hombre es inteligente, justo y libre, entonces Dios no existe. Ahora, que escojan, y desafiamos á quienquiera que sea á que salga de este círculo.

Además, la historia nos demuestra que los sacerdotes de todas las religiones ó los monjes han sido los aliados de la tiranía, y éstos últimos, combatiendo y maldiciendo los poderes que los oprimían, ¿no disciplinaban á sus propios creyentes y por esto mismo han preparado los elementos de una nueva tiranía? La esclavitud intelectual de cualquier naturaleza que sea, tendrá por consecuencia natural la esclavitud política y social.

Hoy el Cristianismo bajo todas sus formas y con él la metafísica doctrinaria y deísta nacida de aquél y que no es en el fondo más que una teología disfrazada, sin duda alguna constituye el más formidable obstáculo para la emancipación de la sociedad y la prueba es que, los gobernantes, todos los hombres de Estado de la Europa que no son metafísicos, ni teólogos, ni deístas, y que en el fondo de sus corazones no creen en Dios ni en el diablo, protegen con pasión y con encarnizamiento la metafísica, lo mismo que la religión, sea ésta la que sea, con tal que enseñe, como todos lo hacen, la paciencia, la resignación y la sumisión.

El encarnizamiento que ponen en defenderla, nos prueba lo necesario que es para nosotros combatirla y destruirla.

¿Hay necesidad, señores, de recordaros hasta qué punto las influencias religiosas desmoralizan y corrompen los pueblos? Matan en ellos la razón, principal instrumento de la emancipación humana, y los reducen á la imbecilidad, fundamento principal de toda esclavitud, llenando su espíritu de divinos absurdos. Matan en ellos la energía del trabajo, que es su gloria y su salud: el trabajo, que es el acto por el cual el hombre se hace creador, forma su mundo, las bases y las condiciones de su humana existencia y conquista al mismo tiempo su libertad y su humanidad. La religión mata en ellos este poder productivo, haciéndole despreciar la vida terrestre por una celeste beatitud y representándole el trabajo como una maldición ó como un castigo merecido y la holgazanería como un divino privilegio. Mata en ellos la justicia, esa guardiana severa de la fraternidad y esa condición soberana de la paz, haciendo inclinar siempre la balanza, en favor de los más fuertes, objetos privilegiados de

la solicitud, de la gracia y de la bendición divinas. En fin, mata en ellos la humanidad y la reemplaza en sus corazones por la divina crueldad.

Toda religión está fundada sobre sangre, porque todas, como ya se sabe, descansan esencialmente sobre la idea del sacrificio, es decir, sobre la inmolación perpetua de la humanidad á la inextinguible venganza de la divinidad. En este sangriento misterio, el hombre es siempre la víctima, y el sacerdote, hombre también pero hombre privilegiado por la gracia, es el divino verdugo.

Esto nos explica por qué los sacerdotes de todas las religiones, los mejores, los más humanos, los más dulces, tienen siempre en el fondo de sus corazones, y sino en el corazón por lo menos en su espíritu y en su imaginación—y ya se sabe la influencia que ejercen el uno y el otro sobre el corazón—algo de cruel y de sanguinario; y porque cuando se planteó por todas partes la abolición de la pena de muerte, sacerdotes católicos romanos, ortodoxos moscovitas, griegos y protestantes, todos contribuyeron unánimemente á su sostenimiento.

La religión cristiana fué, sobre todas, la que se fundó sobre más sangre é históricamente bautizada con sangre. Que se cuenten los millones de víctimas que esta religión de amor y de perdón, ha inmolado á la venganza cruel de su Dios. Que se recuerden las torturas que ha inventado y ha infligido. ¿Se ha hecho hoy más dulce y más humana? No quebrantada por la indiferencia y por el escepticismo, se ha hecho impotente, ó mejor dicho, menos poderosa, porque desgraciadamente el poder del mal no le ha faltado aún. Y mirad en los países donde, galvanizada por las pasiones reaccionarias, parece revivir; su primera palabra ¿no es

siempre la venganza y la sangre, su segunda palabra la abdicación de la razón humana y su última, la esclavitud?

Mientras el Cristianismo y los sacerdotes cristianos, mientras la religión divina continúen ejerciendo la menor influencia sobre las masas populares, la razón, la libertad, la humanidad y la justicia, no triunfarán en la tierra, porque mientras las masas populares estén sumidas en la superstición religiosa, servirán siempre de instrumento á todos los despotismos coaligados contra la emancipación de la humanidad.

Nos importa mucho librar á las masas de la superstición religiosa, no solamente por amor á ellas sino también por amor á nosotros mismos, para salvar nuestra libertad y nuestra seguridad, pero no podemos alcanzar esto más que por dos medios: *la ciencia racional y la propaganda del socialismo*.

Entendemos por *ciencia racional* la que, habiéndose librado de todos los fantasmas de la metafísica y de la religión, se distingue de las ciencias puramente experimentales y críticas, primero en que no limita sus investigaciones á un objeto determinado, pero se esfuerza en abrazar el universo entero de lo conocido porque no tiene nada que hacer con lo desconocido, y además en que no se sirve, como las ciencias arriba mencionadas, exclusiva y solamente del método analítico, pero se permite recurrir á la síntesis, procediendo con frecuencia por analogía y por deducción, teniendo cuidado de no prestar nunca á estas síntesis más que un valor hipotético hasta que no hayan sido confirmadas enteramente por el más severo análisis experimental ó crítico.

Las hipótesis de la ciencia racional se distinguen

de las de la metafísica en que ésta última, deduciendo las suyas como consecuencias lógicas, de un sistema absoluto, pretende formar la naturaleza, para aceptarlas, mientras que las hipótesis de la ciencia racional, nacidas no de un sistema trascendental, sino de una síntesis que no es más que el resumen ó la expresión general de una cantidad de hechos demostrados con la experiencia, no pudiendo tener nunca carácter imperativo y obligatorio, sino, por el contrario, presentándolos de manera que puedan retirarlos en seguida que se encuentren desmentidas por nuevas experiencias.

La filosofía racional ó ciencia universal no procede aristocráticamente ni autoritariamente, como la recién muerta metafísica. Está organizándose siempre de alto abajo, por vía de deducción y de síntesis; pretendía reconocer también la autonomía y la libertad de las ciencias particulares, pero en los hechos les molestaba horribilmente hasta el punto de imponerles leyes y hasta hechos que con frecuencia era imposible encontrar en la naturaleza é impedirles entregarse á experiencias cuyos resultados hubieran podido reducir todas sus especulaciones á la nada. Como se ve, la metafísica obraba según el método de los Estados centralizados.

La filosofía racional, por el contrario, es una ciencia democrática. Se organiza de abajo á arriba libremente, y tiene por único fundamento la experiencia. *Nada que no haya sido realmente analizado y confirmado por la experiencia ó por la más severa crítica puede ser aceptado por ella.* Por consecuencia, Dios, el infinito, lo absoluto, todos esos objetos tan queridos por la metafísica están absolutamente eliminados de su seno, y se vuelve con indiferencia, mirándolos como otros tantos espejismos ó fantasmas; pero como los espejismos y los fantasmas forman

una parte esencial del desarrollo del espíritu humano, porque el hombre no llega ordinariamente al conocimiento de la simple verdad hasta después de haber imaginado y agotado todas las ilusiones posibles, y como el desarrollo del espíritu humano es un objeto real de la ciencia, la filosofía natural le asigna su verdadero lugar, no ocupándose más que bajo el punto de vista de la historia, y se esfuerza en enseñarnos al mismo tiempo las causas, tanto fisiológicas como históricas que explican el nacimiento, el desarrollo, la decadencia de las ideas religiosas y metafísicas así como su necesidad relativa y transitoria en las evoluciones del espíritu humano. De esta manera le rinde toda la justicia á que tienen derecho, después la abandona para siempre. Su objeto es el mundo real y conocido. A los ojos del filósofo racional, no existe más que un ser y una ciencia en el mundo; por consecuencia, pretende abrazar y coordinar todas las ciencias particulares en un solo sistema. Esta coordinación de todas las ciencias positivas en un solo saber humano, constituye la *filosofía positiva* ó la ciencia universal. Heredera y al mismo tiempo negación absoluta de la religión y de la metafísica, esta filosofía, presentida y preparada desde largo tiempo por los más nobles espíritus, fué concebida la primera vez como un sistema completo, por un gran pensador francés, Augusto Comte, que trazó el primer plano con mano hábil y atrevida.

La coordinación que establece la filosofía positiva no es una simple yuxtaposición, es una especie de encadenamiento orgánico por el cual, comenzando por la ciencia más abstracta, aquella que tiene por objeto el orden de los hechos más sencillos, las matemáticas, se eleva de grado en grado á las ciencias comparativamente más concretas

que tienen por objeto hechos compuestos. Así, de las matemáticas puras se eleva á la mecánica, á la astronomía, después á la física, á la química, á la geología y á la biología (comprendiendo en esta clasificación á la anatomía y la fisiología comparadas de las plantas y del reino animal), y acabando por la sociología, que abraza toda la historia humana desde el desarrollo del sér humano colectivo é individual en la vida política, económica, social, religiosa, artística y científica. No hay entre todas las ciencias citadas desde las matemáticas hasta la sociología inclusive ninguna solución de continuidad. Un solo sér, una sola sabiduría y en el fondo siempre el mismo método, que se complica necesariamente á medida que los hechos que se presentan á él se hacen más complicados; cada ciencia que sigue le apoya absolutamente sobre la ciencia precedente y mientras el actual estado de nuestros conocimientos reales lo permita, se presentará como su desarrollo necesario.

Es curioso observar que el orden de las ciencias establecido por Augusto Comte es poco más ó menos el mismo que el de la Enciclopedia de Hegel, el mayor metafísico de los tiempos presentes y pasados, y que ha tenido la dicha y la gloria de haber conducido el desarrollo de la fisiología especulativa á su punto culminante, lo que hizo que impulsada desde entonces por su dialéctica propia se destruyera á sí misma. Pero hay entre Augusto Comte y Hegel una enorme diferencia. Mientras este último, como verdadero metafísico que era, había espiritualizado la materia y la naturaleza, haciéndoles proceder de la lógica, es decir, del espíritu, Augusto Comte, por el contrario, ha materializado el espíritu, fundándose únicamente sobre la materia. En esto consiste su gloria inmensa.

De modo que la psicología, esta ciencia tan importante que constituye la misma base de la metafísica y que la psicología especulativa consideraba como un mundo casi absoluto, espontáneo é independiente de toda influencia material, no tiene en el sistema de Augusto Comte otra base que la fisiología y no es otra cosa que el desarrollo de ésta, de suerte que lo que nosotros llamamos inteligencia, imaginación, memoria, sentimiento, sensación y voluntad no son nada á nuestros ojos más que las diferentes facultades, funciones ó actividades del cuerpo humano.

Considerados bajo este punto de vista el mundo humano, su desarrollo y su historia que habíamos considerado hasta entonces como la manifestación de una idea teológica, metafísica y jurídico-política y cuyo estudio hoy tenemos que volver á recomenzar, tomando por punto de partida toda la naturaleza y por hilo director la propia fisiología del hombre, nos aparecerán bajo un aspecto nuevo, más natural, más ancho, más humano y más fecundo en enseñanzas para el porvenir.

En esta vía se apresura á aparecer ya una ciencia nueva; la *sociología*, es decir, la ciencia de las leyes generales que presiden á todos los desarrollos de la sociedad humana, y será la última palabra y el coronamiento de la filosofía positiva. La historia y la estadística nos prueban que el cuerpo social, como cualquier otro cuerpo natural, obedece en sus evoluciones y transformaciones á leyes generales que parecen ser tan necesarias como las del mundo físico. Derivar estas leyes de los sucesos pasados y de la masa de los hechos presentes, tal debe ser el objeto de esta ciencia. Además del inmenso interés que ya presenta al espíritu, nos promete para el porvenir una gran utilidad práctica,

porque lo mismo que no podemos dominar la naturaleza y transformarla según nuestras necesidades progresivas más que por el conocimiento que hemos adquirido de sus leyes, no podremos realizar nuestra libertad y nuestra prosperidad en el medio social sino contamos con las leyes naturales y permanentes que le gobiernan.

Desde el momento en que hemos reconocido que no existe el abismo que en la imaginación de los teólogos y de los metafísicos estaba pronto á separar el espíritu de la naturaleza, debemos considerar la sociedad humana como un cuerpo, sin duda, mucho más complejo que los otros pero natural y obediente á las mismas leyes y á las que le son exclusivamente propias. Una vez admitido esto, es claro que el conocimiento y la estricta observación de estas leyes se hace indispensable para que las transformaciones sociales que emprendamos sean viables.

Pero, por otro lado, sabemos que la *sociología* es una ciencia apenas nacida, que aún está reuniendo sus elementos, y si juzgamos esta ciencia la más difícil de todas según el ejemplo de las otras, debemos reconocer que serán preciso siglos, lo menos uno, para constituirse definitivamente y llegar á ser una ciencia seria aunque poco suficiente y completa. ¿Qué hacer entonces? ¿Será preciso que la humanidad doliente que sufre por librarse de todas las miserias que la oprimen espere un siglo lo menos, hasta el momento en que la sociología positiva definitivamente constituida, declare que por fin está en estado de dar las indicaciones y las instrucciones que reclama su transformación racional?

¡No, mil veces no! Primero para esperar algunos siglos sería preciso tener la paciencia... Cedien-

do á una antigua costumbre íbamos á decir la paciencia de los alemanes, pero nos ha detenido esta reflexión, que en el ejercicio de esta virtud han ganado otros pueblos á los alemanes, y en seguida, suponiendo que tuviésemos la posibilidad y la paciencia de esperar, ¿qué sería una sociedad que no nos presentara más que la traducción en práctica ó la aplicación de una ciencia aun cuando esta ciencia fuera la más perfecta y la más completa del mundo? ¡Una miseria! Imaginaos un universo que no contenga más que el espíritu humano hasta ahora reconocido y comprendido; ¿no sería una miserable bicoca al lado del universo existente?

Estamos llenos de respeto por la ciencia y la consideramos como uno de los más preciosos tesoros, como una de las glorias más puras de la humanidad.

Por ella se distingue el hombre del animal, hoy su hermano menor, antes su antecesor, y le hace capaz de libertad, por tanto es necesario reconocer también los límites de la ciencia y de recordarle que ella no lo es todo, que es solamente una parte y que el todo es la vida, la vida universal de los mundos ó, para no perdernos en lo desconocido y en lo indefinido, la de nuestro sistema solar ó solamente de nuestro globo terráqueo, en fin, limitándonos más, el mundo humano, el movimiento, el desarrollo, la vida de la humanidad sobre la tierra. Todo esto es infinitamente más extenso, más profundo y más rico que la ciencia y no será nunca por ella aniquilada.

La vida, tomada en este sentido universal no es la aplicación de una teoría humana ó divina, es una creación hubiéramos dicho, si no hubiéramos temido dar lugar á una mala interpretación de esa palabra y comparando los pueblos creadores de su

propia historia con los artistas nos hubiéramos preguntado: ¿los grandes poetas han esperado jamás á que la ciencia descubriera las leyes de la creación poética para crear sus obras maestras? ¿Esquilo y Sófocles no hicieron sus magníficas tragedias mucho antes que Aristóteles hubiera calcado sobre sus obras la primera estética? ¿Shakespeare se ha dejado nunca inspirar por ninguna teoría, y Beethoven no ha ensanchado las bases del contrapunto para la creación de sus sinfonías?

¿Y qué sería una obra de arte producida según los preceptos de la más bella estética del mundo? Una vez más decimos que una cosa miserable, ¡pero los pueblos que crean su historia no son probablemente ni menos ricos de instinto ni menos poderosos creadores ni más dependientes de los sabios que los artistas!

Si vacilamos en hacer uso de esta palabra, creación, es porque tememos que se la dé un sentido que nos es imposible admitir. Quien dice creación, parece decir creador, y nosotros rechazamos la existencia de un único creador tanto para el mundo humano como para el mundo físico, que además á nuestros ojos no forman más que uno solo y hablando de los pueblos creadores de su propia historia tenemos la conciencia de emplear una expresión metafórica, una comparación impropia. Cada pueblo es un sér colectivo que posee, sin duda, propiedades tanto fisiológicas-psicológicas, como político-sociales particulares que, distinguiéndoles de los otros pueblos, los individualizan en parte, pero no es jamás un individuo, un sér único é indivisible en el sentido real de la palabra. Por desarrollada que esté su conciencia colectiva y por concentrada que pueda encontrarse en el momento de una gran crisis nacional, la pasión ó

lo que se llama la voluntad popular arrastrada hacia un solo objeto, esa concentración no alcanzará la de un individuo real. En una palabra, ningún pueblo, por unido que esté, podrá decir nunca: ¡Yo quiero!; deberá decir siempre: Queremos. El individuo sólo tiene la costumbre de decir: ¡Yo quiero! Y cuando oigáis decir en nombre de un pueblo entero: ¡El quiere!, estad seguro de que un usurpador cualquiera, hombre ó partido, se oculta detrás.

Por creación no entendemos aquí ni la creación teológica ó metafísica, ni la creación artística, sabia, industrial, ni cualquier creación tras la cual se encuentre un individuo creador.

Entendemos sencillamente por esta palabra, el producto infinitamente complejo de una cantidad innumerable de causas muy diferentes, grandes y pequeñas, unas conocidas y la inmensa mayoría desconocidas, que en un momento dado, combinándose, no sin razón, pero sin plan trazado de antemano y sin premeditación alguna, producen el hecho.

Pero entonces, diréis, la historia y los destinos de la sociedad humana, ¿no presentarían más que un caos y no serían más que el juguete de la casualidad? Por el contrario, desde el momento en que la historia está libre de todo arbitraje divino y humano, entonces y solamente entonces se presenta á nuestros ojos en toda su imponente y al mismo tiempo racional grandeza de un desarrollo necesario, como la naturaleza orgánica y física, de la cual es la continuación inmediata. Esta última, á pesar de la inagotable riqueza y variedad de los seres reales de que se compone, no nos presenta inútilmente el caos, por el contrario un mundo magníficamente organizado y en donde cada parte guarda, por decirlo así, una relación necesaria-

mente lógica con todas las otras. Pero entonces diréis ¿hay un ordenador? Nada de eso; un ordenador aunque fuera un Dios no hubiera podido hacer más que tratar á su arbitrio personal el orden natural y el desarrollo lógico de las cosas y nosotros hemos visto que la propiedad principal de la divinidad en todas las religiones, es la de ser precisamente superior, es decir, contraria á toda lógica y de no haber más que una sola lógica para ella, la de la imposibilidad natural ó absurda (1), porque ¿qué es la lógica sino la corriente ó el desarrollo natural de las cosas ó bien el procedimiento natural por el cual muchas causas determinadas producen un hecho? Por consecuencia podemos enunciar este axioma tan sencillo y al mismo tiempo tan decisivo: *Todo lo que es natural es lógico y todo lo que es lógico está realizado donde debe realizarse en el mundo real; en la naturaleza propiamente dicha y en un desarrollo posterior en la historia natural de la sociedad humana.*

¿La cuestión es saber lo que es lógica en la naturaleza tan bien como en la historia? Esto no es tan fácil de determinar, como parece á primera vista, porque para saberlo con perfección de manera para no equivocarse nunca, sería preciso conocer todas las causas, influencias, acciones y reacciones que determinan la naturaleza de una cosa y de un he-

(1) Decir que Dios no es contrario á la lógica es afirmar que él es absolutamente idéntico, que él mismo no es más que lógica, que lo corriente y el desarrollo natural de las cosas reales, es decir que Dios no existe. La existencia de Dios no puede tener valor más que como la negación de las leyes naturales, de donde resulta este dilema irrefutable. Hay Dios, entonces no hay leyes naturales y el mundo presenta un caos. El mundo no es un caos y está ordenado por sí mismo, entonces Dios no existe.

cho sin exceptuar ni una sola aunque fuera la más apartada y la más débil. ¿Y cuál es la filosofía ó la ciencia que podrá lisonjearse de abrazarlas todas y aniquilarlas con su análisis? Sería preciso ser muy pobre de espíritu y muy poco consciente de la infinita riqueza del mundo real para pretenderlo.

¿Hay que dudar por esto de la ciencia? ¿La hemos de despreciar porque no nos dé lo que no nos pueda dar? Esto sería una locura más funesta que la primera. Perded la ciencia, y faltos de luz volveréis al estado de gorilas, nuestros antecesores, y fuerza os será rehacer durante algunos miles de años todo el camino que la humanidad ha debido recorrer á través de los fantasmagóricos resplandores de la religión y de la metafísica para llegar de nuevo á la luz imperfecta, es verdad, pero al menos segura, que ya poseemos hoy.

El más grande y el más decisivo triunfo obtenido por ella en nuestros días, es ya, como hemos dicho, haber incorporado la psicología á la biología, haber establecido que todos los actos intelectuales y morales que distinguen al hombre de todas las otras especies de animales, como el pensamiento, el acto de humana inteligencia y las manifestaciones de la voluntad reflexiva tienen su origen en la organización indudablemente muy cumplida, pero, sin embargo, material del hombre, sin la sombra de una intervención espiritual ó extramaterial cualquiera, que son, en una palabra, productos nacidos de la combinación de diversas funciones puramente fisiológicas del cerebro.

Este descubrimiento es inmenso con relación á la ciencia y con relación á la vida; gracias á ello la ciencia del mundo humano comprendiendo la antropología, la psicología, la lógica, la moral, la

economía social, la política, la crítica, la teología y hasta la metafísica; la historia, y en una palabra, toda la sociología, se hace posible. Entre el mundo humano y el mundo natural no hay solución de continuidad, pero lo mismo que el mundo orgánico, aun siendo el desarrollo no interrumpido y directo del mundo inorgánico, se distingue de él en el fondo por la introducción de un nuevo elemento activo: *la materia orgánica*, producida no por la intervención de una causa extramundana cualquiera, sino por combinaciones de la materia inorgánica, desconocidas hasta el presente para nosotros, produciendo ella misma á su vez sobre la base y en las condiciones de este mundo inorgánico, del cual ella es el más alto resultado, todas las riquezas de la vida vegetal y animal. Lo mismo el mundo humano siendo también la continuación inmediata del mundo orgánico, se distingue esencialmente por un nuevo elemento; *el pensamiento*, producido por la actividad fisiológica del cerebro y que produce al mismo tiempo en medio de este mundo material y en las condiciones orgánicas é inorgánicas de las cuales es, por decirlo así, el último resumen, todo lo que llamamos desarrollo intelectual y moral, político y social del hombre: la historia de la humanidad.

Para los hombres que piensan realmente con lógica y cuya inteligencia está á la altura actual de la ciencia, esta unidad del mundo ó del sér es desde hoy un hecho adquirido. Pero es imposible no reconocer que este hecho tan sencillo y tan evidente, que todo lo que se le opone nos parece un absurdo, que este hecho, decimos, no se encuentra en flagrante contradicción con la conciencia universal de la humanidad y que haciendo abstracción de la diferencia de formas bajo las cuales se mani-

fiesta en la historia, se ha declarado siempre unánimemente á favor de la existencia de dos mundos distintos: el mundo espiritual y el mundo material, el mundo divino y el mundo real.

Desde los groseros idólatras que adoraban en el mundo que los rodeaba, la acción de un poder sobrenatural, encarnado en cualquier objeto material, todos los pueblos han creído y todos creen aún en la existencia de una divinidad cualquiera.

Esta unanimidad imponente, según la opinión de muchas personas, vale más que todas las demostraciones de la ciencia, y si la lógica de un corto número de pensadores consecuentes pero aislados, les es contraria, tanto peor, dicen ellos, para esta lógica, porque el consentimiento unánime, la adopción universal de una idea ha sido considerada en todo tiempo como la prueba más victoriosa de su verdad, y esto con mucha razón, porque el sentimiento de todo el mundo y de todos los tiempos no sabría engañarse, y debe tener su origen en una necesidad esencialmente inherente á la misma naturaleza de toda la humanidad, pero si es verdad que ateniendo á esta necesidad, el hombre tiene absoluta precisión de creer en la existencia de un Dios, el que no cree, cualquiera que sea la lógica que le lleve á ese escepticismo, ese es una excepción anormal, un monstruo.

He aquí la argumentación favorita de muchos de los teólogos y metafísicos de nuestros días. Véase al ilustre Mazzini, que no puede pasarse sin un Dios para fundar su ascética república y hacerla aceptar á las masas populares, de manera que sacrifica sistemáticamente la libertad y el bienestar á la grandeza de un Estado ideal.

Así, pues, la antigua y universal creencia en Dios sería contra toda ciencia y contra toda lógica

la prueba irrecusable de la existencia de Dios. ¿Y por qué? Hasta el siglo de Copérnico y de Galileo, todo el mundo, menos los pitagóricos, acaso habían creído que el sol daba vueltas alrededor de la tierra: ¿esta creencia era una prueba de la verdad de esta suposición? Desde el origen de la sociedad histórica hasta nuestros días ha habido y hay por todas partes explotación del trabajo forzado de las masas obreras, esclavas ó asalariadas por alguna minoría conquistadora. ¿Se deduce que la explotación del trabajo de otro por parásitos no sea una iniquidad, una expoliación ó un robo? He aquí dos ejemplos que prueban que la argumentación de nuestros deístas modernos no vale nada.

Nada es, en efecto, ni tan universal ni tan antiguo como el absurdo, y por el contrario la verdad, que es más moderna, ha dado siempre por resultado el producto pero nunca el principio de la historia, porque el hombre por su origen primitivo si no es descendiente directo del gorila ha salido de la noche profunda del instinto animal para llegar á la luz del espíritu, lo que explica muy naturalmente todas sus divagaciones pasadas y nos consuela en parte de sus errores presentes. Toda la historia del hombre no es otra cosa que el alejamiento progresivo de la pura animalidad por la creación de su humanidad, y se deduce que la antigüedad de una idea, lejos de probar algo en favor de ella, debe, por el contrario, hacerla sospechosa. En cuanto á la universalidad de un error, no prueba más que una cosa: la identidad de la humana naturaleza en todos los tiempos y en todos los países. Y puesto que todos los pueblos en todas las épocas han creído en Dios, sin dejarnos engañar por este hecho sin duda incontestable, pero que no puede prevalecer en nuestro espíritu ni contra la lógica,

ni contra la ciencia, debemos sacar la conclusión sencillísima de que la idea divina, indudablemente nacida de nosotros mismos, es un error necesario en el desarrollo de la humanidad, y preguntamos cómo y por qué ha nacido, y por qué para la inmensa mayoría de la especie humana es aún necesaria.

Mientras no sepamos darnos cuenta de cómo se ha producido y ha debido necesariamente producirse en el desarrollo natural del espíritu humano y en la humana sociedad para la historia, la idea de un mundo sobrenatural ó divino, nosotros estaremos científicamente convencidos de lo obscuro de esta idea y no podremos nunca destruirla en la opinión del mundo, porque sin este conocimiento, no podremos atacarle en las mismas profundidades del sér humano donde tiene su origen, y condenados á una lucha estéril é interminable, deberemos contentarnos con combatirla superficialmente en sus mil manifestaciones, y cuyo absurdo apenas quebrantado por el buen sentido, renacerá pronto en una forma nueva y no menos insensata, porque mientras la raíz de la creencia en Dios quede intacta, producirá siempre nuevos retoños; así es que en ciertas regiones de la sociedad civilizada actual, el espiritismo tiende á instalarse sobre las ruinas del Cristianismo.

Es necesario que nos demos cuenta á nosotros mismos, porque harán bien en llamarnos ateos; mientras no hayamos comprendido la génesis histórica y natural de la idea de Dios en la sociedad humana, nos dejaremos dominar más ó menos por los clamores de esa conciencia universal, de la cual no habremos sorprendido el secreto, es decir, la razón natural; y vista la debilidad del individuo contra el medio social que le rodea, corremos el

riesgo de caer tarde ó temprano en la esclavitud y en el absurdo religioso. Los ejemplos de estas tristes conversiones, son frecuentes en la sociedad actual.

Estamos más que nunca convencidos de la urgencia que hay de resolver hoy completamente la siguiente cuestión:

Formando el hombre con toda la naturaleza un solo ser y no siendo más que el producto material de una cantidad indefinida de causas exclusivamente materiales, ¿cómo esta dualidad de la suposición de dos mundos opuestos, el uno espiritual y el otro material, el uno divino y el otro natural, ha podido nacer, establecerse y arraigar tan profundamente en la conciencia humana?

Estamos tan persuadidos de que de la solución de esta importante cuestión depende nuestra definitiva y completa emancipación de las cadenas de toda la religión, que os pedimos nos dejéis exponer nuestras ideas sobre esto.

Podrá parecer extraño á muchas personas que en un escrito político y socialista, tratemos de asuntos de metafísica y de teología, pero es que según nuestra más íntima convicción estas cuestiones no se pueden separar de las del socialismo y la política.

El mundo reaccionario, impulsado por una lógica invencible, es cada vez más y más religioso. Sostiene el Papa en Roma, persigue las ciencias naturales en Prusia, pone en todas partes sus iniquidades militares, civiles, políticas y sociales bajo la protección de Dios á quien protege á su vez, en las iglesias y en las escuelas, con ayuda de una ciencia hipócritamente religiosa, servil, complaciente, penosamente doctrinaria y por todos los medios de que dispone el Estado. El reinado de Dios en el cielo, traducido por el reinado descu-

bierto ó encubierto del látigo, y por la explotación en regla del trabajo de las masas asalariadas en la tierra, tal es hoy el ideal religioso, social, político y absolutamente lógico, del partido de la reacción en Europa.

Por razón inversa, la revolución debe ser atea, la experiencia histórica y la lógica al mismo tiempo han probado que basta un solo amo en el cielo para crear millares sobre la tierra.

En fin, el socialismo, por su objeto, que es la realización del bienestar de todos los destinos humanos, aquí abajo, apartándose de toda compensación celeste, no es el cumplimiento y por consecuencia la negación de toda religión que desde el momento en que sus aspiraciones se encuentran realizadas, no tendrá ninguna razón de ser.

Al exponer nuestras ideas sobre el origen de la religión, seremos todo lo breves que nos sea posible.

Sin querer profundizar las especulaciones filosóficas sobre la naturaleza del Sér, creemos poder establecer como un axioma la proposición siguiente:

Todo lo que son los seres que constituyen el conjunto indefinido del Universo, todas las cosas que existan en el mundo, cualquiera que sea su naturaleza, tanto de la calidad como de la cantidad, grandes, medianas ó infinitamente pequeños, cercanos ó lejanos; ejercen sin querer y sin poder pensarlo, los unos sobre los otros y cada uno sobre todos, sea inmediatamente sea por transición, una acción y reacción perpetuas que se combinan en un solo movimiento, constituyendo lo que llamamos solidaridad, vida y causalidad universales.

Llamad á esa solidaridad, Dios, lo absoluto, si esto os divierte, poco nos importa, con tal que no deis á ese Dios otro sentido que el que acabamos

de precisar, el de la combinación universal natural, necesaria, pero de ninguna manera predeterminada ni provista de una infinidad de acciones y reacciones particulares. Esta solidaridad siempre activa, esta vida universal puede ser para nosotros racionalmente pero nunca realmente aceptada ni por nuestra imaginación reconocida jamás, porque nosotros no podemos reconocer más que lo que experimentamos por nuestros sentidos y éstos no podrán nunca abarcar más que una pequeñísima parte del Universo, entendiéndose que aceptamos esta solidaridad, no como una causa absoluta y primera, sino todo lo contrario, como un *resultante* (1), siempre producido y reproducido por la acción simultánea de todas las causas particulares, acción que constituye precisamente el modo de ser universal. Habiéndolo así determinado, podemos decir sin temor de provocar una equivocación cualquiera que la vida universal crea los mundos. Ella es la que ha determinado la significación geológica, climatológica y geográfica de nuestra tierra y la que, después de haber cubierto su superficie con todos los esplendores de la vida orgánica, continúa *creando* aún el mundo humano, la sociedad con todos sus desarrollos pasados, presentes y futuros.

Se comprende ahora que la creación así entendida no puede ser cuestión ni de ideas anteriores ni de leyes preconcebidas. En el mundo real, todos los hechos producidos por un concurso de influencias y de condiciones innumerables vienen primero; después, con el hombre pensante, la conciencia de estos hechos y el conocimiento más ó menos

(1) Todo individuo humano no es más que el resultante de todas las causas que han presidido á su nacimiento, combinadas con todas las condiciones de un desarrollo posterior.

detallado y perfecto de la *manera* que han sido producidos, y cuando en un orden de hechos cualquiera observamos que la misma manera ó el mismo procedimiento se repiten con frecuencia ó casi diariamente, le llamamos ley de la naturaleza.

Por *naturaleza* entendemos no una idea mística panteísta ó substancial cualquiera, sino sencillamente la suma de seres, de hechos y de procedimientos reales que producen estos últimos, y es evidente que en la naturaleza así definida, gracias al concurso de las mismas condiciones é influencias y quizá á las tendencias formadas por la ola de la perpetua reacción, tendencias que á fuerza de repetirse frecuentemente son constantes, es evidente, decimos, que en ciertos órdenes determinados de hechos, las mismas leyes se reproducen siempre y á causa de esta constancia de procedimientos en la naturaleza, el espíritu humano ha podido reconocer lo que llamamos leyes mecánicas, físicas, químicas y fisiológicas; por ello se explica también la casi constante repetición de géneros de especies y de variedades, tanto vegetales como animales, en las cuales se ha desarrollado hasta aquí la vida orgánica sobre la tierra. Esta constancia y esta repetición no son absolutas, dejan siempre ancho campo á lo que llamamos impropriamente las anomalías y las excepciones, manera de hablar impropia, porque los hechos con los cuales se relaciona prueban solamente que estas reglas generales, reconocidas por nosotros como leyes naturales, no siendo más que abstracciones arrancadas por nuestro espíritu del desarrollo real de las cosas, no están en estado de abrazar y explicar toda la indefinida riqueza de este desarrollo.

Además, como lo ha demostrado muy bien Darwin, estas pretendidas anomalías, combinando-

se más á menudo entre ellas, creando, por decirlo así, nuevos procedimientos habituales, nuevas maneras de reproducirse y de ser en la naturaleza, son precisamente la vía por la cual la vida orgánica da vida á nuevas variedades y especies; así es que, después de haber comenzado por una simple célula, apenas organizada y haberlo hecho pasar por todas las transformaciones de la organización vegetal primero y animal después, hizo un hombre.

¿El hombre será siempre el último y más completo producto orgánico sobre la tierra?

¿Quién podría asegurar que dentro de algunos centenares de siglos, no puede desprenderse de la mejor variedad de la especie humana, otra especie de seres superiores al hombre y que se parecerán á él como él se parece hoy al gorila?

En todo caso tranquilícese nuestra vanidad. Los procedimientos de la naturaleza son muy lentos y nada denota en el estado actual de la humanidad la probabilidad de dar vida á una especie superior, y además, ¿no vemos que la naturaleza continúa siempre una misma obra de creación perpetua en los desarrollos históricos del mundo humano? No es falta suya si hemos separado en nuestro espíritu ese mundo, la sociedad humana, de lo que llamamos exclusivamente el mundo natural.

La razón de esta separación está en la naturaleza misma de nuestro espíritu, que separa esencialmente al hombre de los animales de todas las demás especies; debemos, por tanto, reconocer que el hombre no es el solo animal inteligente sobre la tierra; lejos de eso, la psicología comparada nos demuestra que no hay ningún animal desprovisto de inteligencia y que más de una especie, por su organización y sobre todo por el desarrollo de su cerebro, tiene mucho contacto con la especie hu-

mana según se desarrolla y se eleva su inteligencia.

En el hombre sobresale la facultad de pensar, es decir, de combinar las representaciones de los objetos tanto exteriores como interiores que nos indican nuestros sentidos, la de formar grupos, la de comparar y combinar de nuevo estos grupos diferentes, que no son seres reales sino objetos de nuestros sentidos, cuyas nociones se forman por el primer ejercicio de la facultad que llamamos juicio, retenidos por nuestra memoria y cuya combinación posterior constituye la facultad que llamamos idea, para deducir las consecuencias ó aplicaciones lógicamente necesarias. Encontramos, por desgracia con harta frecuencia, hombres que aún no han llegado al pleno ejercicio de esta facultad, pero nunca hemos visto ni oído hablar de ningún individuo de especie inferior que la haya ejercido jamás, á menos que se quiera citar como ejemplo la burra de Balaam ó algunos otros animales, recomendados á nuestra fe y á nuestro respeto por una religión cualquiera. Podemos decir sin temor de que nos desmientan, que de todos los animales de esta tierra el hombre es el único que piensa.

Sólo él está dotado de este poder de abstracción fortificado y desarrollado, sin duda, en la especie por dos siglos, y que elevándole por encima de todos los objetos que le rodean, y de todo lo que se llama mundo exterior y por encima de sí mismo como individuo, le permite concebir y crear la idea de la totalidad de los seres, del universo, del infinito ó de lo absoluto—idea abstracta y vacía de sentido, si se quiere, pero poderosa y causa de todas las conquistas posteriores del hombre, porque sólo ella le arranca de las pretendidas beatitudes y de la estúpida inocencia del paraíso ani-

mal, para echarlo en los triunfos y en los tormentos infinitos de su desarrollo sin límites...

Gracias á esta facultad de abstracción, el hombre, al elevarse por encima de la presión inmediata que todos los objetos exteriores no dejan nunca de ejercer sobre cada individuo, puede comparar los unos con los otros, observar su relación. He aquí el principio del *análisis y de la ciencia experimental*.

Gracias á esta misma facultad, se separa de sí mismo, se eleva por encima de sus propios movimientos, de sus intintos y de sus diferentes apetitos pasajeros y particulares, lo que le da la posibilidad de compararlos entre sí, como compara los objetos y los movimientos exteriores, y de declararse partidario de los unos contra los otros según el ideal (social), que se ha formado en él. He aquí el despertar de la *conciencia* y de lo que llamamos la *voluntad*.

¿Posee el hombre realmente una voluntad libre? Sí y no, según la manera como se entienda. Si por voluntad libre se quiere decir libre albedrío, es decir, la facultad del individuo humano de determinarse espontáneamente, por sí mismo, independientemente de toda ajena influencia, si, como hacen todas las religiones y todos los metafísicos, por esta pretendida voluntad libre se quiere arrancar al hombre á la corriente del modo de ser universal que determina la existencia de todas las cosas y que hace á cada una dependiente de las otras, no podremos hacer más que rechazarla como un contrasentido, porque no puede existir nada fuera de esta manera de ser.

La acción y la reacción incesante del todo sobre cada punto y de cada punto sobre el todo, hemos dicho que constituyen la vida, la luz genérica y suprema y la totalidad de los mundos, que son

siempre productor y producto; eternamente activa y poderosa, esta universal solidaridad, este modo de ser mutuo que llamaremos *naturaleza*, ha creado entre una cantidad innumerable de otros mundos, nuestra tierra, con toda la escala de sus seres desde el mineral hasta el hombre. Los reproduce, los desarrolla, los nutre, los conserva, y cuando llega á su término, y con frecuencia antes de que llegue, los destruye, ó mejor dicho, los transforma en seres nuevos. Es el poder, contra el cual no hay independencia ni autonomía posible, el sér supremo, que abarca y penetra con su acción inevitable toda la existencia de los seres, y entre los seres vivos no hay uno que no lleve en sí más ó menos desarrollado el sentimiento ó sensación de esta influencia suprema y de esta dependencia absoluta; pues bien; esta sensación constituye el fondo de toda religión.

La religión, como todas las cosas humanas, tiene su origen en la vida animal. Es imposible decir que ningún animal, excepto el hombre, tenga una religión, porque la religión más grosera impone un grado de reflexión, al cual, ningún animal, exceptuando al hombre, se ha elevado nunca; pero es imposible negar que en la existencia de todos los animales, sin exceptuar ninguno, se encuentran todos los elementos materiales constitutivos de la religión, pero sin el lado ideal, precisamente el que debe destruirla, tarde ó temprano, el pensamiento. En efecto, ¿cuál es la esencia real de toda religión? Es, precisamente, ese sentimiento de absoluta dependencia del individuo, frente á frente de la eterna y omnipotente naturaleza.

Es difícil observar ese sentimiento y analizar todas las manifestaciones en los animales de especies inferiores; por tanto podemos decir que el

instinto de conservación, que se encuentra hasta en las organizaciones relativamente pobres, sin duda en menos grado que en las superiores, no es más que una especie de costumbre que se forma cada uno bajo la influencia de ese sentimiento que, como hemos dicho, no es más que el sentimiento religioso. En los animales dotados de una organización más parecida al hombre, se manifiesta de una manera más sensible para nosotros, por el miedo instintivo y el pánico que se apodera de ellos cuando se aproxima alguna gran catástrofe, como un temblor de tierra, un incendio en los campos ó una gran tempestad, y en general, puede decirse que el miedo es uno de los sentimientos predominantes en la vida animal. Todos los animales que viven en libertad son feroces, lo que prueba que viven con un miedo instintivo, incesante, y que siempre tienen el instinto del peligro. Este temor, el temor de Dios, como dirían los teólogos, es el principio de la sabiduría, es decir, de la religión. Pero en los animales no es religión, porque les falta ese poder de reflexión que fija el sentimiento, determina el objeto y lo transforma en conciencia y pensamiento. Hay razón para pretender que el hombre es religioso por naturaleza, y lo es como todos los animales, pero únicamente sobre la tierra tiene conciencia de su religión.

La religión hemos dicho que es el primer despertar de la razón, pero bajo la forma un despropósito.

Hemos observado que la religión comienza por el temor. En efecto, el hombre, al despertar con los primeros resplandores de ese sol interior que llamamos conciencia de sí mismo y saliendo lentamente de esa penumbra magnética, de esa existencia todo instinto que llevaba cuando se encon-

traba en estado de pura inocencia, es decir, animal, habiendo nacido además, como todo animal, temiendo á este mundo exterior que le produce y le nutre, pero que al mismo tiempo le oprime y le amenaza con tragárselo á toda hora, el hombre debe tener necesariamente por primer objeto de su naciente reflexión este mismo temor.

En el hombre primitivo, al despertar su inteligencia, este terror instintivo debía ser más fuerte que en los animales de las demás especies, primero porque nace menos armado que los otros y porque su infancia dura mucho más y porque esta misma reflexión apenas bosquejada y sin llegar aún á un grado suficiente de madurez y de fuerza para reconocer y utilizar los objetos exteriores, ha debido arrancar al hombre á la unión, á la entereza, á la armonía instintiva en las cuales, como primo del gorila, ha debido mostrarse con el resto de la naturaleza antes de que se despertara su pensamiento; la reflexión le aislaba en medio de esta naturaleza, que, pareciéndole extraña, ha debido aparecérselle á través del prisma de una imaginación excitada por el efecto de esta reflexión, como un sombrío y misterioso poder infinitamente más hostil y más amenazador que lo es en realidad.

Es excesivamente difícil ó casi imposible darnos cuenta exacta de las primeras sensaciones religiosas del hombre salvaje.

En sus detalles, han debido ser tan diversas como las naturalezas de los pueblos primitivos que las experimentaron, como los climas, la naturaleza de los lugares y todas las circunstancias en medio de las cuales se han desarrollado. Pero como después de todo esto eran sensaciones é imaginaciones humanas, han debido, á pesar de esta gran diversidad de detalles, resumirse en algunos puntos

idénticos de carácter general que vamos á tratar de demostrar.

Aunque provengan de los diferentes grupos humanos y de la separación de las razas humanas en el globo, aunque todos los hombres no hayan tenido más que un solo Adán-gorila ó primo de gorila por antecesor ó que hayan nacido de muchos que la naturaleza hubiera formado sobre diferentes puntos y en diferentes épocas independientes las unas de las otras, la facultad que constituye y que crea la humanidad de todos los hombres, la reflexión, el poder de abstracción, la razón, el pensamiento, en una palabra, la facultad de formar ideas, quedan lo mismo que las leyes que determinan la manifestación de esta facultad en todo tiempo y en todo lugar idénticas, de suerte que no podría llevarse á cabo ningún desarrollo humano contrario á estas leyes. Esto nos da el derecho de pensar que las fases principales observadas en el primer desarrollo religioso de un solo pueblo, debía reproducirse en todas las poblaciones de la tierra.

A juzgar por los datos unánimes de los viajeros que desde el siglo pasado han visitado la Oceanía, como de los que en nuestros días han penetrado en el interior del Africa, el *fetichismo* debió ser la primera religión de todos los pueblos salvajes que se han alejado menos del estado de la naturaleza.

Pero el fetichismo no es otra cosa que la *religión del miedo*; es la primera expresión humana de esa sensación de dependencia absoluta mezclada de terror instintivo que encontramos en el fondo de toda vida animal y que, como ya hemos dicho, constituye la conexión religiosa de los individuos inferiores de la especie humana con el poder de la naturaleza. Quien no conoce la influencia que ejer-

cen y la impresión que producen sobre los seres vivientes sin exceptuar las plantas, los grandes fenómenos de la naturaleza como la salida y puesta del sol, la claridad de la luna, el cambio de estaciones, la acción particular y constante del océano, de las montañas del desierto ó bien las catástrofes naturales como tempestades, eclipses, temblores de tierra, todo esto constituye para cada animal un conjunto de condiciones de existencia, un carácter y una naturaleza, y casi podríamos decir, un culto particular, porque en todos los seres vivientes encontraréis una especie de adoración de la naturaleza mezclada de temor y de alegría, de esperanza y de inquietud que se parece mucho á la religión humana. La invocación y la plegaria no faltan; imaginad al perro prisionero, implorando una caricia, una mirada de su amo; ¿no es esta la imagen del hombre arrodillado ante su Dios?

¿Ese perro no comprende por un principio de reflexión que la experiencia ha desarrollado en él, el poder de su amo como el hombre creyente lo comprende en su Dios? ¿Cuál es entonces la diferencia entre el sentimiento religioso del hombre y el del perro? No es la misma reflexión, pero es un grado de ella, el perro la concibe pensándola, el hombre la generaliza nombrándola.

La palabra humana tiene esto de particular; incapaz de nombrar las cosas reales que obran inmediatamente sobre nuestros sentidos, no expresa más que la generalidad abstracta, y como la palabra y el pensamiento son las dos formas distintas pero inseparables de un solo acto de la reflexión humana, esta última fija el objeto del terror y de la adoración animal ó del primer culto natural del hombre, la universalidad, le transforma en sér abstracto y procura designarle por un nombre.

El objeto realmente adorado por tal ó cual individuo es siempre este: esta piedra este pedazo de madera, nunca otro, pero desde el momento en que la palabra le nombra, es un objeto abstracto *un* pedazo de madera ó *una* piedra en general, así es que con el primer despertar del pensamiento manifestado por la palabra, empieza el mundo exclusivamente humano, el de las abstracciones.

Gracias á esta facultad de abstracción, el hombre nacido en la naturaleza, producido por ella, se crea en medio de esta naturaleza una segunda existencia conforme á su ideal y como él progresiva.

Todo lo que vive, tiende á realizarse en la plenitud de su sér; el hombre, ser viviente y pensador, debe primero conocerse para realizarse. Esta es la causa del inmenso retardo que observamos en su desarrollo y que hace que para llegar al estado actual de la sociedad en los países más civilizados, hayan sido preciso emplear muchos centenares de siglos, por estar poco conformes con el ideal que perseguimos y parece que á través de sus peregrinaciones fisiológicas é históricas, el hombre ha debido agotar todas las necesidades y todas las desgracias posibles antes de haber podido ver realizada la poca razón y justicia que reinan hoy en el mundo.

El último término, el fin supremo de todo desarrollo humano, es *la libertad*. J. J. Rousseau y sus discípulos cometieron el error de buscarlo en los comienzos de la historia, cuando el hombre, privado aún de toda conciencia de sí mismo y por consecuencia incapaz de formar ningún contrato, absorbía plenamente el jugo de esta fatalidad de la vida natural á la cual se encuentran sujetos todos los animales, y de la cual no ha podido emanciparse el hombre en cierto sentido más que por el uso consecutivo de su razón, que, desarrollándose con

mucha lentitud á través de la historia, reconocía poco á poco las leyes que rigen el mundo exterior lo mismo que las que son inherentes á nuestra propia naturaleza, apropiándose las y transformándolas en ideas, creaciones casi espontáneas de nuestro propio cerebro, y hace *que al continuar obedeciendo á esas leyes, el hombre no obedezca más que á sus propios pensamientos.*

La sola dignidad y toda la libertad posible para el hombre, están frente á frente de la naturaleza. Nunca tendrá otra, porque las leyes naturales son inmutables, fatales; son la base de toda existencia y constituyen nuestro sér, de manera que nada podría volverse contra ellas sin llegar inmediatamente al absurdo y sin suicidarse con mano segura, pero reconociéndolas y apropiándose las por el espíritu, el hombre se eleva por encima de la obsesión inmediata del mundo exterior, después es creador á su vez, obedeciendo á sus propias ideas, se transforma más ó menos según sus necesidades progresivas, y le inspira la imagen de su humanidad.

Así, lo que llamamos *mundo humano* no tiene otro creador inmediato que el hombre que le produce, conquistando paso á paso sobre el mundo exterior y sobre su propia bestialidad, su libertad y su humana dignidad. Los conquista, impulsado por una fuerza independiente de él, y que es igualmente inherente á todos los seres animados. Esta fuerza es la corriente universal de la vida, la misma que hemos llamado causalidad universal, naturaleza, y que se traduce en todos los seres animados, plantas ó animales, por su tendencia á realizar cada uno las condiciones vitales de su especie ó satisfacer sus necesidades.

Esta tendencia, manifestación esencial y suprema de la vida, constituye la base de lo que llama-

mos *voluntad*; fatal é irresistible en todos los animales, sin exceptuar al hombre más civilizado, instintiva y hasta mecánica en las organizaciones, no llega á una plena concepción de sí misma, más que en el hombre, que, gracias á su inteligencia, es el único que entre los animales de esta tierra posee una determinación refleja de sí mismo, una *voluntad libre*.

Entiéndase que esta libertad de la voluntad humana en presencia de la corriente universal de la vida, no tiene otro sentido que el que le da la reflexión, mientras se opone á la ejecución mecánica ó al instinto. El hombre comprende las necesidades naturales que se reflejan en su cerebro y renace por un procedimiento psicológico reactivo, pero conocido todavía, como una sucesión lógica de pensamientos propios, y esta comprensión en medio de su absoluta dependencia, nunca interrumpida, le da el sentimiento de la propia determinación de la voluntad reflexiva, espontánea y de la libertad. A no ser suicida parcial ó total, ningún hombre se librará nunca de sus apetitos naturales, pero podrá reglamentarlos y modificarlos, ajustarlos á lo que, en las diferentes épocas de su desarrollo moral é intelectual, llame lo justo y lo bello.

En el fondo, los puntos cardinales de la existencia humana más refinada y de la existencia animal más torpe, son y serán siempre idénticos; nacer, crecer, trabajar para comer y beber, para abrigarse y defenderse, mantener su existencia individual en el equilibrio social de su propia especie, amar, reproducirse y después morir... A estos puntos se añade solamente uno nuevo para el hombre: pensar y conocer, facultad y necesidad que se encuentran, sin duda, en grado inferior, pero bastan-

te notable, en las especies de animales que por su organización son los más cercanos al hombre, porque parece que en la naturaleza no hay diferencias de calidad absolutas, y todas las diferencias de calidad se reducen en los últimos análisis á diferencias de cantidad, pero en el hombre llegan á un poder tan imperativo y predominante que transforman toda su vida. Como ha observado muy bien uno de los grandes pensadores, de nuestros días, Ludwig Feuerbach, el hombre hace todo lo que hacen los animales, sólo que lo hace más *humanamente*.

Esta es toda la diferencia, pero es enorme (1). Contiene toda la civilización con todas las maravillas de la industria de la ciencia y de las artes con todos los adelantos religiosos, estéticos, filosóficos, políticos, económicos y sociales de la humanidad.

El hombre crea ese modo histórico con el poder de una actividad que encontraréis en todos los seres animados que constituyen el fondo de toda vida orgánica y que tiende á asimilar y á transformar

(1) No se sabría repetir bastante á muchos partidarios del naturalismo ó del materialismo moderno por qué el hombre ha mostrado su parentesco pleno y entero con todas las otras especies de animales y su descendencia inmediata y directa de la tierra, y por qué ha renunciado á los absurdos y vanas ostentaciones de un espiritualismo que bajo el pretexto de gratificarle con una libertad absoluta le condenaba á una eterna esclavitud, imaginándose que esto le daba el derecho de renunciar á todo respeto humano. Se podría comparar estas gentes á lacayos que al descubrir el origen plebeyo de un hombre que se había impuesto por su dignidad natural, creen poder tratarle como á un igual, porque no comprenden otra dignidad que la creada á sus ojos por un nacimiento aristocrático. Además son tan dichosos por haber encontrado el parentesco del hombre con el gorila, que querían conservarle siempre en estado de animal, y rehusan comprender que en misión histórica, su dignidad y su libertad consisten en alejarse.

el mundo exterior según las necesidades de cada uno, actividad por consecuencia instintiva y fatal, anterior á todo pensamiento, pero que iluminado por la razón del hombre y determinado por su voluntad se transforma en él y por él en *trabajo inteligente y libre*.

Únicamente por el pensamiento llega el hombre á la conciencia de su libertad en el medio natural de que él es el producto, pero sólo por el *trabajo* lo realiza. Hemos observado que la actividad que constituye el trabajo, es decir, *la obra lenta de la transformación de la superficie de nuestro globo por la fuerza física de cada sér animado conforme á las necesidades de cada uno*, se encuentra más ó menos desarrollado en todos los grados de la vida orgánica, pero no empieza á constituir el *trabajo propiamente humano*, más que dirigido por la inteligencia del hombre, y por voluntad reflexiva sirve á la satisfacción de las necesidades fijas y fatalmente circunscritas de la vida exclusivamente animal, sino también de aquellos de *El Sér pensador, que conquista su humanidad afirmando y realizando su libertad en el mundo*.

El cumplimiento de esta tarea inmensa no es sólo la obra del desarrollo intelectual y moral, es al mismo tiempo una obra de emancipación material. El hombre, no es realmente hombre, y no conquista la posibilidad de su desarrollo y de su perfeccionamiento interior más que con la condición de haber roto en cierta medida por lo menos las cadenas de la esclavitud que la naturaleza ha puesto sobre todos sus hijos.

Estas cadenas son el hambre, las privaciones de toda especie, el dolor, la influencia de los climas, de las estaciones, y en general las mil condiciones de la vida animal que mantiene al sér hu-

mano en una independencia casi absoluta, frente á frente del medio que le rodea, los peligros permanentes que en forma de fenómenos naturales le amenazan y le oprimen por todas partes, ese temor perpetuo que constituye el fondo de toda existencia animal y que domina al individuo natural y salvaje hasta el punto de que no encuentra resistencia en sí mismo que pueda resistir y combatirlo, en una palabra, no falta ninguno de los elementos de la esclavitud más absoluta. El primer paso que ha dado el hombre para emanciparse de esta esclavitud, consiste en un acto abstractivo de la inteligencia, que, elevándose por encima de lo que le rodea, le permite estudiar las leyes, pero el segundo paso es un acto necesariamente material, determinado por la voluntad y dirigido por el conocimiento más ó menos profundo del mundo exterior, es la aplicación de la fuerza muscular del hombre según sus necesidades progresivas. Esta lucha del hombre inteligente, trabajador, contra la madre naturaleza, no es una protesta contra ninguna de sus leyes. Se sirve del conocimiento adquirido para fortificarse y prevenirse contra las invasiones brutales y contra las catástrofes accidentales y contra los fenómenos periódicos y regulares del mundo físico, y no es el conocimiento y la observación más respetuosa de las leyes de la naturaleza la que le hacen capaz de dominar á su vez, de hacerle servir á sus designios y poder transformar la superficie del globo en un medio más favorable al desarrollo de la humanidad.

Esta facultad de abstracción, origen de todos nuestros conocimientos y de todas nuestras ideas, es, como se ve, la única causa de todas las emancipaciones humanas, pero el primer despertar de esta facultad, que no es otro que la razón, no produ-

ce inmediatamente la libertad. Cuando comienza á agitarse en el hombre, no bajo la forma de una reflexión razonada sino bajo la forma de una *reflexión imaginativa* ó sinrazón, sólo libra gradualmente al hombre de la esclavitud natural que le domina desde la cuna para impelerle á otra esclavitud mil veces más dura y más terrible todavía: la esclavitud de la religión.

La reflexión imaginativa del hombre es la que transforma el culto natural, cuyos elementos hemos encontrado, en culto hacia los animales, bajo la forma elemental del fetichismo.

Hemos visto á los animales adorando instintivamente los grandes fenómenos de la naturaleza, que realmente ejercen en su existencia una influencia inmediata y poderosa; pero no hemos oído hablar nunca de animales que adoran un pedazo de madera, un paño, un hueso ó una piedra, mientras que encontramos ese culto en la religión primitiva de los salvajes y hasta en el catolicismo. ¿Como explicar esta anomalía en apariencia, por lo menos, extraña y que con el sentimiento de la realidad de las cosas nos presenta al hombre como muy inferior á los más modestos animales?

Este absurdo es el producto de la reflexión imaginativa del hombre salvaje. No sólo siente el poder de la naturaleza como los demás animales, sino que la hace objeto de su constante reflexión, la generaliza, dándole un nombre cualquiera, y la convierte en el centro, alrededor del cual se agrupan todas sus imaginaciones infantiles. Incapaz de abrazar con su pobre pensamiento el Universo, ni siquiera el estrecho recinto en que ha nacido y vive, busca por todas partes dónde reside ese poder cuyo sentimiento fijo le obsesiona, y por una observación de su ignorante fantasía, que nos sería difícil expli-

car, lo une á ese pedazo de madera, de trapo, de piedra... es el puro fetichismo, la más religiosa, es decir, la más absurda de todas las religiones.

Con el fetichismo viene *el culto de los hechiceros*. Es un culto sino más racional, por lo menos más natural, que nos sorprende menos que el fetichismo porque estamos acostumbrados á estar rodeados de hechiceros. Los espiritistas, los mediums, la sonámbulas, los mismos sacerdotes de la iglesia católica romana y de la oriental griega, que pretenden tener el poder de obligar á Dios á ayudarles en algunas fórmulas misteriosas, á descender sobre el agua y á transformarse en pan y en vino, ¿todos estos no son otros tantos hechiceros? Es verdad que su divinidad, nacida en el transcurso de muchos miles de años, es más complicada que la de la hechicería primitiva, que no tiene otro objeto que la idea fija, pero aún indeterminada, del Todopoderoso, sin ningún otro atributo, sea intelectual ó moral. La distinción del bien y del mal, de lo justo ó de lo injusto, es aún desconocida; no sabe lo que quiere, lo que detesta, no es ni buena ni mala, es solamente el Todopoderoso. Por tanto, el carácter divino comienza ya á dibujarse, es egoísta y vanidoso, le gustan los cumplimientos, las genuflexiones, la humillación y la inmolación de los hombres, su adoración y sus sacrificios, persigue y castiga cruelmente á los que no quieren sometersele: á los rebeldes, á los orgullosos, á los impíos. Este es el fondo principal de la naturaleza divina, en todos los dioses antiguos y presentes, creados por la humana sinrazón. ¿Ha habido jamás en el mundo un sér más atrozmente envidioso, vanidoso, egoísta y sanguinario que el Jehová de los judíos ó Dios, el padre de los cristianos?

En el culto de la hechicería primitiva, la divi-

nidad ó este sér todopoderoso indeterminado, aparece como inseparable del hechicero; él mismo es Dios como el fetiche. Pero á la larga, el papel de hombre sobrenatural, de hombre-Dios, para un hombre real, sobre todo para un salvaje que no teniendo ningún medio de ocultarse á la curiosidad indiscreta de sus creyentes, está desde la mañana á la noche, expuesto á sus investigaciones, se hace imposible. El buen sentido, el espíritu práctico de un pueblo salvaje, que continúa desarrollándose paralelamente á su imaginación religiosa, acaba por demostrarle la imposibilidad de que un hombre accesible á todas las flaquezas y enfermedades humanas sea un Dios.

El hechicero es para ella un sér sobrenatural pero sólo por un momento, mientras está poseído. ¿Pero poseído por quién? Por la omnipotencia, por Dios... Entonces la divinidad se encuentra ordinariamente fuera del hechicero. ¿Dónde buscarlo? El fetiche, el Dios-cosa pasó, el hechicero, el Dios-hombre, también. Todas estas transformaciones en los tiempos primitivos han ocupado siglos. El hombre salvaje ya desarrollado y rico con la experiencia y la tradición de muchos siglos, busca la divinidad lejos de él, pero aún en los seres que realmente existen, en el sol, la luna, los astros. El pensamiento religioso comienza á ocupar al universo.

Hemos dicho que el hombre no puede llegar á este punto, hasta después de una larga serie de siglos. Su razón se ha desenvuelto fortificada por el conocimiento práctico de las cosas que le rodean, mientras que la vuelta regular de ciertos fenómenos, le ha dado la primera noción de algunas leyes naturales; comienza á inquietarse por el conjunto de los fenómenos y sus causas y las busca. Al mismo

tiempo comienza á conocerse á sí mismo, y gracias á este poder de abstracción que le permite elevarse por el pensamiento por encima de sí mismo, y hacerse objeto de su reflexión, comienza á separar su sér material y vivo de su sér pensador, su exterior de su interior, su cuerpo de su alma. Pero una vez hecha esta distinción, la transporta naturalmente á su Dios y empieza á buscar el alma invisible de este aparente universo. Así ha debido nacer el panteísmo religioso en los indios.

Debemos detenernos en este punto porque aquí empieza la religión en la plena acepción de esta palabra y con ella la teología y la metafísica. Hasta allí la imaginación religiosa del hombre obsesionado por la representación fija de la omnipotencia, ha procedido naturalmente buscando la causa y el origen de esta omnipotencia, por la vía de la investigación experimental, primero en los objetos más cercanos, en los ídolos, después en los hechiceros, más tarde en los grandes fenómenos de la naturaleza, por fin, en los astros, pero uniéndola siempre á un objeto real y visible por lejano que estuviese. Ahora supone la existencia de un Dios espiritual, extramundano, invisible. Hasta aquí sus dioses han sido seres particulares y limitados entre muchos seres no divinos y no dotados de todo poder, pero realmente no menos existentes. Ahora establece por primera vez una divinidad universal: el sér de los seres, creador de todos esos seres limitados y particulares, el alma universal de todo el universo, el *Gran Todo*. He aquí el verdadero Dios que empieza y con él la verdadera religión.

Debemos examinar el procedimiento, por el cual el hombre ha llegado á ese resultado, á fin de reconocer en su origen histórico la verdadera naturaleza de la divinidad.

Toda la cuestión se reduce á esto: ¿cómo nace en el hombre la representación del universo y la idea de su unidad? Empecemos por decir que la representación del universo para el animal no puede existir porque no es un objeto que penetra inmediatamente por los sentidos como todos los objetos reales grandes ó pequeños que de cerca ó de lejos le rodean; es un sér abstracto y que por consecuencia no puede existir más que por la facultad abstracta, es decir, sólo por el hombre. Examinemos, pues, la manera de formarse en éste. El hombre se ve rodeado de objetos exteriores; todos estos objetos que aprende lentamente á conocer se encuentran en relaciones mutuas que conoce más ó menos, y sin embargo, estas relaciones que los aproximan sin unirlos ni confundirlos en uno solo, esos objetos quedan separados unos de otros. El mundo exterior no presenta al hombre más que una diversidad innumerable de objetos y de acciones separadas y distintas sin la menor apariencia de unidad: es una yuxtaposición indefinida, no es un conjunto. ¿De dónde viene el conjunto? Escribe en el pensamiento del hombre. La inteligencia de éste está dotada de esta facultad abstracta que le permite, después de haber examinado lentamente una cantidad de objetos uno por uno, unirlos en un solo pensamiento.

Por consecuencia, el pensamiento del hombre es el que crea la unidad y la transporta á la diversidad del mundo exterior.

Se deduce que esta unidad no es un sér concreto y real, sino abstracto, producido únicamente por la facultad abstractiva del hombre. Decimos facultad *abstractiva* porque para unir tantos objetos diferentes en una sola representación, nuestro pensamiento debe hacer abstracción de todo lo que consti-

tuye su diferencia, es decir, su existencia separada y real y no retener lo que tienen de común; de donde resulta que una unidad pensada por nosotros cuantos más objetos abraza, más se eleva; y más lo que retiene en común y lo que constituye su determinación positiva, su contenido, se dilata, haciéndose más abstracta y desnuda de realidad. La vida, con todas sus exuberancias y magnificencias pasajeras, está abajo en la diversidad; la muerte, con su monotonía eterna y sublime, está en las alturas, en la unidad. Subid siempre más alto y más alto por este mismo poder de abstracción, pasad el mundo terrestre, abarcad en un mismo pensamiento el mundo solar, imaginad esta sublime unidad, ¿que os quedará por llenar? El salvaje se vería muy apurado para contestar á esta pregunta, pero responderemos por él; quedará la materia con lo que llamamos fuerza de abstracción, la materia movida con sus diversos fenómenos como la luz, el calor, la electricidad y el magnetismo que son como ya hemos dicho las diferentes manifestaciones de una sola y misma cosa. Pero si por el poder de esta facultad de abstracción que no se arredra ante ningún límite, subís aún más arriba de vuestro sistema solar y reunís en vuestro pensamiento no solamente esos millones de soles que vemos brillar en el firmamento, sino una infinidad de sistemas solares que no vemos y que no veremos jamás, pero cuya existencia suponemos porque nuestro pensamiento rehusa creer que el universo pueda tener un límite, si tratáis de representaros la unidad de ese universo infinito, ¿qué os quedará para determinarla? Una sola palabra; una sola abstracción; *El Sér indeterminado*, es decir, la inmovilidad, el vacío, la nada absoluta: Dios.

Dios es la abstracción absoluta, es el propio pro-

ducto del pensamiento humano que, como potencia abstractiva, habiendo traspasado todos los seres conocidos, todos los mundos existentes, y hallándose libre por lo mismo de todo contenido real, llega á no ser más que el mundo absoluto, y se coloca ante ella sin reconocerse en esta sublime desnudez, como el *Sér único y supremo*.

Podrán objetarnos que después de haber afirmado anteriormente *la unidad real del universo* y después de haberlo definido como la solidaridad del universo y como la única omnipotencia que rige todas las cosas sentidas más ó menos por todos los seres vivientes, queremos ahora negarlo, pero no la negamos del todo, pretendemos solamente que entre esta unidad real y universal y la unidad ideal buscada y creada por vías de abstracción, por la metafísica tanto religiosa como filosófica no hay nada de común.

Hemos definido la primera como la suma de transformaciones incesantes de todos los seres reales que combinándose en un solo movimiento constituye lo que se llama solidaridad universal; y hemos añadido que entendemos esta solidaridad no como causa absoluta, sino todo lo contrario, como un *resultante* siempre producido y reproducido por la acción simultánea de todas las causas particulares, acción que constituye precisamente *el modo de ser universal*, siempre creador y siempre creado. Después de haberlo determinado así podemos decir que este modo de ser universal crea los mundos sin que pueda haber por su parte ningún pensamiento anterior, ningún plan, ninguna premeditación posible, no teniendo fuera de su realización incesante ninguna existencia anterior y no siendo más que una resultante absoluta. Reconocemos que esta expresión no es ni buena ni exacta y que á pe-

sar de todas las explicaciones añadidas, puede dar lugar á equivocaciones, estando tan acostumbrados á añadir á la palabra *creación* la idea de un creador consciente de sí mismo y separado de su obra. Hubiéramos debido decir que cada mundo, cada sér inconsciente se produce, nace, se desarrolla, vive y muere, transformándose en un sér nuevo bajo la influencia poderosa y absoluta de la solidaridad universal y añadiremos para precisar mejor nuestro pensamiento que la *unidad real del universo* no es más que la *solidaridad y el infinito absoluto de sus transformaciones reales, porque la transformación incesante de cada sér particular constituye la verdadera realidad de cada uno; todo el universo no es más que una historia sin límites, sin principio y sin fin.*

Los detalles son infinitos, nunca el hombre podrá conocer más que una ínfima parte. Nuestro cielo estrellado no forma más que un punto imperceptible en la inmensidad del espacio y aunque lo abarquemos con la mirada no sabremos nunca casi nada. Forzoso nos es contentarnos con conocer un poco nuestro sistema solar cuya perfecta armonía con el resto del mundo debemos figurarnos, porque si esta armonía no existiera, nuestro mundo solar perecería. Conocemos muy bien esto con relación á la mecánica y empezamos á conocerlo por la física y química y hasta la geología. Nuestra ciencia irá difícilmente más allá. Si queremos un conocimiento más concreto, deberemos atenernos á nuestro globo terrestre. Sabemos que ha nacido en el tiempo, pero no sabemos cuántos siglos hace, y está condenado á perecer, como nace y muere ó, mejor dicho, se transforma todo lo que es.

¿Cómo nuestro globo terrestre, primero materia ardiente y gaseosa, infinitamente más ligera que el aire, se ha condensado, se ha enfriado y se ha

formado? ¿Por qué inmensa serie de evoluciones geológicas ha debido pasar antes de poder producir en su superficie toda esa infinidad de riquezas de la vida orgánica desde la más simple célula hasta el hombre? ¿Cómo se ha transformado y continúa desarrollándose en el mundo histórico y social del hombre? ¿Cuál es el fin hacia el cual vamos impulsados por esa ley suprema y fatal de transformación incesante?

He aquí las únicas cuestiones que no son accesibles y que deben ser estudiadas detalladamente y resueltas por el hombre. No formando como hemos dicho más que un punto imperceptible en la cuestión ilimitada é indefinible del universo, ofrecen á nuestro espíritu un mundo realmente infinito, no en el sentido divino, es decir, en el sentido abstracto de esta palabra, no como el Sér Supremo creado por la abstracción religiosa; infinito, al contrario, por la riqueza de sus detalles que ninguna ciencia podrá jamás aniquilar.

Y para conocer *ese* mundo, *nuestro* mundo infinito, la sola abstracción no basta. Ella nos conduciría de nuevo á Dios, al Sér Supremo, á la nada. Es preciso que nuestro espíritu se hunda con respeto y amor en el estudio minucioso de los detalles infinitamente pequeños sin los cuales no concebiremos jamás la realidad viviente de los seres. Uniendo estas dos facultades, estas dos tendencias en apariencia tan contrarias, la abstracción y el análisis atento y escrupuloso de todos los detalles, podremos elevarnos á la concepción real *de nuestro mundo, no exteriormente, sino interiormente infinito, y formarnos una idea, aunque poco suficiente, de nuestro universo, de nuestro globo terrestre ó, si queréis también, de nuestro sistema solar.* Es evidente que si nuestro sentimiento y nuestra imaginación

pueden darnos una imagen más ó menos falsa de ese mundo, si pueden por una especie de adivinación intuitiva hacernos presentir una sombra, una apariencia lejana de la verdad, sólo la ciencia podrá darnos la verdad pura y entera.

¿Cuál es entonces esta curiosidad imperiosa, que impulsa al hombre á reconocer el mundo que le rodea y á perseguir con infatigable pasión los secretos de esta naturaleza, de la cual es el último y más completo resultado? ¿Esta curiosidad es un simple lujo, un agradable pasatiempo ó una de las principales necesidades inherentes á nuestro sér? No vacilamos en decir que de todas las necesidades que constituyen su propia naturaleza, la más humana y la que hace que se distinga de todos los animales, es su inextinguible necesidad de saber. Para estar en la plenitud de su ser, debe reconocerse y no se conocerá nunca completamente mientras no reconozca la naturaleza que le envuelve y que le ha producido. No renunciando á su humanidad, el hombre debe *saber*, debe penetrar por el pensamiento todo el mundo visible, y sin esperanza de poder llegar nunca al fondo, profundizar la coordinación y las leyes. Le es preciso reconocer todas las regiones inferiores, anteriores y contemporáneas á él, todas las evoluciones mecánicas, físicas, químicas, geológicas, orgánicas, en todos los grados de desarrollo de la vida vegetal y animal, á fin de que pueda comprender su propia naturaleza y su misión sobre la tierra, su patria y su teatro únicos, á fin de que en este mundo de ciega fatalidad, pueda inaugurar el reinado de la libertad.

Tal es la tarea del hombre. Es infinita y suficiente para satisfacer los espíritus y los corazones más ambiciosos. Sér instantáneo é imperceptible en medio del Océano sin límites de la transfor-

mación universal, con una eternidad ignorada detrás de él y una eternidad desconocida delante, el hombre pensador, el hombre activo, el hombre consciente de su humana misión, permanece fiero y calmado ante el sentimiento de su libertad, que conquista emancipando el mundo á su alrededor. He aquí su consuelo, su recompensa y su único paraíso. Si después de esto le preguntáis su íntimo pensamiento y su última palabra sobre la unidad real del universo, os dirá que es *la eterna y universal transformación*, sin movimiento, sin principio, sin límites y sin fin. Es lo contrario absoluto de toda Providencia: la negación de Dios.

Entre todas las religiones que se dividen el mundo y que poseen una teología poco desarrollada, excepto el budhismo, cuya doctrina, extraña y perfectamente incomprensible para sus adeptos, establece una religión sin Dios, en todos los sistemas de metafísica, Dios se nos aparece ante todo como un Sér Supremo eternamente preexistente, siendo él mismo el pensamiento y la voluntad generatrices de toda existencia y anteriores á ella, origen y causa eterna de toda creación, inmutable y siempre igual á sí mismo en el movimiento universal de los mundos creados. Este Dios ya hemos visto que no se encuentra en el universo real, al menos en la parte que el hombre puede apreciar, y no habiendo podido encontrarle fuera de sí mismo el hombre debe encontrarle en sí. ¿Cómo le ha buscado? Haciendo abstracción de todas las cosas vivas y reales de todos los mundos visibles conocidos. Hemos visto que al fin de este estéril viaje la facultad ó la acción abstracta del hombre no encuentra más que un solo objeto: nosotros le llamaríamos en absoluto la Nada, pero la fantasía religiosa dice: El Sér Supremo, Dios.

Además, como hemos hecho ya observar, está inducida á hacerlo tomando ejemplo de la diferencia que la reflexión, ya desarrollada en este punto, empieza á establecer entre el hombre exterior, su cuerpo, y su mundo interior, comprendiendo su pensamiento y su voluntad, el alma humana. Ignorando, naturalmente, que esta última no es más que el producto y la última expresión siempre reservada del organismo humano, viendo, por el contrario, que en la vida diaria el cuerpo parece obedecer siempre á las sugerencias del pensamiento y de la voluntad, imponiendo por consecuencia que el alma es, sino la creadora, por lo menos, la dueña del cuerpo, al cual no queda otra misión que la de servirla, el hombre religioso, desde el momento en que su facultad abstractiva llega de la manera que acabamos de describir á la concepción del sér universal y supremo, que no es otro que este poder abstracto, imponiéndosele como objeto, hace naturalmente de ella el alma de todo el universo, Dios.

Así es como el verdadero Dios, el sér universal, eterno, inmutable, creado por la doble acción de la imaginación religiosa y de la facultad abstractiva del hombre, fué colocado por primera vez en la historia, pero desde el momento en que fué conocido y colocado, el hombre olvidando, ó mejor dicho, ignorando su propia acción intelectual que lo había creado y no reconociendo su propia creación, *el abstracto universal*, comenzó á adorarle. Los papeles cambiaron en seguida, el creado fué creador presunto y el verdadero creador, el hombre, se colocó entre otros muchos seres miserables como una pobre criatura un poco más privilegiada.

Una vez colocado Dios, el desarrollo sucesivo y progresivo de las diferentes teologías se explica,

naturalmente, como el reflejo del desarrollo de la humanidad en la historia, porque desde el momento en que la idea de un sér extraordinario se ha apoderado de la imaginación del hombre y se ha establecido en su convicción religiosa hasta el punto de que la realidad de ese sér le parezca más verdadera que las de las cosas reales que ve y toca con sus manos, es natural y necesario que esta idea sea el fondo principal de toda humana existencia, que la modifique y la domine exclusivamente de una manera absoluta.

El Sér Supremo aparece como el dueño absoluto, como el pensamiento, como la voluntad, como el origen, como el creador de todas las cosas, nada podría rivalizar con él y todo debe desaparecer en su presencia; la verdad de todas las cosas no se encuentra más que sólo en él, cada sér particular, por poderoso que parezca, incluyendo al hombre, no puede existir más que por concesión divina y esto es lógico, porque de otra manera, Dios no sería el Sér Supremo, todopoderoso, absoluto y no existiría.

Además, por consecuencia natural, el hombre atribuye á Dios todas las virtudes que descubre, sea en él ó en las demás cosas. Hemos visto que presentado como Sér Supremo y no siendo en realidad más que el abstracto absoluto, Dios está absolutamente vacío de todo contenido, desnudo y nulo como la nada y como tal se llena y se enriquece con todas las realidades que existen en el mundo, del cual no es más que la abstracción, pero aparece á la fantasía religiosa como el Señor y dueño, de donde resulta que Dios es el expoliador absoluto y que el antropomorfismo era la esencia de toda religión; el cielo mansión de los dioses inmortales, no es más que un mal espejo que devuelve al hom-

bre creyente su propia imagen del revés y aumentada, porque la acción de la religión no consiste solamente en que tome á la tierra sus riquezas y al hombre sus facultades y virtudes á medida que las descubre en su desarrollo histórico para hacer formarlo en el cielo en otros tantos seres divinos; al efectuar esta transformación cambia radicalmente la naturaleza de estas fuerzas y de estas cualidades, las falsea y las corrompe, dándolas una dirección diametralmente opuesta á su dirección primitiva.

Así la razón humana, el solo órgano que poseemos para reconocer la verdad, al hacerse razón divina, se hace incomprensible para nosotros, y se impone á los creyentes como la revelación de lo absurdo. Así el respeto del cielo se traduce en desprecio hacia la tierra y la adoración de la divinidad en denigración de la humanidad; el amor humano, esa inmensa solidaridad natural que ligando á todos los individuos y á todos los pueblos y haciendo la dicha de cada uno, dependiente de la libertad y de la dicha de los otros debe, á pesar de todas las diferencias de razas unir las tarde ó temprano en común fraternidad; este amor, transformado en amor divino y en religiosa caridad, es la antorcha de la humanidad; toda la sangre vertida en nombre de la religión desde el principio de la historia, los millones de víctimas inmoladas para mayor gloria de Dios, dan fe de ello. En fin, la justicia, esa madre futura de la igualdad, una vez transportada por la fantasía religiosa á las celestes regiones y transformada en justicia divina cayendo sobre la tierra bajo la forma teológica de la gracia y abrazando siempre el partido del más fuerte, no siembra entre los hombres, más que violencias, privilegios, monopolios y todas las monstruosas ilegalidades consagradas por el derecho histórico.

No pretendemos negar la necesidad histórica de la religión, ni afirmar que haya sido un mal absoluto en la historia. Si lo hubo, fué desgraciadamente, y sigue siéndolo para la mayoría de la humanidad ignorante, un mal inevitable como lo son en el desarrollo de toda humana facultad los desfallecimientos y los errores.

La religión hemos dicho que es el primer despertar de la razón humana bajo la forma de la razón divina, es el primer resplandor de la verdad humana á través del velo divino de la mentira, la primera manifestación de la moral humana, de la justicia y del derecho, á través de las iniquidades históricas de la gracia divina, es, en fin, el aprendizaje de la libertad, bajo el yugo humillante de la divinidad, yugo que será preciso acabar por romper, á fin de conquistar la razón, la verdadera verdad, la plena justicia y la libertad real.

Por la religión, el hombre animal, al salir de la bestialidad, dió el primer paso hacia la humanidad, pero mientras sea religioso no alcanzará su objeto, porque toda religión le condena al absurdo, y falseando la dirección de sus pasos le hace buscar lo divino en lugar de lo humano. Por la religión los pueblos apenas librados de la esclavitud natural, en la cual están sumergidos las demás especies de animales, caen en seguida en la esclavitud de los hombres fuertes y de las castas privilegiadas por la divina elección.

*
* *

Uno de los principales atributos de los dioses inmortales, es la de ser legisladores de la sociedad humana, los fundadores del Estado.

El hombre, dicen poco más ó menos todas las

religiones, será incapaz de reconocer lo que es el bien y el mal, lo justo y lo injusto y ha sido preciso que la misma divinidad haya descendido sobre la tierra para enseñarle y para establecer en la sociedad humana el orden político y civil, de donde resulta esta conclusión: que todas las leyes y todos los poderes establecidos y consagrados por el cielo, deben ser siempre ciegamente obedecidos.

Es muy cómodo para los gobernantes, muy incómodo para los gobernados, y como nosotros somos de ese número, tenemos interés en examinar de cerca la validez de esa antigua aserción que nos ha hecho esclavos, á fin de encontrar el medio de librarnos de su yugo.

La cuestión está ahora simplificada para nosotros.

No existiendo Dios ó no siendo más que una creación de nuestra facultad abstractiva: no siendo Dios más que una abstracción universal incapaz de movimiento y de acción propia, siendo la Nada absoluta imaginada como Sér Supremo y puesta en movimiento por la fantasía religiosa, absolutamente varia y enriquecida con las realidades de la tierra, no devolviendo al hombre bajo una forma desnaturalizada, corrompida y divina más que lo que le ha quitado primero, Dios no puede ser ni bueno ni malo, ni justo ni injusto, no puede querer nada ni establecer nada, porque en realidad no es nada y lo es todo por credulidad religiosa; por consecuencia, si esta última ha encontrado en él ideas de justicia y de bien, ella es la que ha debido prestárselas á su vez. Creyendo recibir, daba. ¡Pero para prestárselas á Dios el hombre ha debido tenerlas! ¿Dónde las ha encontrado? Necesariamente en sí mismo, pero todo lo que tiene lo tiene de su primera brutalidad, su espíritu no es más que la ex-

plicación de su naturaleza animal, así es que las ideas de lo justo y del bien deben tener, como todas las cosas humanas, su origen en la época animal del hombre. Y en efecto, los elementos de eso que llamamos la *moral* se encuentran ya en el mundo animal. En todas las especies de animales sin excepción, sólo con grande diferencia de desarrollo, vemos dos instintos opuestos: el instinto de conservación del individuo y el de la conservación de la especie, ó hablando humanamente, *el instinto egoísta y el instinto social*. Bajo el punto de vista de la ciencia como del de la naturaleza, estos dos instintos son igualmente naturales, y por consecuencia legítimos, más aún, igualmente necesarios en la economía natural de los seres, siendo el instinto individual una condición fundamental de la conservación de la especie, porque si los individuos no se defendieran con energía contra las privaciones y contra las presiones exteriores que amenazan su existencia sin cesar, la especie misma, que no vive más que por ellos y para ellos, no existiría; pero si se quiere juzgar de estos dos movimientos no tomando por punto de vista absoluto más que el interés exclusivo de la especie, se diría que el instinto social es el bueno y el instinto individual el malo. En las hormigas y entre las abejas es la virtud que predomina, porque el instinto social parece aplastar enteramente al instinto individual. Todo lo contrario pasa entre las bestias feroces, y en general es el egoísmo el que triunfa en el mundo animal. El instinto de la especie, por el contrario, no se despierta más que á cortos intervalos y no dura más que el tiempo necesario para la procreación y educación de una familia.

En el hombre es otra cosa. Parece, y es una de las pruebas de su gran superioridad sobre todos

los animales de otras especies, que los dos instintos opuestos, el egoísmo y la sociabilidad, son en él más poderosos y más inseparables que en los demás animales de especies inferiores. Es más feroz en su egoísmo que las bestias más feroces, y más socialista que las abejas y las hormigas.

La manifestación de un gran egoísmo ó individualismo en un animal cualquiera es una prueba indudable de una gran perfección de su organismo, el signo de una inteligencia superior. Cada especie de animales está constituida como tal por una ley especial, es decir, por un procedimiento de formación y de conservación que le es propia y le distingue de todas las demás especies de animales. Esta ley no tiene existencia propia fuera de los individuos reales á que pertenece la especie que gobierna de una manera absoluta y de la cual son esclavos. En las especies inferiores se manifiesta más como un procedimiento de la vida vegetal que de la vida animal; todo le es extraño, apareciendo casi como una ley exterior á la cual los individuos apenas determinados como tales obedecen, por decirlo así, mecánicamente. Pero cuanto más se desarrollan las especies, ascendiendo progresivamente hacia el hombre, y la ley genérica y especial que los gobierna se individualiza más, y más completamente se realiza en cada individuo, que adquiere por eso mismo un carácter más determinado, una fisonomía más distinta, de suerte que obedeciendo á esta ley tan fatalmente como á las otras desde el momento en que se manifiesta en él como impulsión individual propia, el individuo se siente más libre y más autonomista, más dotado de movimiento espontáneo que los individuos de especies inferiores, empieza á tener el sentimiento de su *libertad* y podemos decir que la naturaleza con sus

transformaciones progresivas tiende á la emancipación y que ya en su seno una gran libertad individual es un signo indubitable de superioridad. El sér comparativamente *más individual y más libre*, bajo el punto de vista animal, es sin contradicción el hombre.

Hemos dicho que el hombre no es sólo el sér más individual de la tierra, es también el más *social*. Fué un error por parte de J. J. Rousseau haber pensado que la sociedad primitiva haya sido establecida por un contrato libre formado por salvajes, pero J. J. Rousseau no es sólo el que lo afirma. La mayoría de los juristas y de los publicistas modernos, sea de la escuela de Kant, sea de toda otra escuela individualista y liberal, no admiten ni la sociedad fundada sobre el derecho divino de los teólogos ni la sociedad determinada por la escuela hegeliana como la realización más ó menos mística de la Moral objetiva, ni la sociedad primitivamente animal de los naturalistas, tomando, á falta de otro fundamento, *el contrato tácito* por punto de partida. ¡Un contrato tácito! Es decir, un contrato sin palabras y por consecuencia, sin pensamiento y sin voluntad, una ficción absoluta, y, lo que es peor, una mala ficción, una indigna superchería, porque él supone que entonces yo, que no estaba en estado de querer ni de pensar, ni de hablar, porque me he dejado hundir sin protestar, he podido consentir para mí y mi descendencia una esclavitud eterna.

Las consecuencias de este *contrato social* son, en efecto, funestas para los que persiguen la absoluta dominación del Estado, y por tanto el principio tomado en su punto de partida parece excesivamente liberal.

Los individuos, antes de formar este contrato,

se supone que gozaban de absoluta libertad, porque según esta teoría, el hombre salvaje es el único completamente libre. Hemos dicho lo que pensamos de esta libertad natural, que no es más que la absoluta dependencia del hombre gorila frente á frente de la obsesión permanente del mundo exterior, pero suponiendo que sea realmente libre en su punto de partida, ¿por qué se formaría en sociedad? Para asegurar su seguridad, dicen, contra todas las invasiones posibles de ese mundo exterior, que comprende otros hombres, asociados ó no, pero que no pertenecerían á esa nueva sociedad que se forme.

He aquí hombres primitivos, absolutamente libres y que no gozarán de esa libertad ilimitada mientras estén unidos en un aislamiento individual absoluto. La libertad del uno no tiene necesidad de la libertad del otro; por el contrario, cada una de estas libertades individuales se bastan á sí misma y esas libertades al encontrarse deben limitarse á disminuir mutuamente á contradecirse y á destruirse...

Para no destruirse hasta el fin forman entre ellas un *contrato* explícito ó tácito, por el cual abandonan una parte de sí mismas para asegurar el resto.

Este contrato es el fundamento de la sociedad, ó mejor dicho, del Estado, porque es preciso notar que en esta teoría no hay lugar para la sociedad, no existe más que el Estado, ó más bien, la sociedad, y la absorbe toda el Estado.

La sociedad es el modo natural de existencia de la colectividad humana independientemente de todo contrato. Se gobierna por las costumbres tradicionales, pero nunca por leyes. Progresá lentamente por el impulso que le dan las iniciativas individuales y no por el pensamiento ni por la vo-

luntad del legislador. Hay muchas leyes que le gobiernan á su gusto pero son leyes naturales inherentes al cuerpo social, como las leyes físicas son inherentes á los cuerpos materiales. La mayor parte de estas leyes son hasta ahora desconocidas y, por tanto, han gobernado á la sociedad humana desde su nacimiento independientemente del pensamiento y de la voluntad de los hombres que la han compuesto. De donde resulta que es preciso no confundirlas con las leyes políticas y jurídicas que en el sistema que examinamos, proclamadas por un poder legislativo cualquiera, se reputan como deducciones lógicas del primer contrato hecho á sabiendas por los hombres.

El Estado no es un producto inmediato de la naturaleza. No precede como la sociedad, al despertar del pensamiento en los hombres, y ya demostraremos *cómo lo crea la conciencia religiosa en medio de la sociedad natural*. Según los publicistas liberales, el primer Estado fué creado por la voluntad libre y reflexiva de los hombres, según los absolutistas, es una creación divina. En uno y otro caso domina la sociedad y tiende á absorberla por completo.

En el segundo caso esta absorción de ella misma se comprende. Una institución divina debe necesariamente devorar toda organización natural. Lo más curioso es que la escuela individualista, con su contrato libre, contribuye al mismo resultado. Y en efecto, esta escuela comienza por negar la existencia de una sociedad natural anterior al contrato, puesto que una sociedad así supondría relaciones naturales de individuos y por consecuencia una *limitación recíproca de sus libertades*, que sería contraria á la libertad absoluta de que cada uno, conforme á esta teoría, debe disfrutar antes de la

conclusión del contrato, y según este sistema la sociedad humana no empieza más que con la conclusión del contrato. ¿Qué es entonces esta sociedad? Es la pura y lógica realización del contrato con todas sus disposiciones y consecuencias legislativas y prácticas; es el Estado.

Examinémoslo desde más cerca. ¿Qué representa? La suma de negaciones de las libertades individuales de todos sus miembros, ó bien la de los sacrificios que todos sus miembros hacen, renunciando á una parte de su libertad en provecho del bien común. Hemos visto que según la teoría individualista, la libertad de cada uno es el límite ó la negación natural de la libertad de todos los otros. Pues bien, esta limitación absoluta, esta negación de la libertad de todos ó del derecho común es el Estado; por consecuencia, donde comienza el Estado, cesa la libertad individual, y viceversa.

Se contestará que el Estado representante del bien público ó del interés común de todos, no merma una parte de la libertad de cada uno más que para asegurarle todo el resto, y este resto es, si queréis, la seguridad, pero no es nunca la libertad. La libertad es indivisible, no se puede separar una parte sin destruirla. Esa pequeña parte que separáis es la esencia de mi libertad, es el todo. Por un movimiento natural, necesario é irresistible, toda mi libertad se concentra en esa pequeña parte que separáis. Es la historia del pecado de Adán y Eva. La prohibición de probar el fruto del árbol de la ciencia, sin otra razón que la de ser la voluntad del Señor, era por parte de Dios un acto de feroz despotismo, y si nuestros primeros padres hubieran obedecido, toda la raza humana estaría en la más humillante esclavitud. Su desobediencia nos ha emancipado y salvado. Este fué, mística-

mente hablando, el primer acto de libertad humana.

Pero dirán: ¿El Estado democrático basado en el libre sufragio de todos los ciudadanos, no podría ser la negación de su libertad? Y ¿por qué no? Esto dependerá de la misión y del poder que los ciudadanos concediesen al Estado. Un Estado republicano basado en el sufragio universal podía ser muy despótico, más despótico que el Estado monárquico, porque, bajo el pretexto de que representa la voluntad de todo el mundo, pesará sobre la voluntad y sobre el movimiento libre de cada uno de sus miembros toda la fuerza de su poder colectivo.

Pero el Estado, diréis, no limita la libertad de sus miembros hasta que los ve inclinarse á la injusticia y al mal. Les impide ofenderse mutuamente y en general hacerse daño, dejándoles, por el contrario, libertad plena para el bien. Es siempre la misma historia del fruto prohibido: ¿cuál es el mal? ¿cuál es el bien?

Bajo el punto de vista del sistema que examinamos, la distinción del bien y del mal no existía antes de la conclusión del contrato, entonces que cada individuo estaba sumergido en el aislamiento de su libertad ó de su derecho absoluto, no teniendo ninguna consideración que guardar frente á frente de todos los demás, que las que le aconsejaban su debilidad ó su fuerza relativa, es decir, su prudencia y su interés propio (1).

(1) Estas relaciones que no han podido existir entre los hombres primitivos, porque la vida social ha sido anterior al despertar de la voluntad reflexiva en los hombres, y porque fuera de la sociedad ningún individuo humano ha podido tener nunca libertad absoluta ni relativa, estas relaciones, decimos, son precisamente las mismas que realmente existen hoy entre los Estados modernos, considerándose cada uno investidos de

Entonces el egoísmo, siempre según esta misma teoría, era la ley suprema, el sólo derecho. El bien estaba determinado por el éxito, el mal por el fracaso y la justicia por la consagración del hecho cumplido por horrible, cruel ó infame que fuese, todo como en la moral política que prevalece hoy en Europa.

La distinción del bien y del mal comienza, según este sistema, con la terminación del contrato social. Entonces todo lo que se reconoció que constituía el interés común, fué proclamado como bien y lo que no constituía el interés fué el mal. Los miembros contratantes que se habían hecho ciudadanos y estaban ligados por una obligación más ó menos solemne, asumieron en sí un deber; el de subordinar los intereses al bien común, al interés inseparable de todos y á sus derechos separados del derecho público cuyo representante único, el Estado, fué investido por ellos del poder de reprimir todas las algaradas del egoísmo individual; pero con el deber de proteger á cada uno de sus miembros en el ejercicio de sus derechos, siempre que éstos no fueran contrarios al derecho común.

Vamos á examinar lo que debe ser el Estado así constituído frente á frente, tanto á otros Estados parecidos como á las poblaciones que gobierna.

Este examen nos parece tanto más interesante y útil cuanto que el Estado, tal como está definido aquí, es, precisamente, el Estado moderno separa-

una libertad y de un derecho absoluto con exclusión de todos los otros, y no guardando á los demás Estados las consideraciones que les son debidas por su propio interés, y por esto están constituídos necesariamente en estado de guerra permanente y latente.

do de la idea religiosa: *El Estado laico ó ateo*, proclamado por los publicistas modernos. Veamos en qué consiste su moral. Es el Estado moderno, hemos dicho, en el momento en que se libra del yugo de la Iglesia y en que, por consecuencia, sacude el yugo de la moral universal ó cosmopolita de la religión cristiana; y añadiremos el momento en que aún no se ha penetrado de la moral ni de la idea humanitaria, lo que no sabría hacer sin destruirse, porque su existencia separada y su concentración aislada sería más estrecha para contener los intereses y por consecuencia, la moral de la humanidad entera.

Los Estados modernos han llegado precisamente á este punto. El cristianismo no le sirve más que de pretexto y de frase ó de medio para engañar á los bobos, porque persiguen fines que no tienen nada que ver con los sentimientos religiosos, y los grandes hombres de Estado de nuestros días, como los Palmerston, Muravieff, Cavour, Bismark y Napoleón se reirían bastante si se tomaran sus demostraciones en serio, y aún se reirían más si les atribuyeran consideraciones é intenciones humanitarias. ¿Qué queda entonces para constituir una moral? Únicamente el interés del Estado.

Para los hombres de Estado, todo lo que contribuye á su grandeza y á su poder, aunque sea un sacrilegio bajo el punto de vista religioso, es *el bien*, y todo lo que les es contrario, aunque sea la cosa más santa y más justa, es *el mal*. Tal es la moral y la práctica secular de todos los Estados.

Este es también el del Estado fundado sobre la teoría del contrato social. Según este sistema, el bien y lo justo no comienzan más que con el contrato, es decir, *el interés común y el derecho público* de todos los individuos, que lo han formado entre

ellos, con exclusión de todos aquellos que han quedado fuera del contrato, por consecuencia, nada más que la más grande satisfacción dada al egoísmo colectivo de una asociación particular y limitada, que habiéndose fundado sobre el sacrificio parcial y el egoísmo individual de cada uno de sus miembros rechaza de su seno como extraños y como enemigos naturales á la inmensa mayoría de la especie humana, formada ó no en asociaciones análogas.

La existencia de un solo Estado limitado se impone necesariamente la existencia ó provoca la formación de muchos Estados, siendo natural que los individuos que se encuentran fuera de él, amenazados por él en su vida y en su libertad se asocien á su vez contra él.

He aquí á la humanidad dividida en un número indefinido de Estados extranjeros, hostiles y amenazadores los unos á los otros. No existe derecho común de contrato social entre ellos, porque si existiera alguno cesarían de ser Estados independientes y serían miembros federados de un solo y gran Estado. Pero si este gran Estado no abraza la humanidad entera, tendrá contra él en la misma actitud hostil á los otros grandes Estados interiormente federados y siempre existiría la guerra como ley suprema y como una necesidad inherente á la existencia de la humanidad.

Interiormente federado ó no, cada Estado debe procurar ser el más poderoso, bajo pena de morir.

Debe devorar para no ser devorado, conquistar para no ser conquistado, avasallar para no ser avasallado, porque dos poderes similares y extraños el uno en el otro, no podían coexistir sin destruirse.

El Estado es, pues, la negación más flagrante, la más cínica y la más completa de la humanidad. Rompe la

solidaridad universal de todos los hombres sobre la tierra y no asocia una parte más que para destruir, conquistar y avasallar el resto.

No cubre con su protección más que á sus propios ciudadanos; no reconoce el derecho humano ni la civilización más que en el interior de sus propios límites; no reconoce ningún derecho fuera de sí mismo y se abroga lógicamente el de la ferocidad más inhumana contra todas las poblaciones extranjeras que puede saquear, exterminar ó avasallar á su gusto. Si se muestra generoso y humano con ellos, no es nunca por deber, porque él no tiene deberes más que para sí en primer lugar y después con los miembros que le han formado libremente y que continúan constituyéndole de la misma manera. Como el derecho internacional no existe y como no podría existir de una manera seria y real sin minar el principio de absoluta soberanía de los Estados, el Estado no puede tener deberes con las poblaciones extranjeras, de modo que si trata humanamente á un pueblo conquistado, si no lo saquea y no lo extermina más que á medias y no lo reduce al último grado de esclavitud, será por política y por prudencia ó por pura magnanimidad, pero nunca por deber, porque tenía el derecho absoluto de disponer de él á su antojo.

Esta negación flagrante de la humanidad que constituye la esencia del Estado, es para éste el supremo deber y la más gran virtud. Se llama *patriotismo* y constituye toda la *moral trascendente* del Estado. Le llamamos moral trascendente, porque traspasa ordinariamente el nivel de la moral y de la justicia humana, comunes ó privadas, y por esto mismo está con más frecuencia en contradicción con ellas.

Así, ofender, oprimir, expoliar, saquear, asesi-

nar ó avasallar al que está cerca, según la moral ordinaria de los hombres, está mirado como un crimen. En la vida pública, por el contrario, cuando se hace para mayor gloria del Estado, todo eso es deber y virtud, y este deber y esta virtud son obligatorios para cada ciudadano patriota, todos están obligados á ejercerlas no solamente contra los extranjeros sino contra sus ciudadanos, siempre que lo reclamen las necesidades del Estado.

Esto nos explica por qué desde el principio de la historia y desde el nacimiento del Estado, el mundo de la política ha sido y es el teatro de la alta desvergüenza y del sublime latrocinio, latrocinio y desvergüenza altamente honrosos porque están amparados por el patriotismo, por la moral trascendental y por el interés supremo del Estado. Esto nos explica por qué toda la historia de los Estados antiguos y modernos no es más que una serie de crímenes asquerosos, por qué reyes y ministros presentes y pasados de todos los tiempos y de todos los países, si se les juzga bajo el punto de vista de la simple moral y de la justicia humana, han merecido mil veces el grillete y las galeras; por qué no causa horror la crueldad, el sacrilegio, el perjurio, la impostura, la infame transacción, el cínico robo, el saqueo vergonzoso y la sucia traición, que se llevan á cabo diariamente por los representantes del Estado sin otra excusa que esta palabra elástica, tan cómoda y sencilla á la vez: *la razón de Estado*.

Palabra verdaderamente terrible, porque ha corrompido y deshonorado en las regiones oficiales y en las clases gobernantes de la sociedad más gente que el mismo cristianismo. ¡En cuanto se pronuncia, todo desaparece, honradez, honor, justicia, derecho, hasta la piedad enmudece y en ella la lógica

y el buen sentido; las más bajas felonías y los crímenes más atroces son actos meritorios!

El gran filósofo político italiano Maquiavelo fué el primero que pronunció esa palabra y el que la dió esa inmensa popularidad de que aún goza entre nuestros gobernantes. Pensador realista y positivo, comprendió desde el primer momento que los grandes y poderosos Estados no podían fundarse ni mantenerse más que por el crimen y por su desprecio total hacia todo lo que se llama honradez.

Lo ha escrito y explicado con terrible franqueza, y como la idea de la humanidad ha sido perfectamente ignorada en su tiempo, como la de la fraternidad, no humana, sino religiosa, predicada por la iglesia católica, era entonces, como ahora y siempre, una vergonzosa ironía desmentida á cada momento por los propios actos de la iglesia, como en su tiempo nadie dudaba de que hubiera algo así como un derecho popular y los pueblos no habían sido considerados más que como una masa inerte, como carne del Estado, manejable á su antojo y obediente en todo y á todo, y como entonces no había ni en Italia, ni fuera de ella, nada que estuviese por encima del Estado, Maquiavelo sacó en conclusión, con bastante lógica, que siendo el Estado el fin supremo de toda humana existencia, á quien se debía servir á todo trance, y que prevaleciendo su interés sobre todas las cosas, un buen patriota no debía retroceder ante ningún crimen para servirle. Aconseja el crimen, le manda como condición *sine qua non* de la inteligencia política y del verdadero patriotismo.

Que el Estado se llame monarquía ó república, siempre necesitará el crimen para su conservación y su triunfo. Sin duda, cambiará de dirección y de objeto, pero su naturaleza será siempre la misma;

será siempre la violación enérgica, permanente, de la justicia, de la piedad y de la honradez para el bien del Estado.

Maquiavelo tenía razón y no podemos dudar de ello después de una experiencia de tres siglos y medio añadida á la suya. Toda la historia lo dice; mientras los pequeños Estados no son virtuosos más que por debilidad, los Estados poderosos no se sostienen más que por el crimen. Solamente nuestra conclusión será absolutamente distinta de la suya por una sencilla razón; nosotros somos los hijos de la Revolución y hemos heredado de ella la Religión de la humanidad que debemos fundar sobre las ruinas de la Religión de la divinidad; creemos en los derechos del hombre, en la dignidad y en la emancipación necesaria de la especie humana; creemos en la libertad humana y en la humana fraternidad, fundadas en la justicia humana, en una palabra, creemos en el triunfo de la humanidad sobre la tierra, pero este triunfo que queremos alcanzar con todas nuestras fuerzas, siendo por su naturaleza la negación del crimen, que no es otra cosa que la negación de la humanidad, no podrá realizarse hasta que el crimen deje de ser lo que es hoy en todas partes: *la base de la existencia política de las naciones dominadas por la idea del Estado*. Además está probado que ningún Estado podría existir sin cometer crímenes ó por lo menos sin meditarlos, aun cuando su impotencia le impidiera cumplirlos; hoy deducimos *la absoluta necesidad de la destrucción de los Estados* ó, si se quiere, con su radical y completa transformación, en el sentido que, dejando de ser poderes centralizados y organizados de alto abajo, sea por la violencia, sea por la autoridad de un principio cualquiera, se reorganizan con absoluta libertad, por todas las

partes, de unirse ó desunirse, y conservando cada una la facultad de salir de una unión muchas veces consentida libremente, de abajo arriba, según las necesidades reales y las tendencias naturales de las partes por la libre federación de los individuos, de las asociaciones, de los distritos, de las provincias y de las naciones en la humanidad.

Tales son las conclusiones á las cuales nos lleva necesariamente el examen de las relaciones exteriores del mismo Estado, que se llama libre, con los demás Estados. Más tarde veremos que el Estado que se funda sobre el derecho divino ó la sanción religiosa da precisamente los mismos resultados. Examinemos ahora las relaciones del Estado, fundado sobre el libre contrato con sus propios ciudadanos.

Hemos visto que excluyendo á la inmensa mayoría de la especie humana de su seno y echándola fuera de los deberes recíprocos de la moral, de la justicia y del derecho, niega la humanidad y con esta gran palabra: Patriotismo, impone la injusticia y la crueldad á todos como un supremo deber, trunca y mata en ellos la humanidad, porque cesando de ser hombres no son más que ciudadanos, y la historia nos dice que el ciudadano no se eleva nunca á la altura de un hombre, porque el Estado debe, bajo pena de extinguirse, procurar hacerse poderoso, y una vez siéndolo debe conquistar; quien dice conquista, dice pueblos conquistados, avasallados y reducidos á la esclavitud bajo cualquier forma que sea. Luego la esclavitud es una consecuencia necesaria de la existencia del Estado.

La esclavitud puede cambiar de forma y de nombre, pero su fondo es siempre el mismo. Este fondo lo expresan estas palabras: *ser esclavo es estar obligado á trabajar para otro, como ser amo es vivir del trabajo de otro.* En la antigüedad, como ahora, en

Asia, en Africa y aun en una parte de América se llamaban simplemente esclavos á los esclavos, en la Edad Media tomaron el nombre de siervos, hoy se les llama *asalariados*. La posición de estos últimos es mucho más digna y menos dura que la de los esclavos, pero no por eso están menos obligados por el hambre y por las instituciones políticas y sociales á sostener con un trabajo duro la holgazanería absoluta ó relativa de otros; por consecuencia, son esclavos, y en general ningún Estado ni antiguo ni moderno, ha podido ni podrá jamás pasarse sin el trabajo forzoso de las masas, sean asalariadas, sean esclavas, como fundamento principal y necesario del placer, de la libertad y de la civilización de la clase política: *Ciudadanos*. En este sentido no debe exceptuarse á los Estados Unidos de la América del Norte. Tales son las condiciones interiores que fluyen necesariamente para el Estado de su posición exterior, es decir, de su hostilidad natural permanente con los otros Estados. Veamos ahora las condiciones que fluyen directamente para los ciudadanos del libre contrato por el cual se han constituido en Estado.

El Estado no tiene solamente la misión de garantizar la seguridad de sus miembros contra todos los ataques de fuera, debe interiormente defenderlos á los unos de los otros y á cada uno contra sí mismo, porque el Estado, y esto constituye un rasgo característico y fundamental, como toda teología, supone al hombre esencialmente perverso y malo. ¿Por qué es malo? La teología debe explicarlo. El hecho es que el Estado al nacer le encontró malo y se encargó de hacerle bueno, es decir, de transformar al hombre en ciudadano.

A esto podrán observar que puesto que el Estado es el producto de un contrato libremente ultimado

por los hombres y el bien es el producto del Estado, se deduce que éste es el de la libertad. Esta conclusión no será justa del todo. El Estado no es el producto de la libertad, sino, por el contrario, del sacrificio y la negación voluntaria de la libertad. Los hombres naturales absolutamente *libres de derecho*, pero *de hecho* expuestos á todos los peligros que á cada instante de su vida amenazan su seguridad, para asegurar y salvar esta última, sacrifican una parte más ó menos grande de su libertad, y mientras le han inmolado á su seguridad y se han hecho ciudadanos con *los esclavos del Estado*. Tenemos, pues, razón al afirmar *que bajo el punto de vista del Estado el bien nace, no de la libertad, sino de la negación de la libertad*.

¿No es una cosa notable esta similitud entre la teología, ciencia de la Iglesia, y la política, teoría del Estado? Esta reunión de dos órdenes de pensamientos y de hechos en apariencia tan contrarios en una misma convicción, la *de la necesidad de la inmolación de la libertad humana para moralizar á los hombres y para transformarlos, según el uno, en santos, según el otro, en virtuosos ciudadanos*. En cuanto á nosotros, no nos maravillaremos, porque estamos con vencidos, y trataremos de probarlo, que la política y la teología son dos hermanas que provienen del mismo origen y persiguen el mismo fin con diferentes nombres y de que cada Estado es una Iglesia terrestre, como toda Iglesia á su vez con su cielo, mansión de bienaventurados y de Dioses inmortales, no es más que un Estado celeste.

El Estado como la Iglesia parte de esta imposición fundamental de que los hombres son profundamente malos y que entregados á su libertad natural se destrozarán entre sí y ofrecerán el espectáculo de la más vergonzosa anarquía donde los

más fuertes explotarán á los más débiles. ¿No es esto lo contrario de lo que pasa hoy en nuestros Estados modelos? Da como principio que para establecer el orden público hace falta una autoridad superior, que para guiar á los hombres y reprimir sus malas pasiones hace falta un guía y un freno, pero que esta autoridad debe ser la de un hombre de carácter virtuoso (1), legislador de su pueblo como Moisés, Licurgo, Solon, y que este guía y este freno sean la sabiduría, el talento y el poder represivo del Estado.

En nombre de la lógica podríamos burlarnos del legislador, porque en el sistema que ahora examinamos no se trata de un código de leyes impuesto por una autoridad cualquiera, sino de un compromiso mutuo, libremente contraído por los libres fundadores del Estado, y como estos fundadores, según el sistema en cuestión, no fueron ni más ni menos que salvajes que habiendo vivido hasta allí en la más completa libertad natural debían ignorar la diferencia del bien y del mal, podríamos preguntar: ¿por qué medio han llegado á distinguirlos y á separarlos? Es verdad que podrían contestarnos que puesto que no formaron primero un contrato mutuo más que en vista de su común seguridad, lo que ellos llamaron *bien* no fué más que algunos puntos poco numerosos que se estipularon en el contrato, como por ejemplo: no matarse entre sí, no saquearse y sostenerse mutuamente contra todos los ataques que vinieran de fuera; pero que más tarde un legislador, hombre de carácter virtuoso, nacido en medio de una asociación así formada y por consecuencia educado en ese es-

(1) El ideal de Mazzini. Véase *Doveri dell'uomo* (Napoli 1860) p. 83 y á *Pío IX Papa*, p. 27.

píritu, pudo profundizar las condiciones y las bases y crear el primer código de moral y de leyes.

Pero surge en seguida otra cuestión: suponiendo que un hombre extraordinario pudiera crear y creara un código de moral, ¿cómo pudo hacérselo aceptar á su pueblo? ¿Por la fuerza de la lógica? Imposible. La lógica acaba por triunfar siempre por sí sola, pero se necesita más tiempo del que dura la vida de un hombre para que esto suceda, y con inteligencias poco desarrolladas hacen falta muchos siglos. ¿Por la fuerza? ¿Por la violencia? Entonces no sería una sociedad fundada sobre un contrato libre, sino por conquista, por vasallaje, lo que nos llevaría rectamente á las sociedades reales, históricas, en las cuales todas las cosas se explican mucho más naturalmente que las teorías de nuestros publicistas liberales, y el examen y el estudio, lejos de servir, como desean esos señores, para glorificación del Estado, nos llevan, como veremos más tarde, á desear su completa y radical destrucción.

Sólo queda un tercer medio para que un gran legislador de un pueblo salvaje haya podido imponer su código á la masa de sus conciudadanos; este es la autoridad divina. En efecto, vemos que los grandes legisladores conocidos desde Moisés hasta Mahoma inclusive, han recurrido á ese medio, porque es muy eficaz en las naciones en que las creencias y el sentimiento religioso ejercen una gran influencia entre un pueblo salvaje, únicamente que la sociedad que se haya fundado no habrá sido fundada por el contrato libre. Constituída por la intervención directa de la voluntad divina, será necesariamente un Estado teocrático, monárquico ó aristocrático, pero nunca democrático, y como no se puede comerciar con los dioses

porque son tan poderosos como déspotas, y como se ve uno obligado á aceptar ciegamente todas sus imposiciones y á sufrir su voluntad, resulta que en una legislación dictada por Dios no puede haber lugar para la libertad. Abandonemos la constitución histórica del Estado por la intervención divina y volvamos al examen del Estado libre, fundado sobre el libre contrato y procuremos explicarnos cómo el código de moral y las leyes, una vez aceptadas, unánimemente pasa á la práctica en la vida. ¿Quién vela por su ejecución?

¿Puede admitirse que, después de aceptarlo la mayoría de los salvajes que componían una sociedad primitiva y que antes de que se proclamara la nueva legislación estaban hundidos en la más completa anarquía, se transformaran de pronto por el solo hecho de esta proclamación y sin otro estímulo que sus propias convicciones, y observaran concienzudamente las prescripciones y las leyes que les imponía una moral hasta entonces desconocida?

Admitir la posibilidad de tal milagro, sería reconocer la inutilidad del Estado, la capacidad del hombre natural de concebir y de no querer hacer nada más que por el impulso de su propia libertad, lo que sería tan contrario á la teoría del Estado que se llama libre como el Estado religioso ó divino; los dos tienen por base la incapacidad presente de los hombres de elevarse al bien y de hacerlo por impulso propio, pues este impulso, según sus mismas teorías, los conduce irresistiblemente hacia el mal. Por consecuencia, los dos nos demuestran que para hacer observar las leyes ha de haber al frente del Estado alguien que las haga respetar. Falta saber quién deberá y quién podrá ejercerlo.

Para el Estado fundado sobre el derecho divino y por intervención de un dios cualquiera, la con-

testación es sencillísima. Lo ejercerán primero los sacerdotes, después las autoridades temporales consagradas por los sacerdotes. Más difícil será la respuesta para el Estado fundado sobre el libre contrato. En una democracia donde reina la igualdad, ¿quién podría ser el guardador de las leyes? ¿quién llenaría las funciones del Estado?

Los mejores ciudadanos, dirán, los más inteligentes, los que comprenden mejor que los otros los intereses comunes de la sociedad. En efecto, es preciso que estos hombres sean tan inteligentes como virtuosos, porque si son inteligentes sin virtud, podrán servirse de los asuntos públicos para su interés particular, y si son virtuosos sin inteligencia, los arruinarán infaliblemente, á pesar de su buena fe. Es preciso, para que una república no perezca, que posea en toda época un número considerable de hombres inteligentes y buenos, y esto es muy difícil de conseguir. En la historia de cada país, las épocas que ofrecen un conjunto considerable de hombres eminentes, son consideradas como épocas extraordinarias que sobresalen á través de los siglos. Ordinariamente en las esferas del poder triunfan todos los vicios y todas las violencias sanguinarias. Podríamos sacar, en conclusión, que si esta teoría es verdad, de todas las sociedades que existen actualmente, ni una sola debía existir, y si añadimos á la dificultad de encontrar hombres de esas cualidades, la desmoralización que va unida al poder, las tentaciones extraordinarias que asaltan noche y día á los altos dignatarios y contra las cuales no les garantizan ni la inteligencia, ni con frecuencia la virtud, porque la virtud del hombre aislado es frágil, podríamos gritar: ¡milagro! al ver tantas sociedades como existen; pero pasemos á otra cosa.

Supongamos, que en una sociedad ideal se encuentra un número suficiente de hombres, igualmente sabios y buenos, para llenar dignamente las funciones del Estado; ¿quién los designará y pondrá en sus manos las riendas del Estado? ¿Se apoderarán de ellas, con la conciencia de su inteligencia y de su virtud ellos mismos, como lo hicieron dos sabios de Grecia llamados Cleóbulo y Periandro, á los cuales, á pesar de su supuesta sabiduría, apodaron los griegos los tiranos?

¿Cómo tomaron el poder? ¿Por la persuasión ó por la fuerza? Si por la persuasión, difícil nos parece, porque no persuade bien el que no está persuadido de lo que vale, y el hombre de verdadero valer nunca reconoce su mérito. Pero supongamos que el deseo de servir á la patria haya hecho callar en los hombres esta excesiva modestia, presentándose ellos mismos al sufragio de sus conciudadanos, ¿serían aceptados por el pueblo con preferencia á intrigantes ambiciosos y elocuentes? Si, por el contrario, se ha impuesto por la fuerza, es preciso que hayan tenido á su disposición una fuerza suficiente para vencer la resistencia de un partido entero; llegarían al poder mediante una guerra civil, al cabo de la cual habría un partido no reconciliado, sino vencido y siempre hostil, y para contenerlo tendrían que seguir usando de la fuerza. Entonces no sería una sociedad libre, sino un Estado despótico fundado en la violencia, y en el cual pudieran encontrarse muchas cosas que os parecerían admirables, pero la libertad jamás.

Para continuar en la ficción del Estado libre nacido de un contrato social, es preciso suponer que la mayoría de los ciudadanos habrá tenido siempre la prudencia y el discernimiento de la justicia, necesarios para elegir y colocar á la cabeza

del gobierno los hombres más dignos y más capaces; pero para que un pueblo demuestre, en todas las elecciones que haga, este discernimiento y esta justicia, es preciso que haya alcanzado un alto grado de moralidad y de cultura tal, que no tenga necesidad de gobierno ni de Estado. Un pueblo no puede tener necesidad de vivir solamente, dejando libre curso á sus instintos; la justicia y el orden público surgirán de ellos mismos, y naturalmente de su vida, y cesando el Estado de ser la providencia y el regulador de la sociedad, renunciando al poder represivo y cayendo en el papel subalterno que le asigna Proudhon, no será más que una sencilla oficina de negocios, una especie del escritorio central al servicio de la sociedad.

Una organización política, ó mejor dicho, una reducción de la acción política en favor de la libertad de la vida social, sería un gran bien para la sociedad; pero no contentaría á los partidarios del Estado; les hace falta un Estado-providencia, un Estado-director de la vida social dispensador de la justicia y regulador del orden público. Es decir, confiésenlo ó no, llámense republicanos, demócratas ó socialistas, necesitan un pueblo más ó menos ignorante á quien gobernar, á fin, sin duda, de que violentándose en su desinterés y en su modestia puedan conservar siempre los primeros puestos para tener siempre ocasión de sacrificarse por la causa pública, y fuertes en su desinterés y en su virtud, guardianes privilegiados de la humana tropa, haciéndolo por su bien, puedan ellos también quedarse algo.

Toda teoría consecuente y sincera del Estado, está esencialmente fundada sobre el principio de la *autoridad*, es decir, sobre esta idea eminentemente teológica, metafísica y política, que las

masas *siempre* incapaces de gobernarse deberán sufrir en todo tiempo el yugo bienhechor de una sabiduría y de una justicia que de un modo ó de otro le serán impuestos desde lo alto. Pero impuestos en nombre de quién y por quién. La autoridad, reconocida y representada como tal por las masas, no puede tener más que tres orígenes: la fuerza, la religión ó la acción de una inteligencia superior.

Más tarde hablaremos de los Estados fundados en la doble autoridad de la religión y de la fuerza, porque en tanto que disertamos la teoría del Estado fundado en el libre contrato, debemos hacer abstracción del uno y del otro. No nos queda, por el momento, más que la autoridad de la inteligencia superior, representada siempre, como se sabe, por las minorías.

En efecto, ¿qué vemos en todos los Estados pasados y presentes hasta en los mismos que están dotados de instituciones más democráticas como los Estados Unidos de la América del Norte y Suiza? En realidad, son las minorías las que gobiernan. En los Estados Unidos, hasta la última guerra de emancipación y en parte hasta el presente, á pesar del partido del actual presidente Johnson, eran y son los llamados demócratas los partidarios de la esclavitud y de la feroz oligarquía de los plantadores, demagogos sin fe ni conciencia, capaces de inmolarlo todo á su concupiscencia, á su malsana ambición, ejercida casi sin obstáculos durante cincuenta años, que han contribuído á desmoralizar á los habitantes políticos en la América del Norte. Hoy, el partido de los republicanos, minoría realmente inteligente y generosa, pero siempre *minoría*, combate con éxito su perniciosa política. Esperamos que su triunfo será completo, lo esperamos por el bien de la humanidad entera; pero por mu-

cha que sea la sinceridad de ese partido de la libertad; por grandes y generosos que sean los principios que profese, no esperamos que una vez en el poder renuncie á esa posición exclusiva de la minoría gobernante para confundirse con la masa de la nación y para que el gobierno popular sea una verdad. Para esto es preciso una revolución más grande que todas las que hasta ahora han quebrantado al antiguo y al nuevo mundo.

En Suiza, á pesar de todas las revoluciones democráticas que ha habido, gobierna aún la clase adinerada, la burguesía, es decir, la minoría privilegiada por la fortuna, por el descanso y por la instrucción. La soberanía del pueblo, palabra que aborrecemos, porque para nosotros, toda soberanía es detestable, el gobierno de las masas por sí mismas es una ficción. El pueblo es soberano por derecho, no de hecho, porque absorbo forzosamente en su trabajo diario, que no le deja ningún descanso y sino ignorante del todo, por lo menos muy inferior á la clase burguesa, se ve obligado á dejar en manos de ésta su pretendida soberanía. La única ventaja que tiene es que en Suiza, como en los Estados Unidos y en la América del Norte, las minorías ambiciosas, las clases políticas, no pueden llegar al poder más que haciéndole la corte y adulando sus pasiones pasajeras, algunas veces malas, y engañándole con frecuencia.

No penséis por esto que queremos hacer la crítica del gobierno democrático en provecho de la monarquía, no; estamos firmemente convencidos de que la más imperfecta república vale mil veces más que la mejor monarquía; porque en la república, aunque continuamente explotado, el pueblo no está oprimido, y en la monarquía, lo está siempre, y además, el régimen democrático eleva poco á

poco á las masas á la vida pública, y la monarquía no lo hace jamás.

Pero aun dando la preferencia á la república, no dejamos de reconocer que sea cualquiera la forma de los gobiernos, ya por la desigualdad *hereditaria* como por las fortunas ó por la instrucción, la sociedad humana estará siempre dividida en clases diferentes y habrá siempre gobierno exclusivo y explotación inevitable de las mayorías por por las minorías.

El Estado no es otra cosa más que esta explotación reglamentada y sistematizada. Vamos á tratar de demostrarlo, examinando las consecuencias del gobierno de las masas populares por una minoría tan inteligente como se quiera en un Estado ideal fundado sobre el libre contrato.

Una vez aceptadas las condiciones del contrato, se trata de ponerlas en práctica. Supongamos que un pueblo bastante sensato para reconocer su propia insuficiencia, tenga aún la necesaria perspicacia para no confiar el gobierno más que á los mejores ciudadanos. Estos individuos privilegiados, no lo son de derecho, sino solamente de hecho; han sido elegidos por el pueblo porque son los más inteligentes, los más hábiles, los más sabios, los más valerosos.

Escogidos en la masa de los ciudadanos que se suponen iguales, no forman aún una clase aparte, sino un grupo de hombres privilegiados por la naturaleza y distinguidos por la elección popular.

Su número es necesariamente muy pequeño, porque en todo tiempo y en todos los países, la cantidad de hombres dotados de cualidades notables que se imponen por sí mismos al respeto unánime de una nación, es siempre poco considerable;

por consecuencia, exponiéndose á hacer malas elecciones, el pueblo se verá siempre obligado á escoger sus gobernantes entre ellos.

He aquí la sociedad partida en dos categorías, por no decir aún en dos clases, de las cuales la una, compuesta de la inmensa mayoría de los ciudadanos, y sometida libremente al gobierno de sus elegidos; la otra, formada por un pequeño número de naturalezas privilegiadas reconocidas y aceptadas como tales por el pueblo y encargadas por él de gobernarle. Dependiendo de la elección popular, no se diferencian desde luego de la masa de los ciudadanos más que por las cualidades mismas que los han distinguido para su elección, y son naturalmente, entre todos, los ciudadanos más útiles y más desinteresados. Aún no se les reconoce ningún privilegio, ningún derecho particular, excepto el de ejercer, mientras el pueblo quiera, las funciones especiales de que los han encargado, y ni su manera de vivir, ni sus condiciones de existencia, los separan de los demás, y una perfecta igualdad continúa reinando entre ellos.

¿Puede mantenerse esta igualdad largo tiempo?

Pretendemos que no, y nada más fácil que demostrarlo.

Nada es más peligroso para la moral privada del hombre que la costumbre de mandar. El mejor, el más inteligente, se pervertirá siempre en ese oficio. Los sentimientos inherentes al poder, no dejan nunca de producir esta desmoralización: *el desprecio de las masas populares y la exageración de su propio mérito.*

Las masas reconociendo su incapacidad, me han elegido su jefe. Han proclamado su *inferioridad* y mi *superioridad*. Entre esta multitud de hombres, entre los cuales yo mismo apenas reconozco algu-

no que valga, yo soy sólo el que tiene capacidad para dirigir el país. El pueblo tiene necesidad de mí, no puede pasarse sin mis servicios, mientras que yo me basto á mí mismo, debe obedecerme por su propio bien, y si me digno mandarle, labro su dicha. ¿No es verdad que hay para perder la cabeza y el corazón y volverse loco de orgullo? Así es que la costumbre del mando es para los hombres, hasta para los mejores, un manantial de aberración á la vez intelectual y moral.

Toda moral humana, toda moral colectiva é individual, descansa esencialmente en el *respeto humano*. ¿Qué entendemos por respeto humano? El reconocimiento de la humanidad, del derecho humano y de la dignidad humana de todo hombre, sea la que quiera su raza, su color, el grado de desarrollo de su inteligencia y su moralidad, pero si este hombre es estúpido, malo y despreciable, ¿puedo respetarle? No; esas cualidades me disgustan y me indignan; por el contrario, tomaré contra ellas las medidas más enérgicas, hasta matarle, si no tengo otro medio de defender contra él mi vida, mi derecho y todo lo que me sea más caro. Pero aun en el combate más enérgico y más encarnizado contra él, debo respetar su carácter humano. Mi propia dignidad de hombre lo exige. ¿Sin embargo, si él no reconoce esta dignidad en los demás puede reconocerla en sí? Si es una bestia feroz ó, como sucede algunas veces, peor que una fiera, reconocerle carácter humano, ¿no sería caer en la ficción? No, porque cualquiera que sea su actual degradación intelectual y moral, si no es orgánicamente ni idiota, ni loco, en cuyo caso no hay que tratarle como criminal sino como enfermo, si está en plena posesión de sus sentidos y de su inteligencia, su carácter humano, en medio de sus más

monstruosos extravíos, continuará existiendo en él como facultad, mientras viva, y se elevará á la conciencia de su humanidad, por poco que se efectúe un cambio radical en las condiciones sociales que le han hecho tal como es.

Tomad el mono más inteligente y el mejor dispuesto en humanas condiciones: no haréis de él nunca un hombre; tomad el criminal más empedernido ó el hombre más pobre de espíritu, siempre que ni el uno ni el otro tengan alguna lesión orgánica, que determine el idiotismo ó la locura, y reconoceréis que si el uno es criminal y el otro no tiene desarrollada la conciencia de sus deberes humanos, la falta no es de ellos ni de su naturaleza, sino del medio social, en el cual ha nacido y se ha desarrollado.

*
* *

Llegamos al punto más importante de la cuestión social y de la ciencia del hombre en general. Ya hemos dicho repetidas veces, *que negamos de una manera absoluta el libre albedrío en el sentido que da á esta palabra la teología, la metafísica y la ciencia jurídica, es decir, en el de la determinación espontánea de la voluntad individual del hombre independientemente de toda influencia natural ó social.*

Negamos la existencia de un alma, de un sér moral separado y separable del cuerpo. Nosotros afirmamos, por el contrario, que lo mismo que el cuerpo del individuo con todas sus facultades y predisposiciones instintivas no es más que la resultancia de todas las causas generales y particulares que han determinado su organización individual, lo que llaman impropriamente su alma, sus capacidades intelectuales y morales, son los productos directos, ó, por mejor decir, la expresión natural inmediata de esta organización, del grado de desarrollo or-

gánico, al cual, por el concurso de todas estas causas independientes de su voluntad, ha llegado su cerebro.

• Todo individuo, hasta el más modesto, es el producto de los siglos; la historia de las causas que han concurrido á su formación, no tiene principio. Si tuviéramos el don, que ninguno posee ni poseerá, de conocer y abarcar la infinita diversidad de las transformaciones de la materia ó del sér, que se han sucedido fatalmente desde el nacimiento de nuestro globo terráqueo hasta el suyo, podríamos, sin haberlo conocido, decir con precisión matemática, cuál es su naturaleza orgánica, determinar hasta los menores detalles, la medida y el carácter de sus facultades intelectuales y morales, en una palabra, su *alma*, en los primeros momentos de su existencia. En la imposibilidad de analizar todas estas transformaciones, diremos, sin temor de equivocarnos, *que todo individuo humano, desde el momento en que nace, es enteramente el producto del desarrollo histórico, es decir, fisiológico y social de su raza, de su pueblo y de su casta (si en su país existen castas), de su familia, de sus antecesores y de la naturaleza individual de su padre y su madre, que se la ha transmitido directamente por vía de herencia fisiológica—todas las consecuencias fatales de su propia existencia anterior, tanto moral como material, tanto individual como social,—comprendiendo sus pensamientos y las diferentes vicisitudes de su vida y los sucesos grandes ó pequeños en los cuales han tomado parte y los diversos accidentes á que han estado sujetos (1), con todo lo que han heredado de la misma manera de sus padres.*

(1) Los accidentes á los cuales el embrión está sujeto durante su desarrollo en el vientre de su madre, explican perfectamente la diferencia que existe frecuentemente entre hijos de los mismos padres y se comprende cómo hijos de padres de gran talento, pueden ser algunas veces idiotas. Esto no es más

Así, todo individuo humano, en el momento de su nacimiento, es el *resultado material orgánico* de toda esa diversidad infinita de causas que se han combinado al producirle. Su alma, es decir, su predisposición orgánica al desarrollo de los sentimientos, de las ideas y de la voluntad, no es más que un producto, está completamente determinada por la cualidad fisiológica individual de su sistema cerebral y nervioso que, como todo el resto de su cuerpo, depende absolutamente de la más ó menos dichosa combinación de las causas. Constituye principalmente lo que llamamos la naturaleza *particular y primitiva del individuo*.

Hay tantas naturalezas diferentes como individuos. Estas diferencias individuales se manifiestan cuanto más se desarrollan, ó mejor dicho, no se manifiestan, *se hacen realmente más grandes á medida que los individuos se desarrollan, porque las cosas, las circunstancias exteriores, en una palabra, las mil causas que influyen en el desarrollo de los individuos, son extremadamente diferentes.*

Esto es lo que hace que más de un individuo avance en la vida y su naturaleza individual se dibuje y se distinga, tanto por sus cualidades como por sus defectos, de los demás individuos.

¿Hasta qué punto la naturaleza particular ó el alma del individuo, es decir, las particularidades

que alguna dolorosa sucesión debida á alguna causa fortuita, porque la naturaleza no cambia por capricho el curso de sus obras, de suerte que la regla en la reproducción de la especie humana por sucesión de uniones que constituyan una familia, debe ser esta: *Que si cada pareja añade á la herencia fisiológica de sus padres un desarrollo corporal, intelectual y moral nuevo (todo perfeccionamiento ideal es necesariamente un perfeccionamiento material debido al cerebro), cada progenitura nueva deberá ser, bajo todos conceptos, superior á sus padres.*

individuales del aparato cerebral y nervioso están desarrolladas en un niño recién nacido? He aquí una cuestión cuya solución pertenece á los fisiólogos.

Solamente sabemos que todas esas particularidades deben ser necesariamente hereditarias en el sentido que hemos tratado de demostrar, es decir, determinadas por una infinidad de causas á cual más diversas y más disparatadas; materiales y morales, mecánicas y físicas, orgánicas y espirituales, históricas, geográficas, económicas y sociales, grandes y pequeñas, constantes y fortuitas, inmediatas y distantes en el espacio y en el tiempo y *cuya suma no se combina en un solo Sér viviente y no se individualiza por primera y última vez en la corriente de las transformaciones universales más que en este niño que, en la acepción individual de esta palabra, no ha tenido nunca ni tendrá igual.*

Resta saber hasta qué punto y en qué sentido esta naturaleza individual se encuentra realmente determinada en el momento en que el niño sale del vientre de su madre. ¿Esta determinación es solamente material, ó bien, siendo al mismo tiempo espiritual y moral fué tendencia y capacidad natural ó predisposición instintiva? ¿El niño nace inteligente ó bruto, bueno ó malo, dotado ó privado de voluntad, dispuesto á desarrollarse en un sentido ó en otro? ¿Puede heredar el carácter, las costumbres, los defectos ó las cualidades intelectuales y morales de sus padres ó sus antecesores?

He aquí preguntas excesivamente difíciles de contestar y no creemos que la fisiología y la psicología experimentales hayan adelantado tanto que puedan contestar con conocimiento de causa. Nuestro ilustre compatriota, M. Setchenoff, en su notable trabajo sobre la actividad del cerebro, dice que

en la mayoría de los casos las $\frac{999}{1000}$ del carácter físico del individuo pertenecen á la educación y una sola al nacimiento y aquéllas se van haciendo, sin duda, más ó menos sensibles en el hombre hasta su muerte. «No pretendo—añade—que por la educación se pueda transformar un necio en un hombre de talento. También es imposible devolver el oído á un individuo nacido sin el nervio acústico. Solamente pienso que tomando en su infancia á un negro ó un lapón naturalmente inteligente se podría hacer con una educación europea, dada en medio de la sociedad europea, hombres que considerados psicológicamente se distinguieran poco de un europeo civilizado.»

Estableciendo esta relación ante las $\frac{999}{1000}$ partes de carácter psicológico que según él, pertenecen á la educación y el solo millar que atribuye al nacimiento, M. Setchenoff sin duda no ha oído hablar de excepciones: hombres de genio ó de talento extraordinario, ni de idiotas y necios; no ha hablado más que de la inmensa mayoría de hombres dotados de facultades ordinarias ó medianas.

Bajo el punto de vista de la organización social, estos son los más interesantes, ó mejor dicho, los únicos interesantes, porque la sociedad está hecha por ellos y para ellos, no para las excepciones ni para los hombres de talento, por inmenso que su poder le parezca.

Lo que sobre todo nos interesa conocer en esta cuestión tan profundamente como las facultades individuales, son las *cualidades morales*: y saber si la bondad ó la perfidia, el valor ó la cobardía, la fuerza ó la debilidad de carácter, la generosidad ó la avaricia, el egoísmo ó el amor al prójimo, pueden ser fisiológicamente heredadas de los padres ó de los antecesores, ó si independien-

temente de toda herencia, pueden formarse por efecto de una causa fortuita cualquiera, conocida ó desconocida, mientras el niño está en el vientre de su madre. En una palabra: si el niño al nacer puede sacar *predisposiciones morales de cualquier índole que sean*.

Para mejor plantear la cuestión reconocemos, desde luego, que si la existencia de cualidades morales *innatas* es admisible, no podría ser más que á condición de que las posea el recién nacido por cualquier particularidad fisiológica, material, de su organismo.

El niño, al salir de las entrañas de su madre, no tiene aún ni alma, ni espíritu, ni sentimientos, ni instintos, nace á todo esto; no es más que un ser físico, y sus facultades y sus cualidades, si las tiene, no pueden ser más que anatómicas y fisiológicas, de modo, que para que un niño pueda nacer bueno, generoso, avaro ó egoísta, valiente ó cobarde, etc., sería preciso que cada una de estas cualidades ó defectos correspondieran á otras tantas particularidades materiales ó locales de su organismo y especialmente de un cerebro, lo que nos recordaría el sistema de Gall, que creía haber encontrado por cada cualidad y por cada defecto, protuberancias y cavidades en el cráneo, correspondientes á aquéllos, sistema, como se sabe, rechazado por todos los fisiólogos modernos.

¿Pero si tenía razón, qué resultaría? Siendo innatos los vicios y las buenas cualidades, ¿se podrían vencer ó no por la educación? En el primer caso, la falta de todos los crímenes recaería en la sociedad, que no había sabido darle una educación conveniente, y no sobre ellos, que no podrían ser considerados más que como víctimas de esta imprevisión social.

En el segundo caso, estando las predisposiciones innatas reconocidas como incorregibles, la sociedad no tiene más remedio que deshacerse de todos los individuos que tengan vicios naturales é innatos, y para no caer en el vicio de la hipocresía, debe confesar que lo hace por su propio interés y no por el de la justicia.

Hay otra consideración que puede contribuir á dilucidar esta cuestión. En el mundo intelectual y moral, lo mismo que en el físico, sólo existe lo positivo; lo negativo no existe, no constituye un sér aparte, no es más que una disminución más ó menos considerable de lo positivo. Así, el frío, que es una propiedad diferente del calor, no es más que una ausencia relativa, una disminución muy grande del calor, como la obscuridad no es más que la luz disminuía con exceso. La obscuridad y el frío absoluto no existen. En el mundo intelectual la bestialidad no es más que una debilidad de espíritu, y en lo moral, la concupiscencia, la cobardía, no son más que la generosidad, el valor reducido no á cero, sino á una pequeña cantidad, que por pequeña que sea es siempre una cantidad positiva que puede desarrollarse, aumentada en sentido positivo por la educación, lo que no sucedería si los vicios y las cualidades negativas formaran una propiedad aparte; entonces sería preciso matarlas en lugar de fomentarlas, porque su desarrollo no podría tener lugar más que en sentido negativo.

En fin, sin permitirnos prejuzgar estas graves cuestiones fisiológicas, en las cuales confesamos nuestra completa ignorancia, añadiremos, apoyándonos en la autoridad, unánime en este punto, de todos los fisiólogos modernos, una última consideración; parece probado que en el organismo humano no hay órganos separados por las facultades

instintivas, morales é intelectuales, y que todos se elaboran en la misma parte del cerebro, en medio del mismo sistema nervioso (1), de donde resulta claramente que no puede ser cuestión de predisposiciones morales ó inmorales diferentes, fatalmente determinadas por el mismo organismo de un niño de cualidades particulares ó vicios hereditarios é innatos, y aunque la *innatividad moral* no se distingue bajo ninguna parte de la *innatividad intelectual*, se reducen la una y la otra al mayor ó menor grado de perfección obtenido en general por el desarrollo del cerebro.

(1) Véase el notable artículo de M. Littré «Del método en fisiología» en la revista *La Filosofía Positiva*; dice el ilustre positivista, que el cerebro no crea nada, recibe. Su función es hacer (con lo que le transmiten los sentidos) sentimientos é ideas, pero no entra para nada en lo que constituye el substratum de estas ideas y de estos sentimientos. A decir verdad, todo le viene de fuera, porque las disposiciones orgánicas sin las cuales no hay ni vida colectiva ni vida individual y sin las cuales no habría sentimiento, son de tal manera exteriores en el hombre que la naturaleza las realiza independientemente de todo término cerebral ó físico en los vegetales y sobre todo en los más inferiores animales. Resulta que es preciso modificar un poco el sentido de la palabra *subjetivo*. Subjetivo no puede significar nada que sea preexistente al desarrollo del ser humano como un *yo*, una idea, un sentimiento, un ideal, no puede significar más que la facultad de elaboración repartida en las celdas nerviosas; excepto en este sentido, el subjetivo está siempre mezclado con el objetivo (núm. III, p. 302) y (p. 343-44), y dice aún: «El juicio no es una facultad sostenida sobre las impresiones que le son más gratas; su único oficio (actividad fisiológica), es comparar para sacar en conclusión, pero no tiene ninguna jurisdicción sobre ellas. La alucinación lo prueba; es la producción de impresiones, sin que ningún objetivo las provoque; por el juego morboso de las celdas nerviosas encargadas de la transmisión, las impresiones ilusorias llegan al centro intelectual (la substancia gris de las circunvoluciones de esta parte del cerebro, que ocupa toda la parte superior y anterior de la cavidad del cráneo ó del cerebro propiamente dicho), como si fueran reales.

Las disposiciones anatómicas y fisiológicas de la inteligencia, una vez reconocidas, dice M. Littré, (pág. 355) se puede penetrar muy lejos en su historia. Mientras no ha sido enriquecida por la civilización, no poseyendo *más que ideas simples* (1) producidas por las impresiones, tanto internas como externas (2) estaba en decadencia y para elevarse á la altura no tiene más que la *retención* y la *asociación* (3); pero esto basta. Poco á poco se forman combinaciones completas que aumentan la fuerza y el campo de la actividad cerebral (4) y de período en período se comprenden los más grandes trabajos intelectuales.

La provisión mental crece y se perfecciona, y sin provisiones no se hace nada considerable, ni en el dominio de la inteligencia ni en el de la industria.

Apoderándose del juicio, trabaja necesariamente sobre estas materias ficticias y las concepciones imaginarias aparecen. Además, salvo la lesión patológica, se suministró una prueba parecida para el desarrollo histórico de las concepciones humanas; *las observaciones, aun separando las más sencillas, son erróneas y el juicio por consecuencia es también erróneo*. Se ve al sol salir por el Este y ponerse por el Oeste, y á propósito de esto el juicio crea una concepción errónea que no rectifica más que con ayuda de otras observaciones mejores. Si el juicio hubiese sido *primordial, y no subsiguiente, la historia humana hubiera sido diferente, la humanidad no hubiera tenido por antecesor un primo del gorila*. las grandes lumbreras existirían desde su origen, de donde provendrían las lumbreras secundarias; tal es, en efecto, la hipótesis teológica. M. Littré hubiera podido añadir: y metafísica y jurídica también.

(1) Nosotros habríamos dicho las nociones primordiales ó también las sencillas representaciones de los objetos.

(2) Las impresiones de sentido común que el individuo por medio de sus nervios recibe de los objetos tanto *exteriores* como interiores.

(3) La retención de simples ideas por la memoria y su asociación por la misma actividad del cerebro.

(4) Por la asociación de simples ideas.

«A medida que esta elaboración se efectúa, llama en su ayuda una importante propiedad de la vida, quiero decir, lo *heredado*, que tiende á consolidarlo en lo presente y á facilitarlo ulteriormente. *Sus nuevas aptitudes mentales, una vez adquiridas, se transmiten*, es un hecho experimental, á los descendientes bajo la forma innata; innatos secundarios y terciarios que, en el dominio mental, crean especies de razas humanas perfeccionadas.

»Se ve esto cuando se encuentran pueblos que no han seguido los mismos senderos; el inferior desaparece y sólo después de largo tiempo puede ponerse al nivel del superior.» Más lejos, después de haber citado las palabras de M. Luys:

«La esfera cerebral donde reinan las pasiones afectas y aquella en donde existen las manifestaciones puramente intelectuales, están unidas por ligaduras de una estricta é íntima solidaridad.» M. Littré añade: «Esta *similitud perfecta entre el intelecto y el sentimiento*, á saber, un fondo donde tienen origen los nervios (1), un fondo de donde toman lo que está elaborado (2), unido á la identidad de los

(1) El fondo de donde los nervios sacan las impresiones tanto de sentido común como instintivas, el *sentido común*, es según M. Littré y M. Luys, el *tálamo óptico*, donde van á parar todas las impresiones sensitivas tanto externas como internas, es decir, sean producidas por los objetos exteriores, sea emanadas de la trama de vísceras ó de los órganos interiores que, «por un sistema de fibras y comunicaciones, los transmite á la substancia gris de las circunvoluciones del cerebro propiamente dicho, como de las facultades tanto afectas como intelectuales». (p. p. 340—41).

(2) La substancia gris del cerebro compuesto de células nerviosas; establece que, las células nerviosas que componen la substancia del cerebro, siendo anatómicamente la corporación última de los nervios, y por ellos de todas las impresiones internas, tienen el oficio de hacer de estas impresiones, ideas,

dos centros, todo indica que *la fisiología del sentimiento, no puede ser diferente de la intelectual.*»

En consecuencia, *ha sido preciso renunciar á buscar en el cerebro órganos para las afecciones ó las pasiones y no ver más que actividades afectas, que se trata de determinar.*

Siendo el manantial de estas ideas las impresiones del sentido común, el manantial de los sentimientos, está en las impresiones *instintivas*. El oficio de las células nerviosas es transformar en sentimientos las impresiones instintivas. El problema del origen de los sentimientos, es exactamente paralelo al del origen de ideas.

Este género de actividad cerebral se ejerce sobre dos órdenes de impresiones distintivas, las que pertenecen á los *instintos de conservación de la vida individual* y las que pertenecen á los *instintos de conservación de la vida de la especie*. La categoría primera, se transforma en *amor propio* y la segunda, en *amor á otro*, bajo la forma primordial del amor de un sexo por el otro, de la madre por el hijo y del hijo por la madre. En este punto una ojeada sobre la fisiología comparada, no está de más. En los peces, que son, cerebralmente comparados, los que están más bajos en la escala de los vertebrados y no conocen ni á la familia ni á los pequeños, el instinto es puramente sexual, pero el sentimiento al cual da vida, comienza á manifestarse entre muchos mamíferos y pájaros; se establece una verdadera economía, sólo que la mayor parte de las veces no es más

las ideas una vez hechas, juzgar por diferencias y por parecido, retenerlas en la memoria y reunirlos por asociación. *Nada de más, ni de menos.* «Todo el desarrollo intelectual del hombre, tiene su punto de partida en estas condiciones anatómicas y fisiológicas» (p. 352).

que temporal. En varios, entre ellos el hombre, se establecen entre las familias lazos de la misma naturaleza que entre los miembros; y la sociabilidad nace aquí y allí sobre algunos puntos del reino animal. «Estableciendo así el fundamento, no es aventurado concebir *que, de sentimientos primordiales á medida que la existencia se complica, tanto para el individuo como para la sociedad, se forman sentimientos secundarios y combinaciones de sentimientos que son tan indisolubles como lo son intelectualmente las ideas asociadas.*»

Parece averiguado que no existen en el cerebro *órganos especiales*, sea por las diversas facultades intelectuales, sea por las diferentes cualidades, afecciones y pasiones morales buenas ó malas. Por consecuencia, las cualidades ó los defectos no pueden ser ni heredados, ni innatos; esta herencia, hemos dicho, no puede ser en el recién nacido más que fisiológica, material. ¿En qué puede consistir el perfeccionamiento progresivo históricamente transmisible del cerebro, tanto bajo el punto de vista intelectual como moral? Únicamente en el desarrollo armónico de todo el sistema cerebral y nervioso, es decir, tanto de la finura y vivacidad de las impresiones nerviosas como de la capacidad del cerebro, para transformar estas impresiones en sentimientos, en ideas, y combinar, abrazar y retener siempre vastas asociaciones de sentimientos y de ideas.

Es probable que sí en una raza, una nación, una clase, una familia, por su naturaleza particular, siempre determinada por su historia, por su posición geográfica, económica, por la naturaleza de sus ocupaciones, por la cantidad y por la calidad de su alimentación, por su organización política y social, por toda su vida, en una palabra, y

por el carácter ó por el grado de su desarrollo intelectual y moral; si por efecto de todas estas determinaciones particulares uno ó algunos de los sistemas orgánicos, cuyo conjunto constituye la vida de un cuerpo, se encuentran desarrollados con detrimento de los demás, en los padres, es probable, casi seguro, decimos, que el hijo heredará en un grado ó en otro esta enfadosa falta de armonía, excepto reparándola en la que sea posible por su propio trabajo posterior sobre sí mismo y algunas veces por revoluciones sociales, sin las cuales el establecimiento de una perfecta armonía en el desarrollo fisiológico de los individuos, puede ser, con frecuencia, imposible.

En todos los casos, decimos, la armonía absoluta en el desarrollo del cuerpo humano y por consecuencia también en el de las facultades humanas, musculares, instintivas, intelectuales y morales, es un ideal, cuya realización no será jamás posible, primero porque la historia pesa fisiológicamente más ó menos (y vendrá época en que digamos de menos en menos), sobre todos los pueblos como sobre todos los individuos, y además porque cada familia y cada pueblo se encuentra siempre rodeada de circunstancias y de condiciones diferentes, entre las cuales, algunos, por lo menos, serán contrarios á su desarrollo completo y normal.

Así, lo que se transmite por herencia de generación en generación y lo que puede ser *fisiológicamente* innato en los individuos que nacen á la vida, no son ni las cualidades, ni los vicios, ni ninguna idea, ni asociación de sentimientos y de ideas, sino únicamente los medios musculares y nerviosos: *los órganos más ó menos perfeccionados y armónicos*, por los cuales respira, se siente, recibe las impresiones exteriores y retiene, imagina, juzga, combina, aso-

cia y reúne los sentimientos y las ideas, que no son otra cosa que las mismas impresiones, tanto externas como internas, agrupadas y transformadas primero en representaciones concretas, después en nociones abstractas por la actividad fisiológica, y añadamos, involuntaria del cerebro.

Las asociaciones de sentimientos y de ideas cuyo desarrollo y transformaciones sucesivas constituyen toda la parte intelectual y moral de la historia de la humanidad, no determinan en el cerebro humano la formación de nuevos órganos y no pueden ser transmitidas á los individuos por vía de herencia fisiológica.

Lo que se hereda fisiológicamente es la aptitud cada vez más fortificada y perfeccionada para concebirlas y crear otras nuevas. Pero las mismas asociaciones y las ideas complejas que las representan, como la idea de Dios y de la patria, de la moral, etc., no pudiendo jamás ser innatas, no son transmitidas á los individuos más que por la vía *de la tradición social y de la educación*, porque cogen al niño desde el primer día que nace y como están encarnadas en la vida que le rodea, en todos los detalles, tanto materiales como morales del mundo social en medio del cual ha nacido, penetran de mil maneras en su conciencia, primero infantil, después adolescente y juvenil, que nace, crece y se forma bajo su poderosa influencia.

Tomando la educación en el sentido más extenso de la palabra y comprendiendo no sólo la instrucción y las lecciones de moral, sino sobre todo los ejemplos que dan al niño todas las personas que le rodean, la influencia de todo lo que oye, de lo que ve, y no solamente la cultura de su espíritu, sino el desarrollo de su cuerpo por el alimento y por la higiene, por el ejercicio de sus miembros y

de su fuerza física, diremos con plena certeza de no poder ser seriamente desmentidos por nadie que todo niño, todo adulto, todo joven y todo hombre maduro es el producto puro del mundo que lo ha alimentado y que lo ha educado en su seno; un producto fatal, involuntario y por consecuencia irresponsable.

Entra en la vida sin alma, sin conciencia, sin la sombra de una idea ó de un sentimiento cualquiera, pero con un organismo humano cuya naturaleza individual se encuentra determinada por una infinidad de circunstancias y de condiciones anteriores al nacimiento de su voluntad y que á su vez determina la mayor ó menor capacidad para adquirir y apropiarse sentimientos, ideas y asociaciones de sentimientos y de ideas elaboradas por los siglos y transmitidas á cada uno *como una herencia social*, por la educación que recibe. Buena ó mala, esta educación se le impone y él y no es responsable de ella, que le forma, en todo lo que su naturaleza individual lo permite, á su imagen, de modo que piensa, siente y quiere lo que quieren, piensan y sienten todos los que están á su alrededor.

Entonces, preguntaréis, ¿cómo explicar que la misma educación produzca, con relación al desarrollo del carácter del espíritu y del corazón, resultados tan diferentes? ¿Pues qué las naturalezas no nacen diferentes? Esta diferencia natural é innata, por pequeña que sea, es positiva y real; diferencia de temperamentos, de energía vital, de predominio de tal sentido ó de tal grupo de funciones orgánicas sobre otro grupo, de vivacidad y capacidad naturales. Hemos tratado de probar que los vicios, lo mismo que las cualidades morales, hechos de conciencia individual y social, no pueden ser físicamente heredados y que ninguna determi-

nación fisiológica puede condenar al hombre al mal, y hacerle irrevocablemente incapaz del bien, pero no hemos pensado negar que haya naturalezas tan diferentes, que unas, mejor dotadas, sean capaces de más amplio desarrollo humano que las otras.

Creemos que se exageran mucho las diferencias naturales que separan á los individuos y que es preciso atribuir la mayor parte de las que existen entre ellos, no tanto á la naturaleza como á la diferente educación que ha tocado á cada uno. Para decidir esta cuestión sería preciso que las dos ciencias llamadas á resolverlo, la psicología fisiológica ó la ciencia del cerebro y la pedagogía, que es la de la educación ó desarrollo del cerebro saliendo del estado infantil en que se halla, se encontraran las dos, pero la diferencia fisiológica de los individuos en cualquier grado que sea, una vez admitida, resulta evidentemente que un sistema excelente de educación puede ser bueno para unos y malo para otros.

Para ser perfecta la educación debería ser más individualizada que lo es hoy, individualizada en el sentido de la libertad, hasta en los niños.

Debería tener por objeto no la *educación* del carácter, del espíritu y del corazón, sino en despertar á una actividad independiente y libre y no perseguir otro fin que la creación de la libertad, ni otro culto ó, mejor dicho, otra moral, ni otro objeto que la libertad de cada uno y de todos, que la justicia sencilla, no jurídica sino humana; la sencilla razón no teológica, ni metafísica, sino científica, y el trabajo tanto muscular como nervioso, como base primera y obligatoria para todos, de toda dignidad, de toda libertad y de todo derecho. Una educación así, repartida ampliamente entre todos, tanto entre las

mujeres como entre los hombres, en condiciones económicas y sociales, fundadas sobre la estricta justicia, haría desvanecer muchas diferencias naturales.

Por imperfecta que haya sido la educación, podrán respondernos, no nos podría explicar este hecho incontestable en el seno de las familias más desprovistas de sentido moral; muchas veces encontramos individuos que nos asombran por la nobleza de sus instintos y de sus sentimientos, y por el contrario, en familias moral é intelectualmente mejor desarrolladas, se encuentran con frecuencia individuos pobres de espíritu y de mal corazón; este hecho parece contradecir de una manera absoluta la opinión de que de la educación que recibe el hombre resultan mayor cantidad de cualidades morales é intelectuales, pero esto no es más que una contradicción aparente; en efecto, aunque hayamos afirmado que en la inmensa mayoría de los casos el hombre es casi el producto de las condiciones sociales, en medio de las cuales se forma, y hayamos atribuído á la herencia fisiológica y á las cualidades naturales que aporta al nacer, una parte de acción muy débil, no hemos negado esta última, y hasta hemos reconocido que en ciertos casos excepcionales en los hombres de genio y de gran talento, lo mismo que en los idiotas ó en las naturalezas perversas, esta parte de acción ó determinación natural sobre el desarrollo del individuo, determinación tan fatal como la influencia de la educación y de la sociedad, puede ser muy grande. La última palabra sobre estas cuestiones pertenece á la fisiología cerebral y ésta no ha llegado aún á un punto que la permita resolverla ni aproximadamente. Lo único que podemos afirmar con certidumbre es que todas estas

cuestiones se debaten entre dos fatalismos: el fatalismo natural, orgánico, fisiológicamente hereditario y el de la herencia y la tradición social, de la educación y de la organización pública económica y social de cada país. No hay lugar para el libre albedrío. Pero aparte de la determinación natural positiva ó negativa del individuo que más ó menos puede ponerle en contradicción con el espíritu que reina en toda su familia, puede existir por cada caso particular otras causas ocultas que la mayor parte del tiempo permanecen ignoradas, pero que, sin embargo, debemos tomar en consideración. Un concurso de circunstancias particulares, un suceso imprevisto, un accidente cualquiera á veces insignificante, el encuentro fortuito de una persona, á veces un libro que se cae de las manos de un individuo en un momento propicio, todo esto, en un niño, en un adolescente ó en un joven, cuando su imaginación está abierta á las impresiones de la vida, bastan para producir una revolución radical hacia el bien ó hacia el mal. Añadid la elasticidad propia de las naturalezas jóvenes, sobre todo en los que están dotados de cierta energía natural que los hace revolverse contra las influencias imperiosas y despóticamente persistentes y gracias á la cual el mismo exceso del mal puede producir el bien.

El exceso de lo que se llama generalmente el bien, ¿puede á su vez producir el mal? Sí; cuando se impone como ley despótica y absoluta, sea religiosa, sea doctrinaria, filosófica, política, jurídica, social ó como ley patriarcal de la familia, en una palabra, cuando todo el bien que parezca ó lo sea realmente, se imponga al individuo como negación de la libertad y no sea ese mismo el producto. Entonces la rebelión contra el bien así impuesto, no sólo natural, sino legítima, y lejos de ser un

mal, es un bien, porque no hay bien sin libertad y ésta es el manantial y la condición absoluta de todo bien que sea verdaderamente digno de este nombre; *el bien no es otra cosa que la libertad.*

Desarrollar y probar esta verdad que nos parece tan sencilla, es el único objeto de este escrito; volvamos, pues, á nuestra cuestión. El ejemplo de la contradicción ó anomalía aparente se nos ha ofrecido con frecuencia, en una esfera más amplia, por la historia de las naciones. ¿Cómo explicar, por ejemplo, que en la nación judía, la más exclusiva que ha habido y hay en el mundo, tan exclusiva que reconociendo el privilegio, por decirlo así, absoluto y la divina elección como base principal de toda su existencia nacional, se ha establecido ella misma como pueblo favorecido entre todos, hasta el punto de creerse que su Dios, Jehová, Dios padre de los cristianos, llevando su solicitud por él hasta la más salvaje crueldad con todas las demás naciones, le había ordenado la extirpación por medio del fuego y del hierro de todos los pueblos que habían ocupado antes que él la Tierra prometida; cómo explicarse que un personaje como Jesucristo, el fundador de la religión cosmopolita y por eso mismo destructor de la existencia de la nación judía como cuerpo político y social, haya podido nacer en su seno? ¿Cómo ese mundo exclusivamente nacional ha logrado producir un reformador, un revolucionario religioso como el apóstol (1).

(1) La continuación de este escrito se ha perdido, si ha sido alguna vez hecho.